

Bianca

Novia del deseo

Sara Craven

Novia del Deseo

Sara Craven



Novia del deseo
Sara Craven

Novia del deseo (13.06.2007)
Título Original: Bride of Desire (2006)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1762
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Remy de Brizat y Alice Marchington

Argumento:

Quizá la adorara con su cuerpo, pero en su corazón no había amor por ella…

Hacía ya dos años desde que Alice Marchington había huido de un matrimonio infeliz y se había refugiado en la costa de la Bretaña francesa, donde había conocido al irresistible doctor Remy de Brizat. Pero el secreto de Alice había acabado separándolos. Destrozada por el abandono de Remy, el único consuelo de Alice fue descubrir que estaba embarazada…

Ahora Allie había vuelto a Francia a decirle a Remy que tenía un hijo. Y el francés le ofreció lo que ella siempre había deseado: el matrimonio… Pero aquél sería un matrimonio por obligación.

Prólogo

ERA SIEMPRE el mismo sueño. Una playa larga y desierta que se extendía hasta el infinito, sin rocas ni ningún otro lugar en que esconderse.

De pronto, tras ella, el poderoso sonido de los cascos de un caballo persiguiéndola, un sonido que se acercaba más y más, implacable…

Sin atreverse a mirar atrás, empezaba a correr a pesar de saber que no había escapatoria, que su perseguidor no la dejaría nunca en paz.

Despertó jadeante, sentada en la cama, con la boca seca y el corazón desbocado en el pecho.

Entonces oyó el grave gruñido de un trueno cercano y el ruido de la lluvia golpeando los cristales. No había ningún caballo persiguiéndola. Tan sólo se trataba de una tormenta en la noche… la inevitable culminación de la ola de calor que habían experimentado los últimos días.

Se dejó caer de nuevo sobre las almohadas a la vez que reprimía un sollozo.

Era una pesadilla, nada más, se dijo. Una pesadilla que algún día acabaría liberándola. Él también la liberaría. Y finalmente podría disfrutar de un poco de paz…

Capítulo 1

ALLIE se detuvo un momento en lo alto de las escaleras para mirar por el ventanal del descansillo.

No había nada nuevo que ver. Tan sólo los vastos jardines de Marchington Hall, que se extendían en todo su esplendor hasta el lago.

En días como aquél, en que el aire parecía brillar tras la lluvia, pensaba que incluso merecía la pena verse obligada a soportar todas las restricciones e irritaciones que conllevaba su vida allí.

Al menos merecía la pena por Tom, pensó. «Tengo que creer eso. Debo hacerlo. Porque no hay nada más...».

Sintió que la garganta se le cerraba y, al ir a darse la vuelta y ver su reflejo en el ventanal, se detuvo de nuevo. Parecía un fantasma, pensó. Un fantasma pálido y rubio, carente de vida... y tenso como un cable.

En parte se debía a la pesadilla. Pero sólo en parte.

Porque su aspecto también tenía que ver con la batalla que estaba teniendo lugar en relación con la crianza de su hijo de catorce meses que, a pesar de sus esfuerzos, se estaba convirtiendo en una guerra de desgaste.

Acababa de ir a verlo a su habitación para asegurarse de que no se había asustado por la tormenta, pero había tenido que enfrentarse con el habitual rechazo de Nanny, que la había mirado con gesto de desaprobación por alterar la rutina de Tom.

—Él niño está desayunando, Lady Marchington.

—Ya lo sé —contestó Allie mientras contaba hasta diez para controlarse—. De hecho, y como he dicho muchas veces, me gustaría ayudar a darle de comer.

—Preferimos que tenga las menos distracciones posibles a la hora de las comidas —contestó Nanny en tono autoritario.

«Si tuviera más valor que un gusano, me enfrentaría a ella», pensó Allie.

Pero tras el poderoso porte de Nanny se hallaba siempre la frágil figura de Grace, su suegra, la viuda Lady Marchington, «la Temible Fiera», como era irreverentemente conocida en el pueblo.

Cualquier enfrentamiento con Nanny llevaba a otro con Grace, algo que Allie trataba de evitar a toda costa.

Cualquier cosa por tener un poco de tranquilidad, se dijo mientras salía de la habitación. Y no había dudado de que aquélla era una vida tranquila. Demasiado tranquila. Pero suponía que

merecía la pena por el bien de su hijo. Tom era el heredero de Hugo, se recordó con firmeza, de manera que debería haber supuesto lo que le esperaba.

Además, al menos superficialmente, no había duda de que allí el niño tenía todo lo necesario para llevar una vida idílica.

«Pero me gustaría poder disfrutarla junto a él», pensó, irritada. «Sin tener que soportar que Nanny me mirara como si fuera una posible secuestradora, y no su madre. Es mi hijo y, sin embargo, me tienen marginada. Es una situación ridícula».

La mayoría de sus amigas eran jóvenes casadas que, además de ocuparse de sus hijos, trabajaban. Debían pensar que, aparte de la tragedia de haberse quedado viuda a los veintiún años, había nacido de pie.

A fin de cuentas, tenía una gran casa en que vivir, servicio doméstico que se ocupaba de ella, y carecía de problemas de dinero.

Además, algunas de ellas pensaban que el prematuro final de su matrimonio había sido una bendición, aunque nunca lo decían abiertamente.

Respiró profundamente antes de entrar en el comedor. Grace Marchington, que estaba sentada a la cabecera de la mesa, miró significativamente su reloj cuando la vio entrar.

—Buenos días, Alice. ¿Has dormido bien? —sin esperar respuesta, tomó una campanilla que tenía junto a sí en la mesa y la hizo sonar enérgicamente—. Voy a pedir a la señora Windon que traiga unas tostadas recién hechas.

Allie se sentó y se sirvió un café.

—Siento haberme retrasado, pero he pasado a ver a Tom antes de bajar.

—No creo que sea el momento más adecuado, querida, como supongo que te habrá mencionado Nanny.

—Lo ha hecho, desde luego —dijo Allie—. Tal vez debería sugerirme cuándo es el momento más adecuado para visitar a mi propio hijo, porque siempre parezco hacerlo en un momento inoportuno.

—No estoy segura de comprenderte, Alice.

Allie respiró profundamente.

—Me gustaría ver a Tom a primera hora de la mañana sin que fuera considerada una petición irrazonable. De hecho, me gustaría estar en su habitación cuando despertara para poder ocuparme de bañarlo, de vestirlo y de darle el desayuno. No creo que sea pedir demasiado.

—¿Estás sugiriendo que Nanny no es capaz de ocuparse de las

necesidades de Tom? ¿Necesito recordarte que ella se ocupó de Hugo desde que nació?

—Eso ya lo sé —dijo Allie cansinamente. De hecho, nunca le permitían olvidarlo.

—Y supongo que no habrás olvidado que, tras el nacimiento de Tom, hubo una época en que la presencia de Nanny fue indispensable.

—Sí. Sufrí una depresión posparto. Pero la superé.

—¿Estás segura, querida? A veces lo dudo —su suegra le dedicó una mirada cargada de tristeza—. Pero es lógico que aún eches de menos a nuestro querido chico, y eso puede explicar los cambios de humor que aún detecto a veces. Estoy segura de que el doctor Lennard podría recomendarte a algún especialista...

—¿De verdad crees que necesito a un psiquiatra por el hecho de querer ver a mi hijo? —preguntó Allie, tensa.

Lady Marchington pareció casi escandalizada.

—Hay diferentes niveles de terapia, Allie. Y sólo era una sugerencia.

Como para indicar que el tema había quedado cerrado, la suegra de Allie volvió la mirada hacia el montón de correo que, como cada mañana, tenía apilado a su lado. Allie reprimió una exclamación al distinguir en el montón un sobre azul con un sello francés.

Una carta de tía Madelon, pensó a la vez que se le erizaba el vello de la nuca. ¿Habría sido aquél el motivo de su pesadilla nocturna, y no la tormenta, como había creído?

Pero sabía que habría sido inútil reclamar la carta. Las cosas no funcionaban así en aquella casa. Todo el correo pasaba primero por manos de Grace, que lo examinaba atentamente antes de distribuirlo. Y si sabía que alguien estaba esperando alguna carta con especial interés, era capaz de tenerlo en vilo incluso veinticuatro horas antes de entregársela.

—Es una locura —le dijo en una ocasión Allie a Hugo acaloradamente—. Tu madre es una obsesa del control. ¿Por qué no dices algo?

Pero su marido se limitó a mirarla con expresión sorprendida.

—Mamá siempre se ha ocupado del correo. Mi padre lo prefería así y a mí no me parece que suponga ningún problema.

Pero Hugo consideraba que muy pocas cosas eran un problema, aparte de la necesidad de tener un heredero para su querida hacienda. Finalmente, aquella había sido la fuerza que lo había empujado, la obsesión de su frustrada vida. De sus frustradas vidas, si incluía la suya, pensó Allie con amargura. Pero la amargura era

inútil y sólo le hacía daño. El pesar y el arrepentimiento tampoco servían para nada.

¿Pero seguía en duelo por la muerte de su marido, como había sugerido su suegra? Lo dudaba mucho. Lo repentino de su muerte supuso una conmoción, desde luego, pero sospechaba que su reacción se había debido fundamentalmente a la culpabilidad, porque en realidad nunca lo había amado.

Había logrado recuperarse poco a poco y tenía que seguir adelante de algún modo. No podía seguir permitiendo que Grace la tratara como si fuera un cero a la izquierda.

Pero no sabía actuar al respecto, porque su suegra tenía las mejores cartas.

En las trágicas semanas que siguieron a la repentina muerte de Hugo, y tras el nacimiento de Tom, Allie se había visto sumida en una especie de sombrío limbo.

Fue entonces cuando Grace Marchington recuperó sin esfuerzo el papel de señora de la casa. Allie comprendió que ella tan sólo había sido la usurpadora temporal que había dado a Hugo el hijo que éste anhelaba. Y se suponía que debía permanecer a la sombra mientras Grace y Nanny se ocupaban de convertir a Tom en un auténtico prototipo de hombre Marchington.

Pero eso no iba a suceder, porque ella no estaba dispuesta a permitirlo.

Pero debía conservar sus fuerzas para las batallas importantes, y el asunto de las cartas sólo suponía una irritación menor, de manera que, mientras comía la tostada que le había llevado la señora Windon, se dedicó a contemplar el retrato de Hugo que Grace encargó cuando éste cumplió los veinticinco, dos años antes del accidente que le costó la vida.

Pero, mientras lo contemplaba, otra imagen surgió en su mente, otro rostro más delgado, de tez más oscura, con unos ojos azules y fríos como el mar. Mientras sentía que el corazón se desbocaba en su pecho, una voz susurró en su mente el nombre que tanto se había esforzado en olvidar... Remy.

—Esta carta parece ser tuya, Alice.

Allie trató de ocultar su sobresalto mientras Grace le entregaba el sobre azul.

—Supongo que es de tu tía francesa —añadió Grace—. Espero que no sean malas noticias.

—Yo también lo espero —dijo Alice, que decidió ignorar la sugerencia de que la abriera de inmediato para divulgar las noticias que contenía—. Pero al menos está viva.

Su suegra estaba a punto de decir algo cuando una doncella se asomó a la puerta del comedor.

—Disculpe, señora, pero la señora Farlow está al teléfono. Al parecer hay algún problema con las cuentas del Club de Jardinería.

—Enseguida voy —dijo Grace en tono malhumorado.

En cuanto se quedó a solas, Allie salió a la terraza para encaminarse hacia el Patio de la Fuente, uno de sus lugares favoritos en los jardines de la mansión. Tras sentarse en un banco junto a la exuberante fuente, obra de un arquitecto italiano, abrió el sobre para leer la carta de su tía Madelon.

No eran buenas noticias. La escritura era vacilante y difícil de descifrar, pero estaba claro que su tía no se encontraba bien.

Parece que éste será mi último verano en Les Sables d'Ignac. Pero he llevado una buena vida aquí y lo único que lamento es que haya pasado tanto tiempo desde la última vez que estuvimos juntas. Me recuerdas mucho a mi querida hermana y me haría muy feliz volver a verte, querida niña. Espero con todo mi corazón que puedas reservar un poco de tiempo de tu ajetreada vida para visitarme. Ven a verme, por favor, Alys, y trae a tu hijo contigo. Estoy deseando ver al último descendiente de los Vaillac.

Allie sintió que se le encogía el corazón tras leer aquello. Hacía casi dos años que no veía a su tía, pero siempre le había parecido fuerte como un roble, a pesar de que ya debía rondar los ochenta.

Recordó la última vez que estuvieron juntas, y la ansiedad y el amor con que la miró su tía.

—No vuelvas, *ma chérie* —le rogó—. Allí no hay nada para ti. Quédate conmigo...

Emocionalmente destrozada, y hecha un lío, Allie sólo fue capaz de contestar que no podía.

Tras respirar profundamente para calmarse, volvió a leer la postdata.

Te prometo que no hay razón para que te mantengas alejada, Alys, y que no debes temer la visita.

En otras palabras, le estaba ofreciendo seguridad, la garantía esencial que pensaba que Allie querría. Le estaba diciendo que Remy de Brizat no estaría allí, que aún estaba trabajando en el extranjero con su organización benéfica médica.

Pero las cosas no eran tan sencillas. Aquello no bastaba. Era posible que Remy no estuviera allí, pero Allie sabía que sus recuerdos, sus sentidos, lo encontrarían en todas partes, que

escucharía su risa en el viento, y su voz, en el murmullo del mar...

Y reviviría la amargura de su separación en la furia de una tormenta, como había sucedido la noche anterior.

Cerró los ojos para dejar de ver la carta, para no pensar en la petición de su tía. Luego se puso en pie y guardó la carta en el bolsillo de su falda mientras empezaba a caminar con intención de dejar de pensar en aquello.

En lugar de ello trató de pensar en las hermanas Vaillac, Celine y Madelon. Durante la Segunda Guerra Mundial, la familia de éstas acogió a su abuelo, Guy Colville, un piloto que se vio obligado a lanzarse en paracaídas cuando regresaba a su casa.

En la caída se rompió la pierna y los Vaillac lo ocultaron y arriesgaron sus vidas para protegerlo hasta que pudo volver a Inglaterra en un barco de pesca.

Pensó en lo romántico que era que Guy no hubiera olvidado nunca a la bonita y sonriente Celine. En cuanto terminó la guerra volvió a la granja de los Vaillac con su hermano Ruper para asegurarse de que estaban bien y descubrió que Celine compartía sus sentimientos.

Aquella visita fue seguida de otras, tras una de las cuales su hermano Ruper le confesó que se había enamorado de Madelon, la hermana de Celine, y sugirió que celebraran una boda doble.

Era un auténtico cuento de hadas, pensó Allie con nostalgia, aunque el final feliz duró muy poco... al menos para sus abuelos. Celine, una joven esbelta como un lirio y tan delicada como aquella flor, murió durante el parto de su primer hijo.

Destrozado, Guy tuvo que aprender a ocuparse de su hijo. Naturalmente, Rupert y Madelon supusieron un importantísimo apoyo en su vida en aquellos momentos, a pesar de que también estaban destrozados. Irónicamente, ellos nunca tuvieron hijos y volcaron todo su afecto en criar a su sobrino, Paul Colville, con el que siempre mantuvieron unos poderosos lazos de afecto.

De manera que tía Madelon había sido alguien importante en la vida de Allie desde que nació. Hasta que su marido y Guy murieron no decidió regresar a Bretaña. Allie y su padre Paul fueron a visitarla en varias ocasiones, pero la madre de Allie nunca los acompañó con la excusa de que se mareaba en los barcos.

Mirando atrás, Allie siempre había sospechado que su madre, Fay Colville, desde el principio había sentido celos por el afecto que su marido sentía por su tía francesa. Tampoco le gustó nunca que Allie fuera bautizada como Alys, en lugar de con el anglicanizado

Alice que ella siempre usaba.

Incluso cuando se quedó viuda, Fay se negó a visitar a Madelon Colville, y protestó enérgicamente cuando Allie le dijo que pensaba ir a visitarla por su cuenta.

—¿Estás loca? —exclamó su madre—. ¿Qué pensará Hugo?

—¿Y eso qué más da?

—No digas tonterías, Alice. No pareces tener idea de cómo mantener el interés de un hombre.

—Tal vez porque sospecho que no es más que un interés pasajero.

—Tonterías. A fin de cuentas te ha llevado a su casa y te ha presentado a su madre, lo que significa que ésta debe aprobar la elección de su hijo.

—¿Y si yo decido no elegirlo?

—¡Eso no tiene gracia! —protestó Fay.

Pero Allie no estaba bromeando.

Su actitud hacia Hugo Marchington siempre había sido ambivalente. Al principio se creyó enamorada, pero, según fue pasando el tiempo empezó a dudar sobre la respuesta que le daría si le proponía matrimonio.

Desde luego, Hugo podía ser encantador cuando quería... algo que no sucedía siempre. Además, y a pesar de toda la atención que le prestaba, no estaba convencida de sus sentimientos. Probablemente se estaba comportando como se esperaba del heredero de los Marchington.

Al principio de su relación Hugo hizo un par de intentos de seducirla, intentos que Allie rechazó con firmeza. Hugo no le repelía, pero tampoco la atraía especialmente. Sus besos nunca le hicieron anhelar más. Pero era consciente de que tal vez se debía a su propia reserva emocional, algo que sabía que le confería un aura de frialdad que podía resultar un reto para algunos hombres.

Dada su poco entusiasta actitud, se sorprendió cuando, en lugar de rechazarla, Hugo siguió insistiendo en verla.

Probablemente su madre estaba empeñada en que sentara la cabeza, y había decidido que ella estaba a mano y era razonablemente presentable... pero no tanto como para eclipsar a su hijo.

A pesar de todo, mientras trabajaba como ayudante en una biblioteca privada, no dejó de mirar rutinariamente posibles trabajos que la alejaran de Londres.

«Tal vez debería haber seguido mis instintos y debería haberme ido», pensó. Pero si lo hubiera hecho, Tom no existiría, y la idea de

que su hijo no hubiera nacido le resultaba insoportable.

Dejó de caminar y miró a su alrededor para contemplar una vez más la belleza de los jardines de la mansión.

«Me encanta este lugar», pensó. «Pero no es mi sitio. Nunca lo fue. El Hall no es mi hogar, pero tiene que ser el de Tom. Algo bueno tiene que salir de tanta infelicidad.

Pero debo encontrar algo que hacer con mi propia vida. Estoy todo el rato irritada y me siento confinada en este lugar. No cumplo ningún papel en la casa y me aburro, lo que no es saludable.

Y no voy a pensar en cómo habría sido mi vida si hubiera hecho lo que me pidió tía Madelon y me hubiera quedado en Bretaña, porque eso no fue nunca más que un sueño. Y un sueño peligroso».

Porque, una vez más, pudo escuchar un familiar sonido resonando en su cabeza, el firme paso de los cascos de un caballo tras ella, tal y como lo había escuchado tantas veces a lo largo de los pasados meses, dormida y despierta. Siguiéndola... acercándose más y más.

—Es sólo mi imaginación —dijo en voz alta, para alejar la sensación—. Mi imaginación... y mi sentimiento de culpa.

Volvió lentamente de nuevo a su banco de piedra, aunque lo único que quería hacer era cubrirse los oídos y huir.

«Pero eso ya lo hice», pensó, angustiada. «Y ahora tengo que vivir con las consecuencias».

«Y si ello implica enfrentarme a mis recuerdos y exorcizarlos, que así sea».

Capítulo 2

RECORDÓ la ocasión en que se desmayó ante la asombrada Grace mientras desayunaban. Así fue como empezó todo. Y no fue el médico de la familia el que la atendió, sino un joven y enérgico suplente que no dio muestras de sentirse en lo más mínimo impresionado por haber tenido que acudir a la mansión.

Insistió en ver a Allie a solas. La interrogó con delicadeza y ella acabó comprendiendo que estaba sugiriendo que probablemente se hallaba embarazada. Se puso a llorar de pronto de un modo incontenible, le dijo que eso era imposible y le habló de la presión a la que se había visto sometida durante los cuatro meses que llevaba de frialdad matrimonial, tanto por parte de su marido Hugo, como de la madre de éste, para que hiciera el milagro de dar a su marido el hijo que quería.

—No cree a ninguno de los médicos —dijo entre sollozos—. Dice que es culpa mía. Pero yo no sé qué hacer. No sé qué espera que haga.

El médico habló con Hugo y con Grace y les dijo que Lady Marchington se había visto sometida a una gran presión desde la boda y que necesitaba alejarse una temporada de Hall y sus alrededores.

—Unas vacaciones —dijo Grace—. Algún lugar soleado donde se pueda circular en silla de ruedas —dedicó una helada sonrisa al médico—. A fin de cuentas es mi hijo el que está sufriendo el auténtico trauma.

—Temo que no me he expresado con claridad —dijo el médico, un hombre fornido y rubio de expresión belicosa—. Lady Marchington necesita alejarse de todo esto para recuperarse. Seguro que tiene amigos o familia en algún lugar donde pueda relajarse en una compañía menos exigente.

—Tengo una tía muy querida en Bretaña —dijo Allie, consciente de que las últimas palabras del médico habían irritado a Grace—. Me acogería encantada.

—Ideal —dijo el médico—. Paseos por la playa, marisco y dormir mucho. Eso es lo que le prescribo. Es mejor que una tonelada de pastillas para dormir.

—Por mí puedes irte —dijo Hugo en tono hiriente en cuanto el médico se fue—. Está claro que aquí no sirves de nada.

—Y mientras estás fuera puedes aprovechar para pensar en lo que debes al apellido Marchington —añadió Grace fríamente—.

Puede que así regreses con una actitud más positiva para atender tus deberes como esposa de Hugo.

«Pero no soy su esposa», exclamó Allie en su mente. «Porque Hugo no es físicamente capaz de ser mi marido. Todos lo saben, de manera que, ¿por qué seguir simulando? ¿Por qué tengo que acostarme con él y dejar que me castigue con su rabia por algo que no es culpa de nadie, sino tan sólo un trágica realidad?».

—Pareces un fantasma, cariño —dijo su preocupada tía cuando la recibió en su casa en Les Sables d'Ignac—. Y tienes unas ojeras terribles. ¿No estás durmiendo bien?

—Hugo está muy inquieto por las noches y he llevado una vida bastante ajetreada desde la boda —Allie logró sonreír—. Últimamente siento que soy de propiedad pública. La gente quiere que me una a comités, que inaugure cosas. A la madre de Hugo se le dan muy bien esas cosas, pero para mí son demasiado a veces...

—Comprendo —dijo su tía con delicadeza tras una pensativa pausa.

Durante la cena, y para evitar que su tía le hiciera demasiadas preguntas, Allie no paró de hablar de Marchington Hall y su historia. Madelon la escuchó atentamente mientras asentía. Preguntó por Fay y por la salud de Hugo y aceptó las vacilantes respuestas de Allie sin más comentarios.

Una vez en su dormitorio, Allie se puso el camisón y se quitó el anillo de casada para dejarlo en la mesilla de noche. Alice, Lady Marchington, pertenecía a Inglaterra, se dijo. Pero allí pensaba disfrutar del presente y olvidar en lo posible el pasado y el futuro. Sabía que tenía importantes decisiones que tomar, pero esperaba acumular las fuerzas necesarias para hacer lo que necesitaba hacer para sobrevivir.

Se quedó dormida casi de inmediato y despertó temprano, cuando los primeros rayos del sol iluminaban la habitación. Lo primero que hizo fue asomarse a la ventana para contemplar el mar, que se extendía hasta el lejano horizonte a los pies de la casa.

Tras tomar una rápida ducha y vestirse salió de la casa. Un paseo por la playa le sentaría bien y luego iría hasta Ignac a comprar el pan y algunos cruasanes para el desayuno.

El acceso a la playa no era especialmente cómodo, pues estaba rodeada de arrecifes, lo que por otro lado ayudaba a mantener su intimidad.

Allie nunca se había bañado allí en sus visitas. No era una nadadora experta y tenía mucho respeto a las poderosas corrientes de la zona.

En cuanto alcanzó la zona con arena se quitó los zapatos y los metió en los bolsillos de sus pantalones.

El viento agitó su pelo, pegándoselo al rostro, y rió en alto a la vez que echaba a correr.

—¡Me siento libre! —gritó a una sorprendida gaviota, e hizo una serie de improvisadas piruetas—. ¡Maravillosamente libre!

Aún estaba gritando cuando escuchó el ruido de unos cascos acercándose. Se volvió rápidamente y vio un poderoso caballo castaño cabalgando por la arena. Lo montaba un hombre sin sombrero, con el pelo moreno agitado por el viento. Llevaba pantalones de montar y un polo rojo.

Allie dio un paso atrás, pensando avergonzada que debía haberla visto gritando y haciendo piruetas.

Al pasar a su lado, el hombre le dijo algo desde su montura, pero el viento se llevó sus palabras y Allie asintió y alzó una mano simulando que lo había escuchado. Supuso que habría sido algún comentario sarcástico sobre su improvisado baile.

Al ver que el hombre y su montura se alejaban hacia la curva del acantilado que llevaba a la siguiente bahía, decidió tomar la dirección contraria. Mientras avanzaba fue recogiendo conchas, hasta que se detuvo para sentarse en una roca plana que encontró en su camino. Mientras jugaba distraídamente colocando las conchas en la arena deseó poder reorganizar su vida con la misma facilidad. ¿Cuánto tiempo más iba a poder vivir con Hugo? Sobre todo porque estaba siendo tratada como una especie de chivo expiatorio en aquella ridícula pretensión de matrimonio.

Había sido emocionalmente chantajeada para que se casara con él. Estando junto a su cama en el hospital, Hugo le había rogado que no lo dejara. Le dijo que la necesitaba, que dependía de ella.

Manipulada tanto por la madre de Hugo como por la suya, no había sabido qué hacer. Ambas le advirtieron que Hugo corría el riesgo de no recuperarse si lo abandonaba. Pero lo cierto era que no había posibilidad de recuperación, y todo el mundo lo sabía. Especialmente el equipo médico.

«Así que dejé que me convencieran», pensó sombríamente. «Me dije que me necesitaba y que, incluso aunque no lo amara, al menos podía sentir compasión por toda aquella fuerza y vigor destruidas en un absurdo accidente en el campo de polo».

Entonces le pareció posible hacerlo, pensó con amargura. Pero qué equivocada había estado... Su vida no tenía solución. No le quedaba más remedio que resistir. Porque, por infeliz que se sintiera, Hugo estaba en una silla de ruedas, necesitaba constantes

cuidados y no podía abandonarlo. No iba a tener más remedio que volver.

Con un estremecimiento, dejó que el agua se llevara las conchas y se puso en pie. Pero al volverse para regresar, se llevó la mano a la boca. La marea había subido rápidamente durante el rato que había estado sentada, algo que solía suceder en aquella costa y que había olvidado. Su tía siempre solía advertirle que había que estar muy al tanto de las mareas en aquella bahía antes de aventurarse a bajar a la playa.

Contempló atemorizada las olas, que ya habían cerrado el paso de la cala en que se encontraba. Las algas que había cerca de la pared del acantilado que se hallaba a sus espaldas indicaban hasta dónde podía subir el agua.

«¡Dios mío!», pensó, «tengo que hacer algo. No puedo quedarme aquí viendo cómo avanza el agua».

No le iba a quedar más remedio que nadar, aunque sabía que no era capaz de resistir mucho tiempo a flote, sobre todo en un mar agitado como aquél.

Pero de pronto llegó el rescate.

El caballo pareció surgir de la nada, galopando entre las olas instado por su jinete. Cuando llegaron a la franja de arena en que se hallaba Allie, petrificada, el hombre se inclinó hacia ella con una mano extendida y masculló una orden en tono furioso.

Allie alzó el pie hasta el estribo que el hombre había dejado libre y sintió que tiraba de ella con fuerza hasta tenerla sentada ante sí. Luego sintió que el caballo giraba y, a continuación, todo fue agua y salpicaduras a su alrededor mientras el hombre la sujetaba con firmeza por la cintura.

No fue consciente del momento en que el agua dejó de salpicar, pero la siguiente vez en que se animó a abrir los ojos vio arena a sus pies y el comienzo de un escarpado sendero.

El hombre la bajó sin ninguna delicadeza y ella se dejó caer de rodillas en la arena, tosiendo y tratando de recuperar el aliento. Se sentía mareada y aturdida, y también era consciente de que tenía la ropa y el pelo empapados.

Alzó la mirada y trató de hablar, pero la furia que reflejaban los azules y fríos ojos del hombre mientras le lanzaba una retahíla de incomprensibles palabras en francés la acallaron.

—Lo siento —dijo cuando el hombre hizo finalmente una pausa para tomar aliento—. No entiendo —dijo en el escaso francés que conocía, y a continuación enterró el rostro entre las manos y rompió a llorar.

El hombre espetó una maldición y unos instantes después puso un pañuelo limpio y húmedo en sus manos.

—¿Es inglesa? —preguntó con más suavidad, en un inglés perfectamente pronunciado. Allie se limitó a asentir.

—*Mon Dieu* —el hombre movió la cabeza—. Y sin embargo viene a esta peligrosa playa a pasear como si estuviera en un parque de Londres.

Allie alzó la cabeza para mirarlo. Era más joven de lo que había pensado, pero no más amistoso. Tenía una poderosa mandíbula y una fuerte boca con un sensual labio inferior, y sus ojos eran realmente asombrosos, de un color mezcla de azul celeste y turquesa, enmarcados por unas largas pestañas.

—Sé que debería haber tenido más cuidado —murmuró—, pero estaba pensando... en otra cosa.

Él hizo un gesto de impaciencia.

—Pero ya le había advertido que regresara. ¿Por qué no me ha hecho caso?

—No... he oído bien lo que me ha dicho.

—Supongo que se ha acostumbrado a que la gente le grite y ha aprendido a no hacer lo que le dicen —dijo él desdeñosamente.

Allie se mordió el labio inferior.

—Lo siento —dijo mientras se secaba la cara con el pañuelo.

—Cuando he visto desde lo alto del acantilado que estaba en el Caldero no podía creerlo. Lo llamamos así porque, cuando la marea sube, el agua parece hervir sobre las rocas.

Allie se estremeció.

—No lo sabía. Nunca había ido en esa dirección.

—Casi he sentido la tentación de dejarla allí —dijo él—. Pero en lugar de ello he arriesgado mi vida y mi caballo, algo aún más valioso, para acudir a ayudar a una desconocida imprudente.

Allie alzó la barbilla.

—No se corte. Dígame lo que piensa.

—Pienso hacerlo —dijo el hombre con brusquedad—. A Roland no le gusta meterse en el agua.

—En ese caso, Roland es un auténtico héroe —dijo Allie mientras se ponía en pie—. Y gracias por haber decidido venir a socorrerme —añadió a la vez que deslizaba las manos por sus empapados pantalones. De pronto se quedó paralizada—. ¡Oh! ¡He perdido mis zapatos! Los llevaba en los bolsillos...

—No esperará que vuelva a por ellos, ¿no? —dijo él con aspereza.

—Oh, no —dijo Allie con exagerada dulzura—. Creo que con

haberme salvado la vida ya ha cumplido con sus obligaciones por un día.

—Puede que no. ¿Dónde se aloja, señorita?

Allie se quedó momentáneamente desconcertada, pero enseguida recordó que se había quitado el anillo de casada. Era lógico que su rescatador hubiera asumido que estaba soltera, algo que debería aclararle de inmediato. Pero...

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Acaso espera ser recompensado por haberme salvado.

La firme boca del desconocido se curvó en una sonrisa.

—¿Quiere decir que hay gente dispuesta a pagar por recuperarla? Increíble. De todos modos, espero que no esté muy lejos —añadió—. Podría ser un paseo muy incómodo estando descalza —contempló la variedad de expresiones que cruzaron el rostro de Allie con un aprecio que no se molestó en disimular—. ¿O prefiere volver a su casa montada sobre Roland? —al ver que Allie dudaba, miró su reloj con expresión impaciente—. Decídase, señorita. A diferencia de usted, yo no soy un turista y tengo trabajo.

Allie alzó la barbilla con expresión beligerante.

—De acuerdo. Acepto la oferta... si es que Roland me ha perdonado ya por el baño que ha tenido que darse.

—Mi caballo tiene una naturaleza muy amistosa —dijo él a la vez que enlazaba las manos y se inclinaba hacia ella—. Ponga el pie aquí —ordenó, y a continuación la alzó hasta la silla como si no pesara nada—. Será mejor que le diga adonde debe ir —añadió por encima del hombro mientras tiraba de las riendas del caballo para que ascendiera por la pendiente.

—Me alojo con Madame Colville, en Les Sables —Allie imaginó la expresión de su tía cuando la viera—. Soy su sobrina nieta —añadió, reacia.

—Ah. No sabía que tuviera esa relación. Pero supongo que es lógico, pues no es mi paciente, sino la de mi padre.

Allie frunció el ceño.

—¿Paciente? ¿Es médico?

—¿Le cuesta creerlo? Pues le aseguro que es cierto —el hombre hizo una ligera inclinación de cabeza—. Remy de Brizat a su servicio —al ver que Allie dudaba, dijo—: Ahora se supone que usted debe decirme su nombre, señorita. ¿O es un secreto?

Allie pensó que no iban a volver a verse nunca, de manera que no había ningún mal en que no dijera toda la verdad.

—Me llamo Alys. Alys... Colville.

—Alys —repitió él—. Un nombre encantador... y además

francés.

Allie frunció la nariz.

—En Inglaterra soy una vulgar Alice.

Remy detuvo el caballo en lo alto de la cuesta y se volvió a mirarla.

—Te equivocas —dijo con suavidad—. Tú nunca podrías ser vulgar —tras un tenso silencio, añadió—: Y ahora échate un poco atrás para que Roland pueda llevarnos a ambos.

Allie hizo lo que le pedía, y Remy montó ante ella.

—Sujétate a mí. El centro de salud de Ignat abre en una hora y debo llegar a tiempo.

Reacia, Allie apoyó las manos en sus hombros, pero en cuanto el caballo empezó a moverse se aferró instintivamente a su cintura.

—¿*Ca va*? —preguntó él por encima del hombro.

—Creo que sí —contestó Allie, y oyó que él reía con suavidad.

Unos minutos después, cuando se detuvieron ante la casa, él insistió en bajar y ayudarla a desmontar.

—Gracias —dijo Allie, tratando de no perder el equilibrio—. Por todo. Le debo... mucho —le ofreció su mano—. Adiós, doctor Brizat.

Él arqueó las cejas.

—¿No me vas a llamar Remy?

—No me parece adecuado —dijo Allie, imitando el tono de Grace—. A fin de cuentas, es muy poco probable que volvamos a vernos. No tengo intención de volver a jugar con la muerte.

—Una actitud muy sabia, *ma belle* —Remy tomó su mano y se la llevó a los labios—. Porque la tradición dice que ahora que te he salvado la vida, ésta me pertenece, y creo que deberías vivirla al máximo, y que yo debería ayudarte a hacerlo.

Tras volver a montar, le dedicó una sonrisa desde las alturas de la grupa de su caballo.

—Y con el tiempo acabarás llamándome Remy. Lo prometo. *Au revoir, ma chére* Alys.

A continuación, tras pronunciar una orden a Roland, se alejó al trote.

Allie se quedó mirándolo mientras se alejaba, consciente de los intensos latidos de su corazón.

Cuando entró en la casa, su tía estaba bajando las escaleras, elegantemente vestida con unos pantalones negros y una camisa blanca y su pelo plateado sujeto a la altura de la nuca con un lazo negro.

—Creo que mis oídos me están engañando —dijo—. Creí haber oído un caballo fuera... —al contemplar a Allie se detuvo en seco y

abrió los ojos de par en par—. ¡*Mon Dieu, chérie…!* ¿Qué te ha pasado?

Allie suspiró.

—Me he visto atrapada por la marea en un lugar llamado el Caldero.

Madelon se dejó caer sin fuerzas en una silla de la cocina.

—Alys… Ya se han ahogado varias personas ahí. Tú podrías haber sido una de ellas.

Allie se obligó a sonreír.

—El hijo de tu médico ha acudido a mi rescate en su caballo —se estiró e hizo una mueca—. Ahora me duele todo el cuerpo.

—No es asunto de broma. Podrías haber muerto.

—Pero no ha sido así. Simplemente he perdido unos zapatos.

Tía Madelon se estremeció.

—No debes volver a correr un riesgo como ése.

—Te aseguro que no tengo intención de hacerlo.

—¿Y ha sido Remy el que te ha salvado? —Madelone hizo la señal de la cruz—. Iré a verlo para darle las gracias —de pronto su expresión se animó—. O, mejor aún, lo invitaré a comer.

—¿Crees que será necesario? —dijo Allie, incómoda—. Ya le he dado las gracias. Madelone frunció los labios.

—Madame Lastaine, la mujer que se encargada de llevar la casa de los doctores en Trehel, es una cocinera funesta. Al pobre Remy le encantará disfrutar de una comida en condiciones.

—A mí me ha parecido que estaba en perfecta forma —dijo Allie.

Su tía le dedicó una larga mirada.

—Pareces… molesta, querida. ¿Acaso no estás agradecida a Remy por haberte salvado?

Allie se mordió el labio.

—Claro que le estoy agradecida. Pero eso no significa que tenga que gustarme. O que tenga ganas de volver a verlo —antes de continuar alzó levemente la barbilla—. Supongo que sus pacientes no esperan recibir ninguna compasión cuando acuden a su consulta.

Madelone alzó las cejas.

—No he oído ninguna queja respecto a su actitud desde que regresó a Ignac. Más bien al contrario.

Allie se detuvo camino de las escaleras.

—¿No siempre ha trabajado aquí? —preguntó antes de poder contenerse.

—Tras graduarse trabajó para una ONG médica, primero en África y luego en América del Sur. Pero siempre se dio por sentado

que, siguiendo los deseos de su padre y de su abuelo, algún día volvería a Ignac a ejercer —Madelone sonrió—. Siempre me ha parecido un hombre encantador y considerado. Pero no voy a invitarlo a comer aquí en contra de tus deseos, querida.

—Gracias —Allie dudó—. Simplemente siento… que estamos mejor separados, eso es todo.

—De acuerdo —Madelone deslizó la mirada del ruborizado rostro de Allie a su mano—. He notado que no sólo has perdido los zapatos. Tampoco llevas tu anillo de casada.

El rubor de Allie se acentuó.

—Está arriba. Simplemente decidí no llevarlo.

—Ah —Madelone la miró con expresión pensativa—. ¿Y cómo es que te ha parecido simple decidir eso?

Allie respiró profundamente.

—Me lo he quitado porque quería encontrar a la persona que era antes de casarme. Parece haberse desvanecido por completo, pero necesito recuperarla. Necesito volver a ser Alys Colville… aunque sólo sea por unos días —suspiró—. Pero supongo que eso es imposible. Supongo que todos tus vecinos y amigos sabrán que estoy casada…

—No se lo he dicho a nadie, cariño. No me apeteció compartir la noticia de tu boda. Siempre he creído que los errores del círculo familiar deben mantenerse en privado. Y sé hace tiempo, antes de que sufriera ese trágico accidente, que no querías a ese hombre. Tus cartas lo dejaron claro.

—Pero apenas lo mencionaba en ellas.

Madelon sonrió cariñosamente.

—Precisamente por eso, querida. Cuando recibí la invitación para tu boda escribí a tu madre y le rogué que no permitiera que arruinaras tu vida. Sabía que tu matrimonio iría acompañado de serias dificultades, aunque os hubierais adorado mutuamente. Tu madre se enfadó mucho. Dijo que no sabía de qué estaba hablando, que no me entrometiera y que sería mejor para todos que no acudiera a la boda.

—A mí me dijo que habías decidido que el viaje supondría demasiado ajetreo para ti —Allie se mordió el labio—. Debería haberlo imaginado.

—Ahora eso pertenece al pasado —dijo Madelone—. Lo único que importa ahora es que estás aquí. Y si quieres volver a ser Alys Colville, adelante. Y ahora, ve a cambiarte mientras yo me ocupo de echar a lavar tu ropa.

Allie se volvió obedientemente, pero, antes de subir las

escaleras, dijo:

—¿Te parece una locura que trate de… fingir?

—No me parece una locura, pero puede que no sea muy prudente.

Allie sonrió con tristeza.

—En ese caso, tendré que tener mucho cuidado.

Capítulo 3

EL SOL se había ocultado tras una nube, y Allie se levantó del banco con un ligero estremecimiento.

Ya llevaba suficientemente tiempo sentada atormentándose con sus recuerdos. Había llegado la hora de volver a la mansión y contestar a Madelone para explicarle que no podía ir a Les Sables. El dolor del recuerdo de la época que pasó allí aún era demasiado intenso.

Entró en la casa por una puerta lateral y subió a la segunda planta. Tras la muerte de Hugo, y a pesar de las protestas de Grace, había dejado el dormitorio principal para trasladarse a otro al final de la casa. No era tan enorme como los demás y le gustaba el tono crema de sus paredes. Con el paso de los meses se había convertido en su refugio.

Se sentó a la mesa y sacó una hoja de papel y una pluma mientras pensaba en una excusa razonable.

Acababa de encabezar la carta con la fecha cuando se oyó una ligera llamada a la puerta. Su suegra entró a continuación sin esperar respuesta.

—Así que aquí estás. La señora Windon ha traído el café. ¿Vas a bajar?

—Puede que más tarde. Ahora estoy respondiendo a la carta de tía Madelone.

—Ah —Grace hizo una pausa—. ¿Te contaba algo en particular?

—No se encuentra bien y le gustaría que fuera a visitarla con Tom.

—No —dijo Grace con firmeza—. No puedes ir a Bretaña y, aunque te plantearas hacerlo, no podrías llevarte a Tom. La mera sugerencia está fuera de lugar, y lo sabes.

El afán de rebelión que tanto tiempo llevaba conteniendo Allie afloró de repente. Aquello era la gota que colmaba el vaso. Ya había soportado suficiente. No estaba dispuesta a vivir bajo una dictadura y había llegado el momento de dejarlo claro.

—¿No puedo llevarme a mi propio hijo a visitar a una pariente? ¿Es eso lo que estás diciendo? —movió la cabeza—. No puedo creerlo.

—Pues será mejor que lo creas —dijo Grace, seria—. No pienso permitir que mi nieto salga del país... y menos aún a Francia.

—¿Por qué no? ¿Acaso alguno de tus ancestros Marchington murió en Agincourt? —preguntó Allie en tono desenfadado a pesar

de la rabia que estaba creciendo en su interior.

—No seas frívola —espetó Grace—. Lo que estoy diciendo es que no vamos a permitir que una anciana arrogante y caprichosa altere nuestras vidas cuando le venga en gana. No pienso permitirlo.

—No hables así de mi tía. Me ha invitado a mí y seré yo quien decida al respecto —Allie hizo una pausa para calmarse—. No soy ninguna niña. Tengo veintidós años y no necesito tu permiso ni el de nadie para ir a Bretaña a ver a la mujer que prácticamente crió a mi padre. Además, ¿por qué motivo no iba a ir? Dame alguna buena razón para no hacerlo.

—Tom es demasiado pequeño para hacer un viaje como ése —replicó su suegra, acalorada.

—¿Una noche en el trasbordador y un par de horas en coche? —dijo Allie en tono desdeñoso—. Montones de niños más pequeños hacen viajes como ése a diario.

—Pero Tom no es sólo un niño. Es el heredero Marchington. Tienes que pensar en tu posición. Y en la suya.

—¿Y ésa es tu única objeción? —dijo Allie con frialdad—. Porque Tom no es sólo un Marchington. También sangre Colville y Vaillac. Y es lógico que mi tía quiera verlo, sobre todo teniendo en cuenta que no está bien. A fin de cuentas, Tom también es el último de su linaje.

—Un linaje de campesinos bretones —dijo Grace con desprecio—. Nada de lo que alardear.

—Son valientes, fuertes y tienen buen corazón —replicó Allie—. Eso basta para la mayoría de la gente.

—Estás siendo difícil.

—Dadas las circunstancias, ese comentario resulta casi divertido. Pero lo cierto es que no tengo ninguna gana de reír.

—Alice... por favor. Ya hubo suficientes habladurías la última vez que desapareciste durante unas semanas, dejando solo al pobre Hugo.

—No estaba solo. Te tenía a ti, a su niñera y a una enfermera contratada para que cuidara de él a diario. Además regresé, algo que siempre tuve intención de hacer. ¿Hubo más habladurías entonces? ¿O me redimí porque finalmente estaba cumpliendo con mi deber junto a mi valiente e incapacitado marido y le pude dar el hijo que había estado exigiendo con tan monótona regularidad?

—A veces hablas con tal dureza, Alice...

—¿En serio? —la sonrisa que curvó los labios de Allie no alcanzó su mirada—. Me pregunto por qué —añadió con ironía.

—Y me duele que vayas a tomar esa decisión sin consultar

conmigo.

«Tu no sufrirías ni aunque te clavara una estaca en el corazón», pensó Allie.

—En cuanto he visto la carta he sabido lo que quería esa mujer —añadió Grace, enfadada.

—Oh, vamos. Hablas como si mi tía Madelone siempre estuviera exigiendo atención, y eso no es cierto.

—Es demasiado sutil como para eso —dijo Grace en tono despectivo—. Tu madre me advirtió que era una manipuladora nata.

—Simplemente no estamos de acuerdo en eso —dijo Allie con un encogimiento de hombros.

—Además, las casas francesas no están preparadas para la humedad. Tom podría acatarrarse.

—Tom no para un momento quieto, así que no creo que vaya a enfriarse. Además, no quiero que viva entre algodones. Es un niño, por Dios santo.

—Lo es, pero no sé si eres consciente de lo importante que es para el futuro de los Marchington.

—Por supuesto que lo soy. No habéis dejado de remacharme que Tom es el futuro de los Marchington. No dejasteis de hacerlo desde que me quedé embarazada.

Tras un tenso silencio, Grace dijo:

—Escucha, Alice… por favor —parecía repentinamente mayor y asustada—. No puedes volver a ese sitio. Sería una locura.

—¿Por qué sería una locura?

—Puede que eso sea una exageración, pero tú misma deberías comprender por qué no deberías ir. Y estoy convencida de que tu madre estaría de acuerdo conmigo.

—Estoy segura de ello. Pero eso no va a alterar mi decisión.

Lady Marchington respiró profundamente.

—Si Madelon está empeñada en ver a Tom, podríamos arreglar las cosas para que viniera a Inglaterra.

—No estaría bien hacer viajar a alguien de su edad. Además, no está bien de salud. Yo soy joven, estoy sana, y puedo hacer el viaje sin ningún problema.

«¿Qué estoy diciendo?», se preguntó Allie. «¿Por qué estoy defendiendo algo que ya consideraba perdido? Porque ya es demasiado tarde. Porque, con su injustificada intervención, Grace me ha arrinconado, y si quiero conseguir alguna vez un poco de independencia, no puedo ceder en este asunto. Y, como resultado, ahora tengo que volver a Les Sables d'Ignac, aunque es lo último

que quiero hacer en este mundo.

Tengo que hacerlo. Ya no hay opción.

¡Dios mío! ¿Por qué no ha permanecido en silencio Grace? ¿Por qué no me ha dado la oportunidad de buscar una excusa válida para no ir, para escapar de esta pesadilla?».

—Sólo tengo que tomar el trasbordador de Plymouth a Roscoff y luego conducir hasta Les Sables. A Tom le encantará.

—No puedes llevarte a Tom —dijo Grace con aspereza—. Si insistes en ir, debes hacerlo sola.

—¿Quieres decir que después de abandonar a mi marido en la última visita que hice a mi tía debo abandonar ahora a mi hijo? —preguntó Allie con ironía—. Imagina los cotilleos que correrían por el pueblo. No quiero parecer una madre negligente. Además, así tendré la oportunidad de estar con Tom de verdad por una vez, de pasar tiempo con él por mi cuenta para que lleguemos a conocernos de verdad.

—Pero tendrías que llevarte a Nanny...

—Gracias, pero no. Ni se me ocurriría. Puedo conducir mi propio coche y cuidar de Tom como cualquier otra madre. De hecho, me encantará hacerlo. Además, mi tía no tiene sitio para otro invitado en su casa, y como es temporada de vacaciones no habrá alojamientos libres.

«Quiero recuperar mi vida y a mi hijo», pensó Allie.

«Y si ésta es la única forma de conseguirlo, que así sea».

Grace asintió con evidente amargura, consciente de su derrota.

—Comprendo —dijo, recuperando su habitual frialdad—. ¿Cuándo piensas irte?

—En cuanto consiga un billete para el ferry —Allie miró a su suegra con calma, como si no tuviera el estómago totalmente encogido ante la perspectiva—. Creo que no voy a tomar ese café —añadió—. Tía Madelone estará esperando mi respuesta.

Grace asintió.

—En ese caso, está claro que no hay nada más que decir —murmuró antes de asentir brevemente y marcharse.

Allie abandonó con alivio el ferry. Tom había hecho la travesía muy inquieto y no se quedó dormido hasta que ya llevaban un buen rato circulando en coche por las carreteras de Francia.

Pero, según se acercaban a Les Sables, su inquietud empezó a aumentar mientras se preguntaba con qué se encontraría al llegar.

A su tía no le gustaba el teléfono, aparato al que sólo recurría en

caso de emergencia, y había escrito la carta de respuesta expresando su alegría por la visita de Allie con la misma letra vacilante de la primera.

No por primera vez, Allie deseó tener alguien a quien confiar sus preocupaciones. Alguien que también quisiera a su tía.

«Una vez en su casa...», pensó, pero se interrumpió en seco. No podía permitirse recordar aquello... a pesar de que cada señal del trayecto, cada población por la que pasaba, no hacían más que despertar sus dolorosos recuerdos.

¿Pero qué otra cosa podía esperar?, se preguntó con un suspiro. Aquellas breves semanas con Remy le habían hecho experimentar la única felicidad auténtica que había conocido. ¿Cómo iba a simular que lo había olvidado?

Su tía le había advertido que encontraría Ignac muy cambiado, pero, aparte de los nuevos chalets, que habían crecido como hongos en los alrededores, el pueblo parecía el de siempre.

Sus estrechas calles estaban abarrotadas, con coches aparcados a ambos lados y, según avanzaban, Allie vio que la plaza estaba llena de puestos de venta. —Por supuesto —dijo en voz alta—. Hoy es día de mercado. Lo había olvidado.

Ya era tarde y los vendedores estaban desmontando sus puestos, aunque aún había compradores de última hora esperando encontrar alguna ganga.

Allie volvió a fijar su atención en la carretera y tuvo que frenar cuando una anciana bajó de la acera ante su coche a la vez que agitaba su bastón para dejar claro que ella tenía prioridad. La anciana, que iba acompañada por una joven pareja, se detuvo en medio de la calle para regañarlos por algo. La otra mujer miró a Allie con expresión de disculpa mientras los esfuerzos de su compañero por hacer que la anciana avanzara caían en saco roto.

Allie suspiró, pensando que hasta que la anciana decidiera avanzar iban a seguir allí parados.

La gente empezaba a detenerse para observar la escena.

Pareció surgir de la nada, pero de pronto allí estaba, reuniéndose con el trío de la discordia, alto, moreno, vestido con unos vaqueros claros y una camisa azul. Llevaba dos barras de pan bajo el brazo y una bolsa que Allie sabía que contendría ostras. Se cambió la bolsa de mano antes de inclinarse hacia la anciana para hablarle a la vez que la tomaba del codo para llevarla con delicada firmeza hasta la acera.

La anciana pareció resistirse un momento, pero entonces él dijo algo que le hizo reír y se dejó llevar sin protestas. A continuación, y

tras un rápido saludo, el hombre se marchó.

Allie permaneció muy quieta, viendo cómo se alejaba, con las manos aferrando el volante con tal fuerza, que temió romperlo. «No puede ser él», pensó. «No puede ser Remy porque tía Madelone dijo en su carta que no tenía nada que temer».

Nada que temer…

El impaciente sonido de las bocinas le hizo volver a la realidad y se dio cuenta de que el coche se le había calado debido a la conmoción que le había producido verlo.

Arrancó de nuevo y se alejó de la zona para tomar la carretera que llevaba a Les Sables. En cuanto estuvo fuera del pueblo, detuvo el coche y permaneció un momento sentada, temblorosa, hasta que tuvo que salir precipitadamente para vomitar en la hierba.

Cuando se irguió, con la cabeza dándole vueltas, oyó el llanto asustado de Tom en el coche y acudió a él de inmediato.

—Tranquilo, cariño. Mamá está aquí —sacó un paquete de toallitas húmedas de la guantera y se limpió rápidamente las manos y la cara antes de soltar a Tom de su sillita y tomarlo en brazos. Se sentó en una roca plana a unos metros del coche y lo abrazó mientras esperaba a que los latidos de su corazón se calmaran.

Trató de encontrar algún sentido a lo sucedido, pero no lo logró.

En la carta que le había enviado, su tía había sugerido, casi como una promesa, que Remy seguía en Sudamérica. De manera que, ¿cómo era posible que estuviera en Ignac, comprando en el mercado como si nunca se hubiera ido?

Madelone debería haberle dicho la verdad. Debería haberla advertido de su presencia. Pero sabía que si lo hubiera hecho, ella no habría acudido a verla.

Tal vez no sabía que había vuelto, pensó. Tal vez se trataba de una visita inesperada.

Pero descartó aquella posibilidad casi de inmediato. Era posible que la casa de su tía estuviera recluida, pero no era el limbo. Los cotilleos locales acababan llegando antes o después hasta allí.

Además, el padre de Remy, Philippe Brizat, era el médico de su tía, de manera que ésta debía de estar al tanto del regreso de Remy.

Resultaba casi increíble que su querida tía la hubiera engañado de ese modo. Debía de estar desesperada por verla, por ver a Tom.

Sintió el impulso de dar media vuelta y conducir de nuevo hacia Roscoff para tomar el ferry de regreso, pero aquello habría significado volver al Hall con el rabo entre las piernas y perder el terreno conquistado en su búsqueda de la independencia.

«Aún puedo visitar a la tía», pensó, «pero no quedarme los diez días que habíamos planeado».

A fin de cuentas, Francia era un país muy grande y había muchos sitios a los que ir. Podía visitar con Tom otras zonas, incluso la Costa Azul, si quería.

Estaba dispuesta a ir a cualquier sitio mientras hacerlo la alejara de Remy de Brizat. Porque su tía se equivocaba si creía realmente que no tenía por qué temer un reencuentro con él.

La casa se erguía gris y sólida contra los altos pinos que se alzaban tras ella. Cuando detuvo el coche, Allie vio la pequeña figura de una mujer asomada a la puerta que se protegía los ojos del sol con una mano.

«Es tía Madelone», pensó, asombrada. Pero, si había estado mala, ¿por qué no estaba en la cama, o descansando en el sofá?

Respiró profundamente antes de salir del coche. Ya había decidido la estrategia que iba a seguir. Nada de reproches ni recriminaciones. Simularía que había pasado por Ignac sin ver a nadie. Por lo que a ella se refería, Remy de Brizat, seguía en el otro extremo del mundo.

Y si Madelone mencionaba que había vuelto a Ignac, se mostraría ligeramente sorprendida e incluso preguntaría educadamente qué tal le iba en Brasil.

Se había esforzado tanto en no pensar en él, en no preguntarse dónde estaría y qué estaría haciendo... Al parecer, todos sus esfuerzos por alejarlo de su mente habían sido en vano.

Pero no podía permitir que se le notara, se dijo mientras salía del coche, sonriente.

Madelon Colville nunca había sido una mujer robusta, pero cuando la abrazó sintió que había encogido aún más, aunque su mirada seguía siendo tan vital como siempre.

—No sabes lo que significa para mí que hayas venido, querida niña —dijo Madelone, emocionada, antes de mirar hacia el coche sin ningún afán de ocultar su impaciencia—. ¿Dónde está el pequeño?

Al sentirse el centro de atención, Tom decidió mostrarse tímido y ocultó el rostro en el cuello de su madre. Pero Madelon no se dejó afectar por su reacción.

—Todo es demasiado nuevo para él —dijo—. Pero pronto seremos amigos, ¿verdad, querido? —tomó a Allie de la mano—. Y ahora pasa a conocer a Madame Drouac, la mujer que me está

cuidando. Es viuda, como yo, y nos entendemos muy bien. Pero no habla inglés y tú no entenderás su *patois*, así que yo haré de traductora.

Madame Drouac, que estaba en la cocina preparando algo que olía de maravilla, era una mujer alta y fuerte de expresión bondadosa. Tras estrechar la mano de Allie se volvió hacia Madelon y dijo algo.

Pero Allie no necesitó traducción. «Me recuerda de la última vez que estuve aquí», se dijo, incómoda. «Y también recordará con quién estuve».

—Amelie piensa que has adelgazado —dijo Madelon en tono desenfadado—. Dice que debemos alimentaros bien estos días —señaló una vieja silla alta de madera que se hallaba junto a la mesa—. Nos ha dejado esa silla y una cuna para Tom. Fueron las que utilizó con su hijo. Le he dicho que eres viuda, Alys, pero también que te casaste después de regresar la última vez a Inglaterra —añadió, mirándola fijamente—. ¿Comprendido?

—Sí —replicó Allie en tono inexpresivo—. Sí, por supuesto.

La cena consistió en una sopa de vegetales servida con trozos de pan.

Tom comió con la ayuda de Madame Drouac, que le habló suavemente en bretón y le hizo reír imitando a una gallina. Al parecer, su momentánea timidez se había esfumado.

Después de comer, mientras tomaban el café, Allie preguntó:

—¿Hay algún problema en que tome una ducha antes de acostarme? Después del viaje me siento como si llevara días sin cambiarme de ropa.

Madelon la tomó cariñosamente de la mano.

—Debes hacer exactamente lo que quieras, querida. Éste es tu otro hogar, querida, ya lo sabes.

«Probablemente sea mi único hogar», pensó Allie mientras subía con Tom a su habitación, donde encontró todo dispuesto para poder atender adecuadamente a su hijo. La cama había sido trasladada de su lugar habitual para dejar sitio para la cuna.

Tras acostar al niño, que tardó apenas unos minutos en quedarse profundamente dormido, deshizo el equipaje y luego entró en el baño para tomar una ducha. La sopa de la señora Drouac le había sentado de maravilla y, aunque aún estaba un poco tensa, al menos ya no sentía que estaba temblando por dentro.

—Amelie es una joya —le había dicho Madelon en un momento en que se habían quedado a solas en el comedor—. Sólo desearía no tener que considerarla como una necesidad. Pero el doctor insistió

en que debía tener ayuda.

El doctor… ¿pero a cuál se referiría Madelon? A fin de cuentas, había tres generaciones de Brizat viviendo en la gran casa de piedra de Trehel. No podía ser George, el abuelo, pues estaba retirado, de manera que debía referirse a Philippe, su único hijo, pensó Allie, mordiéndose el labio inferior con tal fuerza que casi se hizo sangre. Pero aquello era algo que no podía preguntar.

Lamentó que Madame Drouac no hablara un poco de inglés para que le contara qué le pasaba exactamente a su tía. Porque cuando se lo había preguntado a Madelon, ésta se había limitado a hacer un gesto de despreocupación con la mano y a decirle que a veces tenía días buenos y otras días malos.

—Pero hoy es uno de los mejores porque has venido —había añadido.

Por otro lado, pensó Allie mientras se metía en la cama tras la ducha, la barrera del lenguaje entre ella y la señora Drouac significaba que no tendría que responder a incómodas preguntas sobre su estancia previa.

A pesar de lo cansada que estaba supo que le iba a costar dormir. Estaba muy tensa y su cerebro estaba en ebullición. Sabía que habría sido mejor que se hubiera quedado en Inglaterra, que no debería haberse dejado provocar por Grace para aceptar una invitación tan peligrosa. ¿Pero podía arrepentirse de haberlo hecho después de la alegría que había mostrado su tía por tenerla allí?

Además, ya era demasiado tarde como para dar marcha atrás.

La caja se había abierto finalmente y todos sus demonios personales habían salido a la luz. Y, por mucho dolor que le produjeran, sabía que había llegado el momento de enfrentarse a ellos.

Capítulo 4

APOYÓ los brazos en el alféizar de la ventana y contempló la bahía en que comenzó todo.

—No me parece prudente... —le había advertido Madelon.

¿Pero cómo podía saber ella cómo acabaría aquel paseo? A fin de cuentas, lo único que buscaba era un rato para sí misma, para pensar y tomar algunas decisiones.

Sólo buscaba un poco de paz.

Nunca pretendió nada más. Nunca tuvo intención de engañar a nadie, ni de causar ningún daño. Además, no mintió. Simplemente no dijo toda la verdad. Y nadie le pidió que lo hiciera... hasta que ya fue demasiado tarde.

Pero nada podía justificar lo que hizo. Tenía que haber sido sincera y en lugar de ello...

Sin embargo, allí estaba, dos años después, sabiendo que no podía permitirse ser completamente sincera. Aún había cosas que no podían decirse.

Una viuda con un hijo. Eso era todo lo que cualquiera necesitaba saber.

Y aunque Remy estuviera de vuelta en Ignac, eso no significaba que tuvieran que encontrarse.

Al contrario, se dijo con firmeza. Pensaba hacer todo lo posible para que eso no sucediera.

Se apartó de la ventana con un suspiro y, tras ponerse unos pantalones cortos, unas sandalias y una camiseta, fue a la cuna, donde Tom seguía profundamente dormido. Su corazón se encogió mientras lo miraba.

Cuando tía Madelon se hubiera ido, él sería lo único que le quedaría para amar. Pero su hijo hacía que toda la agonía del pasado mereciera la pena. Tras acariciarlo con delicadeza para que no despertara, bajó al cuarto de estar. Al comprobar que no había nadie, salió al jardín por la puerta trasera y se sentó en la hierba con la espalda apoyada contra un solitario manzano. Al cerrar los ojos su mente se llenó de inevitables recuerdos. Reacia, se dejó llevar por el empuje del pasado.

Los días que siguieron a su espectacular rescate por Remy de Brizat, tomó la decisión de mantenerse alejada de la playa, aunque su tía le había dado una lista con el ritmo de las mareas con la recomendación de que se la aprendiera de memoria.

Pero ella sabía que el peligro principal no residía exactamente

en el mar.

Una mañana, durante el desayuno, su tía le dijo que tenía que ir a Quimper a ver a su contable.

—Tengo que ocuparme de algunos papeles, querida, algo realmente aburrido. Pero si quieres puedes venir conmigo.

Allie decidió que prefería quedarse y, tras despedir a su tía, salió al jardín en bikini, dispuesta a tomar el sol mientras leía un rato. Tras quitarse la parte superior del bikini, se tumbó boca abajo, apoyó la cabeza en los brazos y cerró un momento los ojos.

—*Bonjour*, Alys.

Por un instante, Allie pensó que se había quedado dormida y que estaba soñando, pero al mirar de reojo vio a su lado unas gastadas alpargatas y, surgiendo de ellas, un par de largas piernas totalmente masculinas... las de Remy de Brizat.

Estuvo a punto de erguirse, pero recordó justo a tiempo que no llevaba puesto el sujetador del bikini.

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

—Quería asegurarme que lo sucedido la otra mañana no ha supuesto ningún trauma —dijo él, sonriente. Vestía unos pantalones cortos y una camisa de algodón desabrochada hasta la cintura.

—¿Y así es cómo hace sus visitas médicas? —preguntó Allie, incómoda en la postura en que se encontraba—. ¿Entra sin llamar y sin pedir permiso?

—No. Pero ésta no es una visita profesional. Además, me he encontrado con Madame Colville y me ha dado permiso para visitarte.

Remy la miró con evidente aprecio, y Allie comprobó con impotencia que detenía la mirada en la apenas cubierta redondez de su trasero.

—El sol calienta mucho hoy —continuó él con suavidad—. No deberías correr el riesgo de quemar una piel tan encantadora —se arrodilló junto a ella, tomó el frasco de loción solar y empezó a aplicárselo en los hombros.

Allie se quedó momentáneamente muda a causa de la conmoción, pero se controló rápidamente.

—Gracias —murmuró entre dientes—, pero puedo hacerlo yo misma.

—¿En serio? —dijo él sin interrumpir su tarea—. ¿Acaso eres una contorsionista? Lo dudo, de manera que estáte quieta y deja que te aplique la loción.

El contacto de las manos de Remy en su piel hizo que empezara a sonar una señal de alarma en la cabeza de Allie.

«No quiero esto», pensó, frenética. «No quiero...».

Habría dado cualquier cosa por poder sentarse y quitarle el frasco de la mano, pero no llevaba puesto el sujetador, y el hecho de que, como médico, Remy hubiera visto los pechos desnudos de cientos de mujeres, no supuso ninguna diferencia.

Permaneció con los ojos cerrados, mordiéndose el labio inferior mientras se esforzaba inútilmente por reprimir el inevitable despertar de sus sentidos.

«Esto no me puede estar sucediendo», pensó. «Uno de los motivos por los que he huido de Inglaterra ha sido que no quería que me tocaran... porque no podía soportarlo más. Y este desconocido no tiene derecho a hacerme sentir así, como si mi piel fuera de seda y mis huesos se estuvieran disolviendo».

Cuando creyó que Remy había terminado de aplicarle la loción, éste deslizó un dedo por la costura de sus braguitas y, a continuación, se dedicó a frotarle los muslos y las piernas.

—Ya está —dijo finalmente, mientras cerraba el frasco—. Estoy seguro de que puedes arreglártelas sola con el resto.

—Creo que ya he tomado suficiente sol por hoy —dijo Allie con gélida amabilidad.

—Puede que tengas razón. ¿Por qué correr riesgos con un cuerpo tan encantador?

Allie sintió que la garganta se le cerraba.

—Gracias por su preocupación, pero puedo cuidar de mí misma —dijo mientras trataba de alcanzar el sujetador de su bikini.

—Por supuesto... como ya has demostrado, *ma belle* —dijo Remy en tono irónico, y Allie intuyó que estaba sonriendo—. *Permettez-moi* —tomó el sujetador y le ayudó a ponérselo.

Allie se irguió de inmediato y apartó el pelo de su rostro en un gesto defensivo.

—¿Ha cumplido ya con su cuota de buenas acciones del día? —preguntó con toda la frialdad que pudo—. Porque no quisiera que se retrasara por mi culpa en seguir con sus recados.

Remy la observó un momento.

—¿Por qué me hablas como si fuera tu enemigo, Alys?

Allie se ruborizó.

—Eso no es cierto.

—¿No? En ese caso, espero que no nos encontremos cuando tengas ganas de mostrarte hostil.

—Lo cierto es que preferiría que no volviéramos a encontrarnos, *monsieur* —Allie alzó levemente la barbilla al añadir—: El otro día me socorrió en una situación peligrosa y siempre le estaré

agradecida por ello. Pero ahora me gustaría que me dejara disfrutar en paz de mis vacaciones. Estoy segura de que me comprende.

—Creo que empiezo a comprenderte —dijo Remy lentamente—. ¿Todos los hombres te ponen tan nerviosa, o soy sólo yo, Alys?

—No me pone nerviosa usted ni nadie más —replicó ella.

—En ese caso, demuéstrame la gratitud que dices sentir quedando a comer mañana conmigo.

—¿Quedando a comer? —repitió Allie con expresión incrédula —. ¿Y por qué iba a hacer algo así?

Remy se encogió de hombros.

—Ya te he dado dos buenos motivos. Además, todo el mundo necesita comer, y el mediodía es una buena hora para hacerlo. Además, creo que necesitas engordar un poco —añadió tras mirarla de arriba abajo.

Allie alzó la barbilla.

—¿Se trata de una opinión médica o de la manifestación de su gusto personal? Remy sonrió.

—Creo que de ambas cosas.

Allie pensó que ella misma se había buscado aquella respuesta, pero aquello no aminoró su afán de mantenerlo a raya.

Tenía un rostro orgulloso, pensó tras lanzarle una rápida mirada, con un matiz de arrogancia. Se notaba que no era un hombre acostumbrado a que lo rechazaran.

«Probablemente no lo han dejado plantado en su vida», pensó. «Y no le vendría mal que lo hicieran. Además, así le demostraría que no estoy disponible. Espero que capte la indirecta».

Se encogió de hombros y sonrió a medias, como re—signada a su destino.

—De acuerdo. Quedemos a comer. Como ha dicho, todos necesitamos comer —tras una pausa, añadió—: ¿Qué propone?

—Hay un restaurante llamado Chez Lucette en la carretera que lleva a Benodet. ¿Crees que podrás encontrarlo?

—Por supuesto.

—Bien. ¿Quedamos a las doce y media?

—Perfecto —Allie bajó la mirada con recato—. Gracias, *monsieur*.

Remy alzó las cejas.

—¿Vas a seguir sin tutearme?

—Puede que después de la comida.

—Eso espero. *A bientót* —se despidió Remy, y a continuación se fue.

Una vez a solas, Allie se dio cuenta de que estaba sin aliento,

como si acabara de correr una maratón. Era una reacción a la que no estaba acostumbrada, y le asustó.

«Todo lo que tenía que haberle dicho era que estaba casada, y no habría vuelto a molestarme», pensó. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Por qué había permitido que siguiera pensando que estaba soltera y disponible?

«Deja de autorecriminarte», se dijo con impaciencia. «Mientras te lo quites de encima, ¿por qué preocuparte por el método? Y seguro que a partir de mañana deja de insistir».

—Haré lo que necesario para lograr que me dejen en paz —dijo en voz alta—. Y al diablo con Remy Brizat.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Madelon, preocupada—. Pareces muy inquieta esta mañana.

—Claro que estoy bien, tía —Allie salió al jardín y miró disimuladamente su reloj. Eran las doce y media. Excelente. Remy ya estaría esperándola en Chez Lucette. ¿Cuánto tiempo tardaría en darse cuenta de que lo había dejado plantado? ¿Y qué haría entonces? ¿Comer solo? ¿Simular que había surgido un caso urgente que atender?

En cualquier caso, le estaría bien empleado, pensó a la defensiva, aunque fue totalmente incapaz de racionalizar su convicción.

Además, estaba segura de que habría un montón de damas en el pueblo dispuestas a suavizar su dolorido ego.

—¿Alys? —su tía la llamó desde la puerta trasera en tono de evidente sorpresa—. Tienes una visita.

Allie se dio la vuelta justo cuando Remy de Brizat entraba en el jardín. Vestía tan desenfadadamente como el día anterior.

—¿Qué hace aquí? —preguntó, conmocionada—. No entiendo...

Él sonrió irónicamente.

—Finalmente he decido que lo del restaurante no era buena idea, *ma belle*. He pensado que te costaría llegar hasta allí, así que he metido comida y vino en una cesta y he pensado que podíamos ir de picnic. Espero que no te decepcione el cambio de planes —añadió solícitamente.

—No —replicó Allie—. Ésa no es la palabra que yo habría usado. ¿Cómo ha sabido que no acudiría a la cita?

Remy se encogió de hombros.

—Un instante estabas lanzando arañazos como una gata y al siguiente empezaste a mostrarte dulce como la miel. Fue un cambio

demasiado radical como para resultar creíble.

—Y por lo visto no ha querido captar la indirecta, ¿no?

—Me lo he planteado.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—Porque me intrigas, Alys. Lo suficiente como para arriesgarme a otro rechazo. Además, aún aspiro a oírte llamarme Remy —añadió a la vez que alargaba una mano hacia ella—. Es sólo un picnic, *ma mie*. ¿Vamos?

¿Lo era? ¿Se trataba sólo de un picnic?, se preguntó Allie, sintiendo los fuertes latidos de su corazón.

«Díselo», aconsejó una vocecita interior. «Dile la verdad ahora, que no sería adecuado que salierais porque tienes un marido esperándote en Inglaterra.

—Será... mejor que me cambie —fue todo lo que logró decir mientras bajaba la mirada hacia su fina blusa, la falda blanda y las sandalias—. No estoy adecuadamente vestida para un picnic.

—En mi opinión tienes un aspecto encantador, pero haz lo que te parezca.

Cuando Allie entró en la casa, su tía la miró con expresión preocupada.

—¿Estás segura de saber lo que estás haciendo, querida?

—Sí —Allie se detuvo para besarla en la mejilla—. No pasa nada. Sólo vamos a comer una vez juntos. Eso es todo.

«Y en cuanto le diga que estoy casada todo habrá terminado», pensó mientras subía a cambiarse.

Fue una completa locura, pensó mientras volvía sombríamente al presente. Una locura dulce e incontrolable.

Tan sólo había hecho falta un hombre, aquel hombre, para desmoronar los muros que había alzado a su alrededor. El mero roce de su mano había alterado para siempre la imagen que tenía de sí misma y había destruido para siempre el mito de su invulnerable reserva.

¿Cómo podía haber imaginado que simplemente lo había estado esperando...? A Remy...

Su nombre fue un grito en su corazón.

Dobló las rodillas hasta la barbilla, inclinó la cabeza y se dejó llevar por el llanto. La casa estaba en completo silencio, de manera que no había nadie para escuchar los agónicos sollozos que amenazaban con desgarrarla.

A lo largo de dos años había reprimido sus emociones y

reconstruido sus defensas. Jamás había revelado ni por un momento el dolor interno que amenazaba con destruirla.

Pero, finalmente, la presa había cedido y Allie se dejó llevar por el torrente de pesar y culpabilidad que había retenido hasta entonces en su interior, balanceándose hacia atrás y hacia delante con los brazos en torno a las rodillas. Hasta que ya no le quedaron más lágrimas.

Cuando dejó de temblar, se puso en pie y volvió a la casa.

Se lavó concienzudamente el rostro y luego se echó colirio antes de volver al dormitorio. Tom seguía dormido, y ella se tumbó a esperar a que despertara.

Debió de quedarse dormida, porque cuando abrió los ojos vio que Tom estaba de pie agitando vigorosamente los barrotes de la cuna.

Cuando se levantó para acudir a su lado, el niño le dedicó una de sus encantadoras sonrisas a la vez que alzaba los brazos hacia ella.

—Hola, pequeño —dijo Allie, sonriente—. ¿Quieres jugar un rato en el jardín?

Cuando salieron encontraron a Madelon sentada a la sombra de una sombrilla blanca y verde, tejiendo. Junto a ella, sobre una mesita, había una jarra de limonada.

Alzó la mirada al oírles llegar.

—¿Has dormido bien, querida?

—Sí —dijo Allie mientras dejaba a Tom en una manta ya preparada en el suelo. Le dio su pelota roja para que jugara y, antes de sentarse, aceptó el vaso de limonada que le ofreció su tía.

Había llegado el momento de encarar ciertos asuntos. Y, a ser posible en aquella ocasión, con honestidad.

—Ayer fui testigo de un pequeño drama en Ignac —dijo con todo el desenfado que pudo—. Una anciana se puso a discutir en medio de la calzada con su familia y cortó el tráfico.

—Supongo que fue Madame Teglas —dijo Madelon mientras seguía tejiendo—. Pobre mujer… Odia a su nuera y está convencida de que su hijo quiere meterla en un asilo. Por eso monta esas escenas en público —movió la cabeza—. Un día de éstos van a atropellarla.

—Yo estuve a punto de hacerlo —dijo Allie, orgullosa del aparente tono divertido de su voz—. Afortunadamente, Remy de Brizat apareció por allí y la tranquilizó.

Esperó con tensión la respuesta de su tía, pero ésta se limito a asentir.

—Es su médico, y una de las pocas personas capaz de calmarla cuando se enrabieta.

—Comprendo —Allie dudó—. ¿El doctor ha venido a quedarse definitivamente aquí?

—Eso espera su padre, desde luego. Su otro socio cayó enfermo de Parkinson hace un año y quiso retirarse, de manera que Remy vino a ocupar su lugar —Madelon miró a Allie por encima del su vaso de limonada—. ¿Te sorprendió verlo?

—Puede que un poco. Supongo que... había asumido que seguía en Brasil. Madelon asintió.

—Y piensas que debería haberte advertido de que había vuelto, ¿no?

—No —dijo Allie rápidamente, pero enseguida añadió—: Bueno, tal vez. Yo... no sé. ¿Sabe él que yo he venido?

—No vi motivo para mencionárselo —Madelon se encogió de hombros—. Ya han pasado dos años desde que te marchaste la última vez, y el mundo ha seguido girando... como el propio Remy. Ha dejado atrás su pasado y ha vuelto a retomar su vida aquí, como debe ser. Y tú también tomaste la decisión de seguir adelante con tu vida en Inglaterra con tu precioso hijo —Madelon miró atentamente al niño—. El es lo único que importa ahora. Aquella época con Remy ha pasado y debería quedar en el olvido. Además, puede que para finales del verano ya esté casado —añadió en tono inexpresivo —. Supongo que recuerdas a Solange Geran, ¿no?

Allie tuvo que reprimir el dolor que le produjo una repentina punzada en su corazón.

—Sí —contestó—. Claro que la recuerdo.

«¿Cómo iba a olvidar a la chica que hizo que se desmoronara mi mundo de fantasía? Y ahora que Remy ha vuelto con ella... ¿cómo voy a poder soportarlo?».

Bebió un poco de limonada y trató de mostrarse educadamente interesada cuando añadió:

—¿Y qué tal le va a Solange con su negocio?

—Parece que bien. Ha transformado otro granero y ya no tiene tiempo para dedicarse al reparto de huevos —Madelone dio una precisa puntada antes de añadir—: Aunque yo ya había dejado de comprárselos.

Tom se acercó a Allie con la pelota aferrada contra el pecho. Ella lo persuadió para que la soltara y, a continuación, la arrojó por la hierba para que fuera a por ella.

—Y ahora se va a convertir en la esposa del médico... como siempre quiso —dijo, obligándose a sonreír—. Es una suerte que

todo haya salido tan bien… para todos —tras terminar su limonada, añadió—: Y ahora, ¿qué te parece si hablamos un poco de ti?

Madelon se encogió de hombros.

—Ya no soy joven. ¿Qué más se puede decir?

—Bastante. ¿Vas a contarme qué te pasa?

—Los achaques de la edad. Nada más. Resulta muy aburrido hablar de ellos.

—No creo que sea tan sencillo —dijo Allie—. En tu carta dejabas ver que estabas prácticamente a las puertas de la muerte.

Madelon centró la mirada en sus agujas de tejer.

—Como te dije, tengo días malos y días buenos. Supongo que debí escribir esa carta en uno de los malos.

—Y supongo que también necesitaste contar con la ayuda de la señora Drouac en uno de esos días malos.

—Me cuesta recordar esa clase de detalles.

—En ese caso, supongo que tendré que preguntárselo a tu médico.

—¿A Remy? No sé si te lo diría. O si sería ético que te hablara de mi salud sin mi permiso.

—Pensaba que eras paciente de su padre —dijo Allie, tensa.

—Cuando el doctor Varaud se fue hubo algunos cambios y me tocó asistir a la consulta de Remy. Pero no me importó, porque siempre me ha parecido un hombre muy amable… y comprensivo.

—Me alegra oír eso —Allie habló en tono desenfadado, pero por dentro estaba temblando. Si su tía era paciente de Remy, existía la posibilidad de que éste tuviera que acudir allí. Se inclinó hacia Madelon con un gesto casi suplicante—. ¿Por qué no me dices exactamente qué tienes y hasta qué punto es serio? Siempre podríamos solicitar una segunda opinión médica.

—Porque eso no cambiaría nada —replicó Madelon con firmeza —. Y no necesito más opiniones médicas. A mi edad, uno sólo puede esperar de la vida lo inesperado —sonrió—. Así que, ¿qué te parece si nos limitamos a disfrutar del tiempo que vamos a estar juntas, querida?

Allie permaneció un momento en silencio. Su tía parecía especialmente tranquila, pensó, desconcertada. Incluso creía captar en su expresión cierto aire de satisfacción. ¿Sería la expresión de alguien realmente preparado para dejar de aferrarse a una buena vida bien vivida? Apenas podía creerlo.

Al margen de aquello, estaba claro que su tía no aceptaría con agrado que ella la mirara con expresión de pena o pesar. De manera que, a pesar de todo, debía hacer lo posible por mostrarse animada

y positiva.

Pero, al menos, la preocupación que sentía por su tía podría ayudarle a distanciar la inevitable angustia que había despertado en ella volver a oír hablar de Remy.

Al ver que Tom volvía a acercarse a ella con la pelota, lo tomó en brazos y lo sentó en su regazo.

«Lo único que importa ahora es tu futuro, querido», le dijo en silencio. «Tu futuro y nada más. Y estoy dispuesta a protegerlo y a luchar por ti con uñas y dientes».

Capítulo 5

EL RESTO del día transcurrió lentamente. Pasaron la tarde escuchando y charlando en lugar de ver la televisión y, cuando se puso el sol, tía Madelon no tardó en anunciar que se retiraba a la cama.

—Creo que a ti también te vendría bien acostarte temprano, Alys. Tom ya está dormido y seguro que te despierta mañana a primera hora

Allie asintió.

—No tardaré en subir.

Pero después de que su tía se fuera permaneció aún un buen rato en la sala de estar, escuchando el *Preludio a la Siesta de un Fauno*, de Debussy, permitiendo que la música la capturara en su lánguido ambiente de una tarde mágica, de un momento en que podía suceder cualquier cosa.

Como aquella primera tarde con Remy, pensó a la vez que cerraba los puños. Nunca la olvidaría.

Había permanecido sentada a su lado en el jeep, rígida, intensamente consciente del hombre al que acompañaba.

—Relájate, Alys —dijo él con suavidad—. O acabarás poniéndome nervioso también a mí.

—No creo que haya muchas posibilidades de eso —murmuró ella.

—¿No? —dijo Remy, divertido—. Te sorprenderías. Pero puede que te sientas mejor después de comer algo.

—No siempre es cuestión de los niveles de azúcar en la sangre, doctor —replicó ella—. Aún no sé por qué estoy haciendo esto.

—Porque te he secuestrado —dijo él animadamente—. Me gusta contemplar algo bello mientras como.

—¿En serio? Pensaba que la mayoría de los hombres franceses preferían mirar su plato.

—En ese caso es obvio que sabes muy poco sobre los hombres franceses.

—Te aseguro que era perfectamente feliz en mi ignorancia.

Remy rompió a reír.

—Algún día te recordaré eso —dijo mientras entraba con el jeep en un estrecho sendero que llevaba hasta un círculo de piedras erguidas contra el horizonte.

—No me lo digas —comentó Allie cuando él detuvo el coche—. Éste solía ser un lugar para hacer sacrificios humanos, y yo soy el

plato principal.

Remy sonrió.

—La leyenda dice que siempre se trataba de chicas malas de pueblos cercanos, atraídas hacia aquí por una santo local disfrazado de hombre atractivo que las convertía en piedras cuando se negaban a arrepentirse —Remy sacó una manta de la parte trasera del coche y se la entregó—. Tal vez habría sido más amable sacrificarlas.

—¿Y los hombres que contribuían al pecado de las jóvenes? Supongo que ellos se libraban de todo.

—Eso dependía de que fueran descubiertos o no por sus esposas —bromeó Remy.

Allie le dedicó una fría mirada y lo siguió hasta un rincón protegido del viento donde Remy extendió la alfombra y empezó a vaciar la cesta del picnic.

«Seducción junto al mar», pensó Allie con ironía. ¿A cuántas otras chicas habría llevado a aquel lugar?

Por otro lado, ¿qué más daba? Aquélla era la primera y última vez que pensaba ir allí con él, de manera que no tenía de qué preocuparse.

—Pareces muy tensa —comentó él—. Tranquilízate comiendo un poco de paté.

Allie descubrió que el paté estaba realmente bueno, al igual que el jamón, las salchichas ahumadas y la pechuga de pato que las siguió.

Remy le ofreció vino o agua mineral para beber, y ella decidió arriesgarse con el vino.

Para completar la comida había fresas.

Finalmente, Allie apartó su plato, saciada.

—Estaba delicioso.

—Entonces, ¿me perdonas por haberte secuestrado?

—Creo que por esta vez lo pasaré por alto.

Remy sonrió.

—Espero que nunca vuelva a ser necesario que me perdones —dijo—. Lamento que no haya café, pero opino que es una bebida que hay que tomar recién hecha. Aunque, siendo inglesa, supongo que sólo beberás té.

—En absoluto. Además, no olvides que mi abuela era francesa.

—Las hermanas Vaillac —dijo Remy mientras empezaba a guardar las cosas en la cesta—. Mi abuelo las conoció de jóvenes y dice que eran una belleza. Se sorprendió cuando Madame Colville decidió volver. Y también le agradó que lo hiciera. Dice que es

bueno regresar al lugar en que uno ha nacido —tras apartar la cesta a un lado volvió a rellenar los vasos—. También me ha dicho que ésta no es la primera vez que has venido aquí. Al parecer ya viniste con tu padre mientras yo estaba trabajando fuera.

—Es cierto. Y en más de una ocasión —Allie hizo una pausa—. Lo que hace que mi estúpido comportamiento del otro día en la playa sea aún más imperdonable. Debería haber sabido lo que podía pasar.

—Y yo debería haber sido más amable.

Allie se dio cuenta de pronto de que Remy se había acercado a ella y de que su mano estaba a escasos centímetros de la suya. Miró sus dedos largos y fuertes y, al recordar la sensación que experimentó cuando la tocaron aquel día, tuvo que reprimir en su interior una pequeña llama de excitación prohibida.

—Hablas un inglés maravilloso —dijo rápidamente para cambiar de tema.

Remy se encogió de hombros.

—Después de graduarme en la universidad trabajé en Inglaterra una temporada. Y también en los Estados Unidos. Por eso me toca ahora atender a todos los turistas en el centro médico.

—En ese caso, trataré de no cargarte de trabajo poniéndome enferma.

—Eres muy considerada, pero a mí me parece que estás en perfecto estado de salud —dijo Remy a la vez que la rodeaba con una mano por la muñeca—. Aunque estás un poco pálida y el pulso te late muy rápido—. Pero no creo que sean síntomas peligrosos.

«Qué equivocado estás», pensó Allie, frenética. «Porque nunca me había encontrado en una situación tan peligrosa».

Bajó la mirada y vio que Remy enlazaba sus dedos con los de ella a la vez que le pasaba el otro brazo por los hombros. Sintió que apoyaba la mejilla contra su pelo a la vez que se llevaba su mano a los labios. Tras besarle los nudillos le hizo volverla para besarla en el centro de la palma. Fue una caricia muy breve, pero resultó electrizante.

—No, por favor… no —murmuró.

Remy la soltó al instante, pero no se apartó de ella.

—¿No quieres que te bese? ¿O lo que no quieres es que te desvista como deseo hacer y te haga el amor aquí, bajo la luz del sol?

—Ninguna… ninguna de las dos cosas —balbuceó Allie—. No debes… no puedo…

Remy alzó una mano y le acarició delicadamente la mejilla.

—¿Eres virgen, Alys?

—No tienes derecho a preguntar eso —respondió ella sin atreverse a mirarlo.

—¿No? Entre amantes puede ser un tema importante.

—Pero… pero no somos amantes.

—Puede que todavía no. Pero algún día, alguna noche, sucederá… como bien sabes, Alys —dijo Remy con voz ronca—. Así que no simulemos más. Necesito saber si eres tan poco experimentada como pareces.

Allie siguió sin alzar la mirada.

—En ese caso… no. Ya he tenido relaciones sexuales antes.

—No pareces recordarlo con placer —dijo Remy, pensativo.

Allie se mordió el labio.

—Fue en una fiesta, en el instituto. En una habitación vacía con alguien que nunca me había prestado demasiada atención. En realidad no cambió nada, porque fue una experiencia desagradable e incómoda y que terminó rápidamente —trató de sonreír—. Mi única excusa, y no estoy orgullosa de ella, es que había bebido demasiado.

«Y nunca le había contado esto a nadie», añadió en silencio para sí. «De manera que, ¿por qué ahora? ¿Y con él?».

—Qué terrible confesión —dijo Remy. Tras una pausa, tomó la botella de vino y se la alcanzó—. Bebe un poco más.

Allie lo miró con expresión indignada y se quedó momentáneamente muda. ¿Cómo había podido pensar que sus ojos eran fríos? Estaban tan vivos, tan sonrientes, y reflejaban tal ternura…

—Eso no ha tenido gracia —murmuró finalmente.

—No —reconoció él—. No la ha tenido —añadió mientras derramaba el resto del vino de la botella en la hierba—. Pero deja que te diga algo, querida. Un hombre que elige hacer el amor a una chica cuando los sentidos de ésta se hallan entumecidos por el alcohol es un cretino. Cuando acudas a mí, Alys, prometo que sabrás con exactitud lo que estés haciendo.

—Eso no sucederá nunca —replicó Allie, acalorada.

Remy alzó una ceja.

—¿Dudas de mi empeño? —preguntó a la vez que la atraía hacia sí e inclinaba la cabeza para besarla.

Allie sabía que debía rechazarlo, que era imperioso que lo hiciera. Pero no tenía defensas en contra del cálido e hipnótico poder de su beso. Y la completa ausencia de presión por parte de

Remy fue su total perdición. La besó con una delicadeza que nunca había experimentado, y cuando la acarició con la punta de la lengua para hacerle entreabrir los labios, fue incapaz de resistirse.

Casi imperceptiblemente, sintió que su cuerpo se relajaba contra el de él a la vez que permitía que explorara el interior de su boca con su lengua. Cuando, finalmente, Remy alzó el rostro y la miró con expresión interrogante, ella sólo fue capaz de susurrar su nombre a la vez que lo rodeaba con los brazos por el cuello.

Él volvió al besarla, pero su segundo beso fue más intenso, más apasionado, y Allie respondió con la misma pasión.

La sangre corría ardiente por sus venas mientras se aferraba a él y aspiraba su erótico aroma masculino.

Remy alzó una mano para tomar uno de sus pechos y comenzó a acariciarle el pezón con el pulgar por encima de la blusa, hasta que ella gimió y arqueó su cuerpo hacia él. La intensidad del deseo que sentía la había dejado indefensa ante cualquier cosa que pudiera pedirle Remy en aquellos momentos.

Abrió los ojos y, sin apenas darse cuenta de lo que hacía, empezó a desabrocharse la blusa para ofrecerse a él.

Pero Remy la sorprendió, tomándola con delicadeza por la muñeca para que se detuviera.

—Eres deliciosa, Alys… pero creo que ahora debo llevarte a casa —dijo roncamente, con la respiración agitada.

—Pero pensaba que… —Allie balbuceó aquello sin recapacitar, y comprendió demasiado tarde que el mensaje de sus palabras era inconfundible. Le estaba pidiendo sexo cuando él acababa de rechazarla. Aquello no podía estar sucediendo.

Las palabras surgieron del pasado para perseguirla. «Inútil… estúpida… frígida». Todas las burlas, las acusaciones, alcanzaron su diana, marcándola para siempre con su terrible verdad.

Al hacerse consciente de su imagen ruborizada, aturdida por el deseo, del contorno de sus excitados pezones contra la blusa, se apartó precipitadamente de Remy.

—Sí… sí, por supuesto. Lo… lo siento. Deberíamos irnos. Mi tía se estará preguntando…

Entonces se quedó sin palabras y lo único que pudo hacer fue cubrirse el rostro con las manos, incapaz de soportar la compasión que vio reflejada en el rostro de Remy.

Él murmuró algo parecido a una imprecación a la vez que la tomaba por las muñecas para hacerle retirar las manos.

—¿Crees que no te deseo? —preguntó casi con aspereza—. Estás muy equivocada, Alys. Sólo me he contenido porque no quiero que

pienses que soy como ese otro hombre, que sólo busco el placer del momento. Ésa nunca sería una opción para nosotros, y lo sabemos. Entre nosotros debe haber algo más que la mera unión de nuestros cuerpos.

—Entonces… ¿qué? —preguntó Allie con labios temblorosos.

Remy suspiró.

—Creo que necesito que confíes en mí.

—Pero confío en ti —protestó ella.

—No lo suficiente —Remy tomó su rostro entre las manos y la miró a los ojos—. ¿Cómo vas a confiar si apenas me conoces, si apenas nos conocemos? —se encogió de hombros y sonrió—. Pero eso debe cambiar. Y tendré que aprender a ser paciente.

—Yo también —admitió Allie con timidez.

Remy la estrechó un momento entre sus brazos antes de volver a soltarla.

—Y ahora será mejor que nos vayamos. Antes de que me deje llevar por la tentación. Allie lo miró con expresión traviesa.

—¿No era para eso para lo que me habías traído aquí?

—Por supuesto —Remy sonrió—. Sólo soy humano, y no precisamente un santo, y por tanto tengo derecho a alimentar mis esperanzas.

—Me alegra que no seas como el santo local.

—Tal vez hemos hecho bien no arriesgándonos a despertar su cólera —dijo Remy a la vez que terminaba de recoger los restos del picnic.

Una vez en el coche, Allie pensó que aquel breve respiro en su vida estaba a punto de acabar y que muy pronto tendría que retomar su desolada vida.

Miró de reojo a Remy, pensando en la fuerza de sus brazos, en la calidez de sus labios, y sintió que su anhelante y hambriento cuerpo reclamaba la culminación final de lo que no había hecho más que empezar.

Se había negado una vida normal, pensó, desesperada, tratando de calmar su conciencia. ¿Acaso no tenía derecho a disfrutar de un poco de felicidad, de un poco de dulzura para enfrentarse al estéril futuro que la aguardaba? ¿Acaso era pedir demasiado?

Sintió que un intenso impulso de rebelión se agitaba en su interior. «Al diablo con todo», se dijo. «No pienso renunciar a él. Todavía no. Porque no puedo. Y si hay un precio que pagar, lo pagaré».

Apenas hablaron en el trayecto de vuelta a Les Sables. No había tráfico y Remy soltó la mano derecha del volante para enlazarla con

la de Allie.

«De manera que esto es el primer amor», pensó ella mientras se permitía disfrutar mirándolo. «Por fin ha llegado a mí».

Y vio que los labios de Remy se curvaban en una sonrisa como si hubiera leído sus pensamientos.

Cuando se acercaban a la casa, tía Madelon salió y permaneció en el porche, esperándolos.

—Como verá, *madame* —dijo Remy con una sonrisa cuando salieron del coche—, se la devuelvo sana y salva.

—No había dudado ni por un instante de ello, *mon cher* Remy. ¿Puedo ofrecerte un café antes de que te vayas?

—Gracias, pero debo volver a Trehel. Tengo algunos asuntos que discutir con los constructores —Remy hizo una educada inclinación de cabeza y luego se volvió hacia Allie—. *Au revoir*, Alys. Espero que me permitas volver a verte.

Allie bajó la mirada.

—Por supuesto. Si quieres. Gracias. Sería… muy agradable.

—En ese caso, hasta pronto —contestó Remy, y la sonrisa que dirigió a Allie antes de encaminarse de nuevo hacia su coche casi fue la perdición de ésta.

Remy estaba a punto de entrar en su vehículo cuando llegó otro coche que se detuvo a su lado. La puerta del conductor se abrió y una joven salió del interior.

Era pequeña y rubia, con un bonito rostro en forma de corazón, ojos grandes y marrones y una sensual boca pintada de rosa, a juego con el color de las uñas de sus manos y pies.

En seguida se acercó a Remy y se puso de puntillas para besarlo en ambas mejillas.

—*¡Chéri!* Me había parecido reconocer tu jeep… ¿pero qué haces aquí? —se volvió hacia Madelon—. No me diga que se ha puesto mala, por favor.

—No me he puesto mala —dijo Madelon animadamente—. El doctor Brizat ha sido lo suficientemente amable como para enseñar a mi sobrina nieta de Inglaterra los alrededores de la zona. Eso es todo.

—¿Tú, Remy? ¿Convertido en guía? —la joven rió—. *Mon Dieu*, el mundo va a acabar mañana. Y yo que pensaba que pasabas cada momento libre que tenías paseando con Roland o trabajando en las obras de restauración de Trehel.

—No cada momento —replicó Remy con frialdad—. De vez en cuando me tomo algún rato libre.

La joven abrió los ojos de par en par en un gesto que a Allie encontró muy practicado.

—En ese caso, supongo que tu amiga esperará volver a verte —dijo a la vez que dirigía a Allie una mirada con la que la evaluó y la descartó—. De manera que una visitante inglesa... Supongo que todos deberemos encargarnos de que disfrute de su estancia aquí, *mademoiselle*...

—Alys —dijo Remy—. Alys Colville.

—*Enchantée*. Yo soy Solange Geran —la sonrisa de la joven no alcanzó sus ojos—. Estoy segura de que seremos amigas. Espero que tengas intención de pasar una larga temporada con madame Colville.

Allie se encogió de hombros.

—De momento no tengo planes muy concretos.

—Yo sí, desafortunadamente —dijo Remy—. Espero que me disculpéis, pero debo irme —mientras entraba en el jeep miró brevemente a Allie y le lanzó un disimulado beso antes de alejarse.

—Voy a por mi bolso —dijo Madelon en cuanto el vehículo se hubo alejado—. Supongo que habrás traído los huevos, ¿no, Solange?

Solange estaba mirando la carretera, mordiéndose el labio, pero se volvió a mirarla con una sonrisa.

—Por supuesto. *Une douzaine, madame, comme d'habitude*.

Madelon asintió y se volvió hacia Allie.

—Pasa a ayudarme con el café, cariño —una vez en el interior de la casa, añadió en voz más baja—: Los padres de Solange me compraron la granja, pero cuando la salud de su padre empeoró, Solange consiguió una subvención estatal para convertir los graneros en alojamientos de tipo rural que han sido todo un éxito. El negocio de los huevos es sólo algo adyacente, pero al menos le permite salir de vez en cuando de Ravac —frunció los labios antes de añadir—: Tengo entendido que, desde que se quedó viuda, su madre se ha vuelto bastante insoportable.

—Lo siento por Solange —dijo Allie, Su tía le dedicó una irónica mirada.

—Dudo que aceptara con agrado tu compasión, *mon enfant*. ¿Y tú?

Solange llegó en aquel momento, y Allie notó que la observaba disimuladamente y con expresión poco amistosa mientras hablaba de Trehel y de las obras que estaba llevando a cabo Remy para convertir uno de los antiguos establos en su casa.

—La obra está llevando tanto tiempo, que está desesperado —

dijo, y a continuación suspiró exageradamente—. Pero, a pesar de todas nuestras advertencias, está empeñado en emplear a Gastón Levecq.

—Los Levecq perdieron a su hijo pequeño a causa de una meningitis —dijo Madelone—. La señora Levecq sufrió una terrible depresión después. Puede que Remy haya decidido que Gastón necesita distraerse con un nuevo proyecto. Además, es un buen trabajador.

—Oh, estoy de acuerdo en que la casa va a quedar preciosa. La planta superior está terminada y la vista desde el dormitorio principal es formidable —Solange aceptó la taza de café que le ofreció Madelone y, tras tomar un sorbo, miró abiertamente a Allie y añadió con una amplia sonrisa—: Remy me ha pedido que lo ayude con la decoración —dijo a la vez que se levantaba—. Y ahora debo ocuparme de entregar el resto de los huevos. La gente estará preguntándose dónde me he metido.

Cuando se fue, Madelon y Allie permanecieron en un incómodo silencio. Finalmente, Allie forzó una sonrisa.

—Creo que acaba de advertirme que no me meta en su territorio.

Madelon suspiró.

—Cuando tú vuelvas a tu vida, ella seguirá aquí, como Remy. ¿Te parece que estás siendo justa?

Allie bajó la mirada.

—No me pidas que no vuelva a verlo, tía, porque me temo que no va a ser posible. Madelon volvió a suspirar.

—*Mon Dieu*… ¿Tan lejos han llegado ya las cosas? —murmuró casi para sí.

Allie se ruborizó.

—¡No! —protestó—. No ha pasado… nada.

Su tía alzó las cejas.

—¿Nada? ¿Quieres decir que no te has entregado a él? —su encogimiento de hombros fue una obra de arte del cinismo galo—. En ese caso, es sólo cuestión de tiempo. Cada palabra que habéis pronunciado, cada mirada, lo proclamaba.

—Pero no hemos…

—Precisamente —Madelone asintió con gravedad—. Voy a decirte esto sólo porque te quiero, Alys; tal vez sería mejor que te fueras ahora. Márchate de Bretaña antes de que se compliquen las cosas.

Allie la miró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Creo que no puedo hacerlo… —dijo, y su voz se quebró a

causa del llanto.

Capítulo 6

ALLIE se levantó temprano a la mañana siguiente y salió a pasear. Pero, en lugar de bajar a la playa, avanzó por el borde del acantilado hasta encontrar una zona de hierba adecuada en la que sentarse. Dejó que el sol bañara su rostro y disolviera la sensación de ansiedad del día anterior mientras aguardaba, anhelante.

No tuvo que esperar mucho para escuchar el sonido de los cascos de Roland acercándose. Al volverse vio al caballo y a su jinete recortados contra el pálido cielo de la mañana.

—Sabía que estarías aquí —dijo Remy a la vez que alargaba una mano hacia ella para ayudarla a sentarse ante él en la silla.

—¿No le importará a Roland? —preguntó Allie mientras se acomodaba.

—Tendrá que acostumbrarse —dijo Remy mientras hacía girar al caballo—. ¿Hay algo que quieras preguntarme, *ma belle*? ¿Algo que necesites saber?

—No —los brazos de Remy en torno a ella eran toda la certeza que Allie necesitaba en aquellos momentos. De pronto pensó en Solange—: A menos que tú tengas algo que decirme a mí.

—Muchas cosas —Remy se inclinó y la besó en el cuello—. Pero tendrán que esperar.

—¿Adónde vamos?

—A desayunar en Trehel.

—¿A tu familia no le importará?

—Ellos también tendrán que acostumbrarse.

—¿Pero cómo volveré?

—Yo te llevaré en coche a tu casa antes de ir a Ignac. Permanecieron un rato en silencio, hasta que Allie dijo:

—¿Sabes que ésta es sólo la segunda vez que monto a caballo?

—¿En serio? Espero que esta vez te sientas más cómoda. Y que no te asustes.

—Aún estoy un poco asustada... pero por motivos diferentes.

—Debes saber que jamás te haría daño voluntariamente, Alys.

«Ni yo a ti», pensó ella. «No voluntariamente. Pero en el fondo de mi corazón sé que te lo haré, porque no puedo evitarlo...».

Tal vez su mutua necesidad sería como una tormenta de verano, pensó con repentina tristeza. Arrecia—ría un rato con fuerza para luego pasar sin mayores consecuencias. Tal vez incluso podrían despedirse como amigos...

—¿Qué sucede? —preguntó Remy al notar la inquietud de Allie

—. ¿Te preocupa algo?

—No, nada… Sólo estaba pensando en lo extraña e inesperada que es la vida.

—¿Tú crees? Sin embargo yo sé que te he estado esperando desde el día en que nací. ¿A ti no te sucede lo mismo?

—Sí. Oh, sí…

Allie sólo estaba diciendo la verdad. Pero todo estaba sucediendo trágicamente tarde…

Trehel era una gran casa de piedra gris de tres plantas, rodeada de césped y árboles. Remy rodeó la mansión para llevar a Roland a los establos.

A varios metros del edificio principal había un establo del que llegaban ruidos de martillos y sierras.

—¿Ahí es donde piensas vivir? —preguntó Allie después de que Remy la ayudara a desmontar.

—Sí —Remy frunció los labios con expresión contrariada—. Supongo que te lo ha dicho Solange. ¿Qué más te dijo?

Allie se encogió de hombros.

—Que las obras no estaban yendo con tanta rapidez como se habían planeado.

—Eso es cierto —admitió Remy—, pero pronto estará acabada.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto, pero no ahora —dijo Remy mientras entregaba el caballo a un hombre mayor que salió del establo—. Otro día, cuando tengamos más tiempo.

A continuación tomó a Allie de la mano y se encaminó con ella hacia la casa.

Entraron en una gran cocina con una larga mesa en el centro. Un hombre alto de pelo blanco estaba ocupado poniendo agua a hervir cuando entraron. Había dos perros tumbados a su lado que alzaron un momento la cabeza al verlos entrar, movieron la cola y luego siguieron descansando.

El hombre se volvió y Allie se vio observada por unos penetrantes ojos azules.

—¿Quién es la encantadora joven que has traído a desayunar, Remy?

—Te presento a Alys, abuelo. Es la nieta de Celine Vaillac. Alys, éste es mi abuelo, George de Brizat.

—Por supuesto —dijo él abuelo de Remy con una sonrisa—. Debería haberte reconocido enseguida. Te pareces mucho a ella.

Allie asintió educadamente y se sentó a la mesa, en la que ya estaba todo preparado para el desayuno.

—¿Dónde está papá? —preguntó Remy.

—En casa de los Richaud. Creo que llamaron al amanecer, después de la primera contracción.

—Es comprensible —dijo Remy en tono tolerante—. Después de cuatro niñas, es lógico que Richaud esté desesperado por tener un chico —sonrió—. Se ha convertido en un asunto de dominio público, Alys. Incluso se han hecho apuestas en el Café des Sports.

—Pobre mujer.... —dijo Allie—. Se espera demasiado de ella.

George de Brizat fue a sentarse a la cabecera de la mesa, seguido de sus perros. Miró a Allie pensativamente.

—¿Te alojas en casa de Madame Colville? Espero que se encuentre bien.

Allie se obligó a sonreír.

—Está bien.

—Me alegra oír eso. Dile que he preguntado por ella y que le envío recuerdos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Nos conocimos hace mucho tiempo, durante los años de la ocupación alemana. Ella y su hermana eran dos chicas valientes. Y muy guapas. ¿Fueron felices con sus ingleses?

—Sí —contestó Alys, ligeramente sorprendida—. Muy felices.

George asintió y, a continuación, se concentró en su desayuno.

Remy se puso en pie unos momentos después.

—Tengo que ducharme y vestirme para ir a trabajar —al pasar junto a la silla de su abuelo apoyó una mano en su hombro—. Sé amable con Alys, abuelo. No la sometas a un interrogatorio estilo resistencia.

—A Remy le gusta bromear —dijo George cuando su nieto salió —, pero lo cierto es que es muy raro que traiga a una chica guapa a desayunar a casa, de manera que es lógico que me sienta intrigado. ¿Cómo os habéis conocido?

—Estaba dando un paseo por la playa y Remy me advirtió del peligro de la marea, pero no le hice caso y tuvo que volver a rescatarme.

—Fue una sabia decisión por su parte —tras asentir lentamente, George añadió—: ¿Planeas pasar una larga temporada con la señora Colville?

Allie se ruborizó.

—Aún no estoy segura de mis planes. Se estaba preparando para más preguntas cuando se abrió la puerta trasera y una voz femenina preguntó:

—¿Remy? ¿Estás ahí?

Solange Geran entró en la cocina y se quedó boquiabierta al ver a Allie.

—¿Tú? —dijo en un tono muy poco amistoso—. ¿Qué estás haciendo aquí?

George de Brizat se puso educadamente en pie.

—Buenos días, Solange. Como verás, tenemos una invitada a desayunar. Espero que no tengas ninguna objeción —añadió con suavidad.

—No… ¿por qué iba a tenerla? —Solange rió para disimular su incomodidad—. Sólo me ha sorprendido volver a ver a la señorita Colville… tan pronto —miró a su alrededor—. ¿Pero dónde está Remy?

—Duchándose. ¿Quieres que le dé algún recado?

—No, gracias.

—¿Estás segura? Imagino que habrá surgido algo urgente para que hayas venido a buscarlo a estas horas.

Solange hizo un mohín.

—Es mi madre —dijo—. Se está quejando de su rodilla y dice que esta noche apenas ha podido dormir. Esperaba que Remy pasara por la granja de camino a Ignac.

—Me temo que eso no será posible porque va a llevar a la señorita Colville a Les Sables antes de ir a trabajar. Pero si llevas a tu madre al centro médico más tarde, podrá examinarla allí.

—Desde que murió mi padre, mi madre apenas sale de casa.

George se encogió de hombros.

—En ese caso, le pediré a mi hijo que la visite cuando vuelva de ver a los Richaud.

El rostro de Solange era una máscara.

—Gracias. Le diré a mamá que lo espere.

—De acuerdo —George esperó un momento al ver que Solange parecía indecisa—. ¿Hay algo más?

—No, no. Bueno… quería comentar con Remy el asunto de la tela de las cortinas, pero eso puede esperar —miró a Allie sin sonreír—. *Au revoir*. Estoy segura de que volveremos a vernos… pronto.

—Eso espero —respondió Allie sin la más mínima sinceridad.

La marcha de Solange fue seguida de un cargado silencio. Finalmente, Allie suspiró:

—Tengo la sensación de encontrarme… en medio de algo. Pero le aseguro que no lo sabía.

—¿Estás segura de que hay algo que saber? —el doctor Brizat suspiró—. Como todos los Gerans, Solange es trabajadora,

ambiciosa y resuelta. Su madre es una carga, y ella no tiene intención de pasarse la vida limpiando chalés para turistas. Pero cualquier plan que esté haciendo para el futuro es suyo y sólo suyo —con una traviesa sonrisa, añadió—: Además, puedo asegurarte que ella nunca ha sido invitada a desayunar aquí.

Pero aquel comentario no hizo que Allie se sintiera mejor.

Remy regresó unos momentos después a la cocina vestido con unos pantalones negros y una camisa gris. Allie se sintió muy consciente de su aroma a jabón mezclado con la suave fragancia de una loción para el afeitado.

Remy tomó unas llaves que había sobre el aparador y luego alargó una mano hacia ella.

—Vamos, *chérie*.

Allie se despidió por encima del hombro mientras salía.

—*A bientót* —respondió George, lo que significaba que esperaba volver a verla.

Un momento después estaban en el jeep.

—¿Siempre vives a tanta velocidad? —preguntó Allie, sin aliento.

—No —Remy sonrió de oreja a oreja—. Hay ocasiones en que me gusta tomarme las cosas con mucha calma. ¿Quieres que te lo demuestre?

—No en un jeep en marcha, por favor —replicó Allie, esforzándose por no reír.

Remy suspiró exageradamente.

—Puede que tengas razón —dijo, pero cuando volvió a hablar lo hizo en un tono totalmente serio—. Pero empiezo a preguntarme cuánto tiempo podría existir sin ti, Alys.

Allie sintió que una oleada de repentino calor recorría su cuerpo, dejando a su paso un sordo dolor.

—Esto no es fácil para mí... Remy

—¿Y crees que para mí lo es? —preguntó él, casi con amargura —. ¿Crees que esperaba sentirme así, que esperaba que mi vida cambiara tan radicalmente en tan poco tiempo? No, *mon amour*, no.

La pasión de su tono casi asustó a Allie.

—¡Dios mío! —murmuró casi para sí—. No debería haber venido...

—No digas eso —replicó él con dureza—. No lo digas nunca, *mon coeur*, porque sin ti sólo me sentiría vivo a medias.

Remy alargó una mano y la apoyó en la pierna desnuda de Allie, justo por encima de la rodilla. Ella apoyó su mano en la de él y permanecieron en silencio hasta que llegaron a Les Sables.

Tras detener el coche ante la casa, Remy apagó el motor, se volvió hacia ella y la tomó entre sus brazos. Tras mirarla un largo momento, la besó apasionadamente.

—Remy… —susurró Allie.

—Necesito conservar tu sabor para pasar el día —dijo él con la respiración agitada. Luego tomó la mano de Allie y la besó en la palma—. ¿Te veré esta noche? ¿Querrás cenar conmigo?

Allie asintió antes de salir del coche y luego permaneció viendo cómo se alejaba.

Cuando entró en la casa encontró a su tía sentada en la cocina, leyendo el correo. Madelon la miró un momento, asimilando su pelo revuelto, el rubor de sus mejillas y sus labios, ligeramente húmedos y enrojecidos a causa del beso, pero no hizo ningún comentario.

—Hay café recién hecho, querida —dijo con suavidad.

—He… desayunado en Trehel.

Madelon asintió.

—Eso me ha dicho George de Brizat por teléfono —tras una pausa, añadió—: Tu pequeña red de falsedad está creciendo peligrosamente, cariño. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que se rompa?

Allie se sentó a la mesa y bajó la mirada.

—Sé que tengo que decírselo, tía, y lo haré… pronto. Lo prometo. Pero…

—Pero te sientes tan feliz, que no quieres que nada rompa tu idilio —Madelon la miró atentamente—. ¿No confías en que Remy pueda comprenderlo?

—Estoy aprendiendo a confiar.

—En ese caso, aprende rápido, *ma chére* —Madelon se levantó y fue a por la cafetera—. Antes de que adivine que ocultas algo… y sea él quien empiece a preguntarse si puede confiar en ti.

«Debería haberle hecho caso», pensó Allie mientras se erguía en el sofá para estirar la espalda. «Debería haberme arriesgado a contárselo todo. Me asustaba demasiado perderlo, pero al final lo perdí de todos modos por estúpida y cobarde».

La música había dejado de sonar hacía rato y se levantó para guardar el CD.

La casa estaba en completo silencio, y por las ventanas sólo se veía la oscuridad de la noche. De pronto se sintió repentinamente aislada y sola.

«Debería ir a acostarme en lugar de atormentarme a mí misma

con la desesperación del pasado», pensó con un estremecimiento.

Porque Remy no estaría haciendo lo mismo. Probablemente habría dejado atrás el pasado para seguir adelante con su vida como debería haber sido. En aquellos momentos estaría acostado en su gran cama, con Solange en sus brazos.

Solange...

Se llevó un puño a la boca y se mordió los nudillos hasta que no pudo soportar el dolor.

Solange, la chica que llegó a considerar una irritación, pero nunca un peligro real. La subestimó desde el primer momento, e incluso se permitió sentir lástima por ella. La felicidad que experimentó con Remy le hizo volverse ciega y arrogante.

Porque con él fue feliz como no lo había sido nunca, y la medida de su vida fueron las horas que pasó con él. Empezando por la cena que le había prometido para aquella noche...

—Richaud ha tenido por fin un hijo varón —le dijo divertido, mientras disfrutaban de una langosta a la luz de las velas del acogedor restaurante al que habían acudido—. Ha dicho que va a pasarse una semana bebiendo para celebrarlo.

—¿Por qué les importa tanto a los hombres tener un heredero varón? —preguntó Allie.

Remy se encogió de hombros.

—Las leyes de herencia son distintas aquí, pero un hijo hace que se perpetúe el apellido de la familia, y además, para Richaud también significa que contará unos brazos fuertes para ayudarlo a trabajar la tierra. ¿Te parece un punto de vista un tanto machista, *ma belle*? —preguntó con una sonrisa.

—Supongo que no... mientras no se convierta en una obsesión.

—¿Tu padre habría preferido un hijo? Lo dudo. En cuanto a mí, me basta con tener un bebé sano con la mujer que ame. Me da igual que sea chico o chica.

«Ahora», susurró una voz en la cabeza de Allie. «Sé sincera con él. Háblale de Hugo, de la pesadilla de tu matrimonio. Cuéntaselo todo y pídele que te comprenda...».

Pero aún se estaba dando ánimos para hacerlo cuando se acercó un camarero a servirles más vino, y el momento pasó.

Y cuando regresaron a Les Sables, Madelon estaba levantada, esperándola, y aunque ocultó su preocupación tras una amable bienvenida, era evidente que no estaba dispuesta a dejarlos a solas para que hablaran.

Remy tuvo que conformarse con un casto beso.

—Mañana —susurró mientras Madelon los observaba desde la

ventana—. Estoy libre por la tarde. ¿Querrás venir a nadar?

—Sí —los ojos de Allie brillaron mientras se apartaba de él, reacia—. Sí, claro que sí.

—Tenemos una piscina en Trehel, pero me temo que a tu tía le parecerá un lugar demasiado privado. De manera que, para que se quede tranquila, te llevaré a St. Calot, donde habrá más gente.

—Sé que le caes bien a mi tía... Remy sonrió con ironía.

—Pero me mira como si fuera un lobo amenazando a su único cordero —suspiró—. Es lógico que se preocupe por ti. Sólo tengo que convencerla de que yo también me preocupo por ti —volvió a besarla—. *A demain*.

«Pero no es en ti en quien no confía, sino en mí», pensó Allie sombríamente mientras se volvía hacia la casa.

Según fueron pasando los días, Allie empezó a encontrar más y más difícil la idea de compartir la verdad con Remy. Se sentía totalmente desapegada de su vida anterior, como si Marchington Hall existiera en algún otro planeta y su única realidad estuviera allí, con el hombre al que amaba y deseaba apasionadamente.

—Mañana voy a ir a Vannes a visitar a unos amigos —dijo Madelon un día, y añadió—: Supongo que no querrás venir, ¿no?

Allie se ruborizó.

—Si no te importa, preferiría quedarme...

—Imagino que no pasarías una tarde especialmente animada con Emil y Annette. Y seguro que no estarás sola —tras una pausa, añadió—: No apruebo lo que está sucediendo, pero lo comprendo, querida, y simplemente me pliego a lo inevitable.

—Yo... no pretendía enamorarme de él, tía. Y sé que no puedo seguir engañándolo —Allie alzó la barbilla en un esfuerzo por mostrarse decidida—. Le contaré la verdad mañana.

—¿Después de que por fin hayas recompensado su admirable contención? —dijo Madelon con ironía—. Es una decisión muy sabia, Alys. Es probable que un hombre satisfecho se muestre más indulgente.

Allie sintió que le ardían las mejillas.

—Haces que parezca muy calculadora.

—Creo que deberías serlo, cariño —dijo Madelon con franqueza —. Es hora de que empieces a plantearte seriamente tu futuro y qué parte hay en él destinada a tu doctor, porque estoy segura de que él querrá saberlo.

El tiempo empezó a cambiar poco después de que Madelon se marchara a la mañana siguiente.

Para cuando llegó Remy, ya había empezado a llover, y Allie

estaba fuera tratando de cerrar una díscola contraventana.

—Deja que te ayude —dijo Remy, que no tuvo dificultad en cerrarla—. ¿No está tu tía?

—Ha ido a pasar el día con unas amigas en Vannes —Allie miró el cielo encapotado—. Me temo que no hace un buen día para ir a la playa.

—Pero sí para visitar algún lugar interesante —Remy la atrajo hacia sí para besarla, y Allie sintió que todo su cuerpo se acaloraba.

—Bajo cubierto, supongo —dijo, sin aliento.

—*Naturellement*.

Una vez en el coche, Allie no tardó en darse cuenta de que se dirigían hacia Trehel.

—Pero no entiendo. Habías dicho...

—Que íbamos a visitar un lugar interesante —Remy sonrió—. Y eso vamos a hacer. Espero que no te sientas decepcionada.

Allie se llevó una mano a la boca.

—¡Tu casa! —exclamó—. ¿Quieres decir que está terminada?

—Todo excepto lo que pienso hacer yo mismo. Y tú vas a ser mi primera visita.

—Oh —Allie sintió que se ruborizaba—. Será... un honor.

—No. El honor será todo mío, *mon amour*, te lo aseguro.

Allie comprendió que le estaba diciendo que la espera había acabado, y sintió que su cuerpo se estremecía con una mezcla de excitación y temor.

Porque Remy podría sentirse decepcionado, pensó con una punzada de inquietud. A fin de cuentas, ¿qué sabía ella sobre dar placer a un hombre? Menos que nada, como tantas veces le habían dicho en el pasado. Y, por mucho que amara a Remy, ella seguía siendo la misma.

«Frígida... torpe... inútil». Aquellas palabras eran como cicatrices en su mente.

«No tengo por qué hacerlo», se dijo. «Puedo buscar alguna excusa. Decirle que es el peor momento del mes. Cualquier cosa».

Pero sabía que Remy sólo tendría que tocarla para que se derritiera entre sus brazos...

Pero de pronto llegaron a Trehel y ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Cuando entraron en la casa, Allie se encontró en una enorme habitación con el suelo de piedra, una gran chimenea en un extremo y una cocina muy moderna en la última. Aparte de aquello, carecía por completo de muebles, aunque Allie imaginó de

inmediato cómo quedaría con ellos.

Pero lo que más le gustó fueron los ventanales en forma de arco que ocupaban la pared opuesta a la de la entrada y desde los que se divisaba una vista espectacular de los prados y las colinas que se extendían a los pies de la casa.

—Es maravilloso —dijo mientras deslizaba una mano por las superficies de mármol de la cocina—. ¿Funcionan todos los aparatos?

—Por supuesto —dijo Remy, simulando sentirse ofendido—. ¿Quieres que te lo demuestre preparando un café? ¿O prefieres ver el resto de la casa?

—Prefiero ver el resto... creo.

Allie sintió una timidez repentina mientras subían las escaleras, una timidez que se acrecentó cuando entraron en lo que obviamente era el dormitorio principal.

Se trataba de una habitación muy espaciosa, con el suelo de madera y una enorme cama que, debido a la ausencia de otros muebles, dominaba casi por completo el espacio. Además, se notaba que estaba recién hecha, esperando...

Cuando Remy la rodeó por detrás con sus brazos y la atrajo hacia sí, empezó a temblar.

—Acuéstate conmigo, Alys —susurró junto a su oído—. Acuéstate conmigo aquí, en mi casa. En mi cama.

Allie se volvió hacia él con el rostro alzado, esperando su beso.

—Sí —murmuró contra sus labios.

Capítulo 7

EL BESO de Remy fue intenso y anhelante, como si quisiera encontrar el alma de Allie a través de sus labios.

—Estás temblando, *mon amour* —dijo cuando finalmente apartó su rostro unos centímetros del de ella—. ¿Tanto te aterrorizo?

—No... oh, no. Soy tan tonta... Pero no soportaría decepcionarte...

Remy le cubrió los labios con un dedo.

—Te amo, Alys, y eso es todo lo que importa. Aprenderemos juntos a darnos placer.

A continuación retiró la cazadora que llevaba Allie sobre los hombros, la tomó en brazos y la llevó hasta la cama, donde la depositó con delicadeza tras retirar la colcha color azul zafiro que la cubría. Luego, tras quitarse los zapatos, se tumbó junto a ella.

Allie alzó una mano para retirarle un mechón de pelo de la frente, pero Remy la tomó para llevársela a los labios.

—Eres el sueño de mi vida, Alys —murmuró, y luego dejó un rastro de besos en su frente, en sus párpados, en sus pómulos y en sus maleables labios, caricias que parecía dar pero que enseguida se retiraban, que tentaban pero no ofrecían una satisfacción inmediata.

Sin embargo, aquello era lo que quería, pensó Allie, sorprendida. Lo que había deseado desde aquella tarde en Les Sables, cuando había sentido por primera vez las manos de Remy en su piel.

Anhelaba que la tomara, sentirlo en su interior y sentir la cálida y poderosa fuerza de su erección mientras la poseía.

Se arrimó a él y buscó con los labios la abertura de su camisa para besarle la base del cuello.

Remy gimió con suavidad.

—Tómatelo con calma, *mon ange*. Quiero hacerte disfrutar, y para eso necesito todo el control que poseo.

—¿Estás seguro de eso?

—Vuelve a preguntármelo más tarde, *chérie* —replicó Remy roncamente antes de volver a besarla.

Deslizó una mano hasta un pecho de Allie y lo acarició con delicadeza antes de dejar que sus dedos trazaran el contorno de un pezón que, prácticamente al instante, afloró contra la tela de la blusa.

—Llevas demasiada ropa —murmuró a la vez que le desabrochaba la blusa para quitársela y dejarla desnuda de cintura para arriba.

Por un instante, Allie se sintió intensamente consciente de su cuerpo, y casi avergonzada de su delgadez, lo que le hizo alzar las manos para protegerse.

Pero Remy adivinó sus intenciones y se lo impidió sujetándola por las muñecas.

—No te ocultes, Alys. No después de lo que he esperado para verte así. Muéstrame lo encantadora que eres, *ma belle*.

Inclinó la cabeza y tomó por turnos en su boca cada excitado pezón. Allie suspiró y empezó a cimbrear instintivamente las caderas mientras el dulce y cálido tormento al que estaba siendo sometida continuaba.

Cuando Remy alzó finalmente la cabeza, ella lo miró con expresión aturdida, respirando agitadamente.

Remy llevó una mano hasta la cintura de su falda, desabrochó el botón delantero, bajó la cremallera y la deslizó por sus piernas hasta liberarla de ella, dejándola tan sólo con las diminutas braguitas de encaje que vestía.

Tras contemplarla un momento, la estrechó entre sus brazos y la besó con apasionada exigencia.

Allie respondió desenfrenadamente, entreabriendo gustosa los labios para recibir el empuje y las caricias de su lengua.

Después, Remy deslizó los labios por su garganta hasta sus pechos a la vez que buscaba con la mano sus braguitas. Tras acariciarla delicadamente con la palma de la mano, las apartó a un lado para introducir los dedos debajo y alcanzar el centro de su deseo.

Sus caricias fueron tan exquisitas que, cuando se detuvo un momento, Allie gimió en señal de protesta.

—*Oui, mon amour*… —dijo él, con la voz ronca a causa del deseo —. Sí, sí…

Un instante después fueron descartadas las braguitas y Allie quedó completamente desnuda entre sus brazos. Cuando vio que Remy se arrodillaba ante ella, le hacía entreabrir las piernas y se inclinaba con la evidente intención de besarla donde nunca la habían besado, se quedó momentáneamente paralizada.

—No… por favor… no puedes…

Trató de apartarlo de entre sus muslos, pero él la sujetó por las muñecas para poder continuar con aquella nueva invasión de su más delicada intimidad sin obstáculos.

Remy buscó con los labios los húmedos pétalos de su feminidad y los entreabrió con la lengua para acariciar el centro de su deseo.

Con cada caricia, Allie sintió que su cuerpo sucumbía a una

lánguida y maravillosa debilidad mientras su conciencia física se trasladaba a un plano cuya existencia ni siquiera había adivinado antes.

Hasta que llegó un momento en que ya no quiso escapar a lo que le estaba haciendo Remy aunque hubiera podido hacerlo.

Su respiración se volvió más y más agitada y la espiral de sensaciones que estaba experimentando se convirtió en una fuerza irresistible que la llevó hasta una cima de deseo desconocida por ella. Un gemido de agónico placer escapó de su garganta y su cuerpo se arqueó en rendición a las oleadas de voluptuoso placer que lo recorrían.

Cuando la tormenta remitió permaneció tumbada, jadeante, con su saciado cuerpo bañado en sudor y los ojos llenos de lágrimas. Trató de frotarlas con manos temblorosas y Remy la estrechó entre sus brazos, murmurándole palabras de amor, diciéndole lo dulce y preciosa que era.

Cuando se apartó un momento de ella para desnudarse, Allie se sintió de pronto abandonada, pero Remy volvió a tomarla enseguida en sus brazos.

Parecía imposible que su cuerpo fuera capaz de desearlo de nuevo tan pronto, pero, mientras acariciaba su poderosa espalda y sentía la presión de su miembro contra el vientre, sintió que su sexo volvía a humedecerse.

Cuando, finalmente, Remy se colocó sobre ella y la penetró de un solo y poderoso empujón, Allie dejó escapar un gritito de gozo ante su potencia, ante la realidad de la total unión de sus cuerpos.

Remy se detuvo un momento y la miró.

—¿Hay algún problema?

—Ninguno —replicó ella de inmediato. Remy estaba preocupado por ella, pero no hacía falta. Tenía que ser consciente de lo mucho que lo deseaba, pensó, semiaturdida por las nuevas sensaciones que se estaban apoderando de ella mientras sus músculos internos se cerraban en torno al palpitante miembro de Remy.

Él empezó a moverse sin prisas, llevándola lentamente consigo hacia el fluir de la pasión, y ella respondió con avidez, instintivamente, adaptándose a sus movimientos a la vez que alzaba las piernas para rodearlo con ellas por la cintura.

Unos momentos después notó que Remy empezaba a perder el férreo control que trataba de ejercer sobre sus movimientos, que éstos se volvían más rápidos y urgentes, y se hizo consciente de que algo se agitaba en su interior en respuesta, una cálida sensación que fue creciendo en intensidad y extendiéndose por todo su cuerpo

hasta adueñarse por completo de él.

Entonces, cuando el frenesí de sensaciones que la embargaban elevaron su cuerpo hasta un palpitante y extático clímax, una voz que apenas reconoció como suya dejó escapar un desenfrenado grito de incredulidad.

Remy la siguió un instante después, murmurando su nombre una y otra vez mientras alcanzaba la cima de su propio placer. Luego se desmoronó sobre ella, respirando agitadamente, exhausto.

Y Allie se sintió satisfecha con permanecer así, abrazándolo con fuerza y acariciándolo con delicadeza.

Porque el instinto parecía estar diciéndole que, si había algún momento adecuado para hacer una confesión, era aquél. Teniéndolo entre sus brazos, satisfecho, sin duda Remy sería capaz de perdonarle cualquier cosa... ¿o no?

—Remy, querido... —susurró a la vez que apoyaba la mejilla contra su frente—. Tengo algo que contarte, algo que debería haberte dicho hace tiempo, cuando nos conocimos, cuando no sospechaba que llegaríamos a amarnos, que llegarías a serlo todo para mí... —sintió que algo atenazaba su garganta y tuvo que esperar un momento para continuar—. Corazón, *mon amour*... estoy... estoy casada. Tengo un marido en Inglaterra. Pero no lo amo, nunca lo he amado. Voy a volver para pedir el divorcio.

Terminó precipitadamente y esperó, tensa, la respuesta de Remy. Pero no hubo ninguna.

Allie esperaba verlo conmocionado y enfadado, pero no que se quedara en completo silencio.

¿O se habría quedado demasiado anonadado como para hablar?

—¿Remy? ¿Cariño?

Él murmuró algo incomprensible, y Allie notó que su cuerpo estaba totalmente relajado.

«¡Cielo santo!», pensó con un gemido interior. «¡Está dormido!».

Sintió la tentación de despertarlo para repetirle su confesión, pero parecía tan tranquilo, tan relajado, y su respiración era tan profunda, que fue incapaz de hacerlo.

«Supongo que habrá que esperar un poco más. Pero debo decírselo cuanto antes», pensó con un suspiro antes de cerrar los ojos y permitir que el sueño también se apoderara de ella.

Despertó sobresaltada y permaneció un momento totalmente desorientada. Hugo, pensó. Estaba soñando con Hugo...

Entonces oyó el sonido de la lluvia golpeando la ventana y, al recordar dónde estaba, sintió un gran alivio.

Se volvió para mirar a Remy, que aún seguía dormido.

¿Sabría cómo se sentía?, se preguntó con apasionada ternura. ¿Comprendería la reacción de su hambriento cuerpo al milagro de las delicias físicas que le había hecho conocer?

Por primera vez en años se sentía totalmente relajada y en paz. Y más feliz de lo que nunca hubiera creído posible.

Salió sigilosamente de la cama, recogió la camisa de Remy y se la puso mientras salía en silencio de la habitación. Bajó a la cocina con intención de preparar un café y apenas tardó un minuto en encontrar todo lo necesario en los armarios. Acababa de llenar la cafetera cuando oyó un ruido a sus espaldas que le hizo volverse.

Solange se hallaba en medio del cuarto de estar, intensamente pálida y mirándola con expresión incrédula. Ante su mirada, Allie se arrepintió de inmediato de no haberse vestido adecuadamente para bajar.

—*Chienne* —masculló Solange con voz temblorosa—. *Sale vache.*

Por un momento, Allie quiso darse la vuelta y salir corriendo, pero logró permanecer donde estaba y alzar la barbilla con gesto desafiante.

—No hace falta que me insultes —dijo con toda la calma que pudo—. No soy una perra ni una *sale vache*, sea eso lo que sea. He estado haciendo el amor con el hombre al que amo y no tengo nada de qué avergonzarme.

Solange dio un paso adelante con los puños cerrados.

—Tú no perteneces a este lugar... *espéce de raclure* —siseó—. No eres una de nosotros, y Remy necesita una mujer a su lado que lo ayude en su trabajo. Alguien que conozca la comunidad, que cuente con su respeto, no una fulana inglesa que no tardará en regresar a su repulsivo país.

Allie estuvo a punto de achantarse ante aquel ataque, pero logró mantener la calma.

—Creo que Remy es libre de tomar sus propias decisiones, Solange.

—¡Pronto lamentará haberse degradado con una *putaine* como tú! Supe desde el primer momento lo que eras, que no podías esperar a meterte en su cama.

—¿De qué te quejas exactamente? —preguntó Allie con frialdad —. ¿De que haya ocupado tu puesto... o de no haber recibido nunca la invitación que te habría gustado?

Solange se puso roja de rabia y alzó las manos como si fueran dos garras.

—¿Crees que le seguirás gustando si te arranco los ojos?

Remy apareció en aquel momento en lo alto de las escaleras.

—Es una pregunta interesante, Solange —dijo con calma—, pero creo que no conviene que la pongas en práctica. Y ahora creo que deberías irte antes de empeorar las cosas.

Repentinamente pálida, Solange alargó las manos hacia él.

—Remy, *chéri*, no te culpo por esto. Un hombre tiene... tentaciones —trató de reír, pero el resultado fue horrible—. Lo comprendo y... y puedo perdonarlo...

—No hay nada que perdonar —interrumpió Remy—. Voy a hablarte claro; puede que el cotilleo local nos haya emparejado, pero yo nunca te he pedido nada ni te he prometido nada a cambio. No hay nada entre nosotros.

Solange tragó con esfuerzo.

—Remy... *mon coeur*... ¿cómo puedes decir eso?

—Lo digo porque es cierto, y lo sabes. Y preferiría que no volvieras a entrar aquí sin haber sido invitada.

Solange se quedó momentáneamente boquiabierta, hasta que giró sobre sí misma y salió de la casa dando un portazo.

Remy se acercó a Allie, pasó un brazo por sus hombros y la atrajo hacia sí.

—Siento que hayas tenido que aguantar esto. Cuando he escuchado voces abajo he pensado que mi padre o mi abuelo se habrían presentado inesperadamente y que estarías avergonzada...

—Había bajado a preparar café... y Solange ha aparecido de pronto. ¿Pero por qué?

—Ha sido culpa mía —dijo Remy con aspereza—. Solía venir a menudo mientras la casa estaba en obras, creo que con el propósito de encontrar defectos en el trabajo de Gastón Levecq para convencerme de que empleara en su lugar a su primo. Y también para ofrecerme consejos que no necesitaba. Debería haber cortado con la situación en cuanto empezó —movió la cabeza con pesar—. Espero que lo sucedido no te haga odiar la casa... o lamentar lo que ha sucedido entre nosotros.

—¡No! —negó Allie con vehemencia—. Nadie, ni siquiera Solange, podría lograr eso.

Remy sonrió y, a continuación, se volvió para apagar el agua que Allie había puesto a calentar para el café.

—Ha sido una suerte que no te haya encontrado el abuelo de esa guisa. Verte así podía haberle provocado una crisis cardiaca —bromeó.

—Al menos llevaba algo puesto —dijo Allie—. Tu camisa ha sido lo primero que he encontrado en el suelo.

—¿En serio? —preguntó Remy, divertido—. Tal vez debería

regalártela, *chérie*. Seguro que a mí no me queda tan bien —en tono más serio, añadió—: He pasado un mal momento cuando me he despertado y no te he encontrado en la cama. He pensado que tal vez estabas enfadada conmigo.

—¿Enfadada? —preguntó Allie, sorprendida—. ¿Por qué iba a estarlo?

—Si no enfadada, tal vez decepcionada. Quería que nuestra primera vez fuera perfecta para ti, que te hiciera olvidar todos tus malos recuerdos… Pero acabó demasiado rápido y luego me quedé dormido —Remy se encogió de hombros con pesar—. Mi única excusa es lo mucho que te deseaba.

Allie lo rodeó con los brazos por la cintura y sonrió.

—Eso suena más como un buen motivo que como una excusa —dijo con suavidad antes de ponerse de puntillas para besarlo en los labios—. Además, nos quedamos dormidos los dos.

Quería asegurarle que sus malos recuerdos habían desaparecido, ¿pero cómo iba a hacerlo si aún no le había contado la verdad? Al recordarlo sintió que se le encogía el estómago.

Remy apoyó una mano bajo su barbilla para hacerle alzar el rostro.

—Sin embargo tengo la sensación de que te preocupa algo.

Allie se obligó a sonreír.

—Supongo que la inesperada visita de Solange me ha afectado.

Remy la miró un momento y luego asintió lentamente.

—De acuerdo. Supongo que es eso.

«Puedo arreglarlo todo», se dijo Allie mientras bebía es café que le había servido Remy. «Haré que Hugo comprenda que nuestro matrimonio ha sido un terrible error que hay que enmendar. A fin de cuentas, él también ha tenido tiempo de pensar estos días y habrá comprendido que las cosas no pueden seguir así. Todo lo que hace falta es un poco de buena voluntad por ambas partes».

Varias horas después, tras haber hecho de nuevo apasionadamente el amor en dos ocasiones, Allie dijo en tono adormecido:

—Debo irme. Tía Madelon ya habrá regresado y se estará preguntando dónde estoy.

Remy deslizó una mano por uno de sus muslos hasta detenerla en su cadera.

—Creo que ya lo sabrá, ¿no te parece?

—Probablemente, pero no tenemos por qué recalcárselo.

Remy giró de pronto y la aprisionó bajo su cuerpo.

—No quiero dejarte ir —dijo con voz ronca—. Quiero que te quedes aquí conmigo, *mon coeur*. Que duermas esta noche entre mis brazos.

—¿Cómo iba a hacerlo? —preguntó Allie con pesar—. Es evidente que mi tía está tratando de ser comprensiva, pero tiene sus límites. Además, seguro que espera que seamos discretos.

Remy suspiró.

—*Tu as raison, ma mie*. No estoy pensando con claridad… tal vez porque casi me asusta perderte de vista.

Allie apoyó una mano en su mejilla y sonrió.

—¿Aún no se ha cansado de mí, *monsieur*?

Remy la miró sin ocultar su deseo.

—Llevo toda la vida esperándote, Alys. Jamás me cansaré de ti —dijo, y a continuación le hizo entreabrir las piernas para penetrar una vez más su complaciente cuerpo.

A diferencia de la fiera pasión que habían compartido un rato antes, su unión fue sutil y casi meditativa, cargada de suspiros y murmullos, y el clímax que alcanzó Allie fue como una suave brisa deslizándose sobre un lago. Y su voz se quebró a causa de la emoción cuando pronunció el nombre de Remy.

Ya se estaba poniendo el sol cuando llegaron a Les Sables, pero en la casa no había luz y el coche de Madelon no estaba.

—Parece que hemos llegado antes que ella —dijo Allie mientras abría la puerta—. Tal vez pueda convencerla de que he pasado el día tranquilamente por mi cuenta.

—Lo dudo —dijo Remy mientras la seguía al interior—. Tu tía es una mujer que ha amado. Seguro que reconocerá los signos.

—Y tú pareces demasiado satisfecho de ti mismo —bromeó Allie.

Remy se inclinó para besarla en el cuello.

—Pero eso se debe a que estoy satisfecho contigo, *chérie*. ¿No es eso suficiente excusa?

El sonido del teléfono hizo que ambos se sobresaltaran. Allie fue a contestar.

—¿Hablo con *madame* de Marchington, la sobrina nieta de madame Colville? —preguntó un hombre al otro lado de la línea—. Ah, *bon*. Soy Emil Blanchard y lamento tener que decirle que Madelon ha resbalado en el pavimento cuando salía del coche y se ha caído.

—¿Se ha caído? —repitió Allie, consternada—. ¡Cielo santo! ¿Está malherida?

—No, no. Nuestro médico la ha examinado a fondo. Pero está conmocionada y magullada y no le conviene conducir. La hemos convencido para que se quede unos días hasta que esté recuperada. Hemos intentado ponernos en contacto con usted antes, *madame*, pero no respondía nadie.

—He estado fuera, visitando a unos amigos. Lo siento. Gracias por avisarme, y haga el favor de dar un abrazo de mi parte a Madelon. Espero que se recupere pronto, y dígale que yo me ocupo de la casa.

—*Pauvre madame* —dijo Remy cuando Allie le contó lo sucedido —. Afortunadamente no se ha roto nada, lo que podría ser fatal a su edad —tras una pausa, añadió—: Pero eso significa que vas a estar sola en este lugar tan aislado. ¿Te sentirás segura?

—Durante el día sí, pero puede que me sienta nerviosa de noche.

—Si tienes problemas de nervios —dijo Remy solemnemente—, deberías llamar a tu médico.

—Creo que acabo de hacerlo —dijo Allie mientras se refugiaba feliz entre sus brazos.

Capítulo 8

ALLIE volvió al presente con un sobresalto al darse cuenta de que estaba temblando violentamente. El aire había refrescado y lo último que necesitaba era una neumonía, pensó mientras cerraba la puerta trasera.

Permaneció un momento con la frente apoyada en la puerta mientras los recuerdos de lo sucedido después de aquel día laceraban su corazón.

«¿Cómo pude permitirme ser tan feliz sabiendo la verdad? ¿Cómo pude permanecer en silencio a pesar de haber estado prácticamente viviendo con Remy?», se preguntó, agobiada.

Respiró profundamente, apagó la luz y subió lentamente las escaleras.

Tom dormía plácidamente y no se movió cuando se acercó a la cuna a mirarlo. Se sentó en la alfombra junto a él, con la espalda apoyada contra la pared y rodeándose las rodillas con los brazos.

La luz de la luna había invadido aquella habitación cada vez que había dormido allí con Remy, pensó con nostalgia. Sin embargo, él había pasado la mayoría de las noches en Trehel, pues le preocupaba que Madelon considerara su presencia en Les Sables como una intrusión.

Fueron unos días maravillosos, durante los que disfrutaron de largos paseos siempre que Remy tenía tiempo. Allie sentía que florecía en su compañía, que su alma se abría a mil sensaciones para las que había estado cerrada hasta entonces.

Madelon permaneció en Vannes con sus amigos. Le explicó que se había torcido el tobillo en la caída y que la hinchazón estaba tardando más en remitir de lo que se esperaba, pero Allie se preguntó si su ausencia se debería más al tacto que a la torcedura del tobillo, y si su tía esperaría que todo hubiera acabado entre Remy y ella para cuando volviera.

Con cada día que pasaba, el momento adecuado para hacer su confesión parecía cada vez más difícil de encontrar y, a pesar de su felicidad, Allie no pudo evitar que una indefinible y continua sensación de inquietud se apoderara de ella, como si una terrible tormenta aguardara en el horizonte dispuesta a acabar con aquellos días dorados.

«Y tenía razón», pensó sombríamente, aún sentada junto a la cuna de Tom.

El día empezó muy tranquilo, recordó. Era sábado y Remy no

tenía consulta, de manera que, tras acudir al mercado fueron a pasar la mañana en la playa y se fueron cuando empezaba a llenarse.

—Será mejor que vaya a Les Sables —dijo Allie mientras regresaban—. No he ido por allí en un par de días y podría haberse quemado.

Remy alzó una ceja.

—Creo que ya nos habríamos enterado a estas alturas.

Allie suspiró.

—Lo sé, pero me quedaré más tranquila yendo. Además, necesito algo de ropa.

—De acuerdo —dijo Remy mientras dirigía el coche hacia Les Sables. Tras detener el coche ante la casa pasó un brazo por los hombros de Allie y la atrajo hacia sí para besarla—. Nos vemos luego en Trehel —dijo, y añadió—: Y no me tengas esperando, *chérie*, porque la de esta noche va a ser una cena muy especial.

Allie sintió una mezcla de excitación y pánico al intuir lo que quería decir.

—No me retrasaré —dijo mientras salía del coche.

«De manera que ha llegado el momento de la verdad», se dijo mientras entraba en la casa. Remy planeaba hablar sobre su futuro juntos. Estaba segura de ello. Por tanto no podía permitirse más dilaciones ni evasivas.

Y tendría que ser ella la que hablara primero, la que pusiera las cartas sobre la mesa. Esperaba que Remy fuera comprensivo. Aquella iba a ser la primera prueba real para su relación, pero si realmente la amaba…

Pero lo mejor que podía hacer era acudir a Trehel cuanto antes a contárselo todo, pensó mientras subía rápidamente a su habitación.

Había llevado consigo un vestido negro más atrevido de lo habitual que Remy no había visto nunca y que hacía discretamente obvio que requería un mínimo de ropa interior. Aunque no sabía muy bien por qué lo había metido en su equipaje, no habría mejor momento para ponérselo que aquél.

Se desvistió rápidamente y entró en el baño para ducharse y lavarse el pelo. Después se aplicó su loción corporal favorita y eligió unas braguitas negras de encaje. Se miró un largo momento en el espejo para comprobar el seductor efecto del diminuto triángulo negro contra el cremoso tono de su piel.

«No soy una belleza», pensó, «pero que Remy me encuentre bella esta noche, por favor. Que me desee tanto, que nada más importe. Que, a pesar de todo, sepa que no puede vivir sin mí, que me

perdone por lo que voy a contarle y me espere hasta que sea libre para acudir a su lado. Por favor…».

Acababa de empezar a peinarse tras haberse secado el pelo cuando escuchó el sonido de un vehículo acercándose.

«Parece el sonido del Jeep», pensó, desconcertada. Un rápido vistazo por la ventana se lo confirmó. «Ha venido a recogerme», pensó, «y ni siquiera estoy lista».

Bajó las escaleras aún descalza y se detuvo con una sonrisa en los labios al ver que la puerta se abría y Remy entraba en la casa.

—Eres muy impaciente, *monsieur* —bromeó—. Has estropeado mi sorpresa.

Pero al ver la expresión de Remy se quedó paralizada.

Estaba intensamente pálido y parecía muy tenso. Allie captó el desprecio de su mirada a la vez que notó que llevaba algo en la mano, algo parecido a una revista enrollada.

—¿Una sorpresa, *madame*? —el tono de su voz fue cortante como un cuchillo—. Creo que ya he tenido suficientes sorpresas por un día —añadió a la vez que arrojaba lo que sostenía a los pies de la escalera.

Allie se fijó en que, efectivamente, se trataba de una revista.

—No… no comprendo…

—En ese caso, es obvio que tienes muy mala memoria. Y también muy selectiva, ya que has logrado olvidar convenientemente tu boda.

Allie recordó en aquel momento con una terrible sensación de vértigo la entrevista que Hugo y ella concedieron a la revista County ante la insistencia de Grace. Le sacaron fotos con su vestido de novia posando junto a un Hugo sentado para que no se notara que estaba en una silla de ruedas.

—¿Dónde la has encontrado? —susurró.

—La ha encontrado Solange mientras retiraba unas viejas revistas de uno de sus alojamientos rurales. Al ver la foto ha leído la historia de los novios cuyo amor triunfó sobre la adversidad —la risa de Remy surgió cargada de amargura—. Una historia romántica que no ha podido esperar a compartir conmigo, por supuesto.

Allie asintió y bajó la cabeza.

—Puedo explicártelo, Remy…

—¿Cómo? ¿Diciéndome que tienes una gemela idéntica? ¿O añadiendo más mentiras al resto?

El tono de voz de Remy hizo que Allie se encogiera. Si no se hubiera estado sujetando a la barandilla, probablemente se habría caído.

—No. Es cierto —dijo, haciendo un esfuerzo sobrehumano por controlar el temblor de su voz—. Estoy... estoy casada —alzó la barbilla—. Pero pensaba decírtelo. Lo juro.

—¿Pero cuándo? —pregunto Remy en un tono cruelmente burlón—. ¿Planeabas esperar a nuestra noche de bodas? ¿Ibas a informarme entonces de que acababa de convertirme en el marido de una bígama?

Los ojos de Allie se llenaron de lágrimas.

—No... Remy... por favor...

—¿Encima quieres que me calle? ¿Después de cómo me has engañado desde el primer día?

—Yo... quería decírtelo. Lo intenté...

—Si hubiera llevado el anillo y hubieras utilizado tu nombre de casada, lo habría sabido desde el principio y jamás me habría acercado a ti. Pero no lo hiciste, y me parece increíble que la señora Colville te haya alentado en esto.

—No debes culpar a mi tía —dijo Allie rápidamente—. Trató de persuadirme por todos los medios para que hiciera lo correcto. Pero fui yo sola la que decidió no hacerle caso.

—Sí —dijo Remy en tono acusador—. Tú sola —la mirada que le dedicó fue fría como un iceberg—. *Mon Dieu*, Alys... sabías que te amaba y me has dejado creer que me correspondías...

—Y te correspondía. Te correspondo, amor mío —dijo Allie, desesperada—. Debes creerme...

—Parece que tienes una idea muy extraña del amor. Probablemente amabas a tu marido cuando te casaste con él. Sin embargo, a los pocos meses de casarte has roto tus votos y te has entregado a mí. ¿No te parece un poco pronto para una infidelidad tan flagrante? ¿Qué clase de mujer hace algo así?

«Una mujer desesperada», pensó Allie.

—No quería que lo averiguaras... así —murmuró—. Y no me casé por amor —añadió, desesperada—. Si has leído el texto que acompaña a las fotos, sabrás que Hugo sufrió un grave accidente jugando al polo. Jamás ha sido mi verdadero marido en ningún sentido real.

—¿Entonces, por qué te casaste con él? ¿Por dinero? ¿Por su título? Supongo que después decidiste que no era suficiente, ¿no? —dijo Remy despectivamente—. Y por eso viniste a Francia a buscar un amante y disfrutar de una pequeña aventura sexual, ¿no? ¿Era ésa mi función en tu vida, *madame*? ¿Librarte de la frustración de un matrimonio decepcionante? Espero haberte satisfecho.

—No... No, por favor... No fue así. No esperaba conocerte... ni

enamorarme —añadió Allie con un pequeño sollozo.

La expresión de Remy no se suavizó.

—Jamás he ocultado mi atracción por ti. Sabías desde el principio cómo estaban las cosas, y sin embargo seguiste adelante. No me advertiste que estabas legal y moralmente más allá de mi alcance. No soy un santo —añadió tras dar un profundo suspiro—, pero jamás me habría liado conscientemente con la esposa de otro hombre. El primer día que salimos te dije claramente que necesitaba que confiaras en mí, pero seguiste ocultando tu secreto. Y eso es lo que más me duele... Ésa es la peor traición de todas.

—Quería decírtelo... pero temía perderte.

—Ni confianza, ni fe —dijo Remy con frialdad.

—Pensaba decírtelo esta tarde. Te lo juro, querido. Lo tenía todo planeado...

—Por supuesto —interrumpió él en son de fría burla—. ¿Y pensabas hacerlo antes o después de que cometiera la estupidez de pedirte que te casaras conmigo?

—Sé que lo he hecho todo mal, y me culpo totalmente por ello, pero podríamos sentarnos a hablar tranquilamente de ello —rogó Allie—. Necesito hacerte comprender...

—Lo comprendo todo muy bien —interrumpió Remy con impaciencia—. Nos has hecho quedar en ridículo a ambos, a tu marido y a tu amante. Pero al menos él aún no sabe que lo has engañado, de manera que él es el afortunado. Aunque no lo envidio —añadió en tono desdeñoso antes de volverse para salir.

—No me hagas esto, Remy —rogó Allie—. No nos hagas esto... no te vayas así.

Remy giró sobre sí mismo, subió el tramo de escaleras que lo separaban de ella y la sujetó con fuerza por una muñeca.

—¿Y cómo quieres que me vaya, Alys? ¿O acaso esperabas una despedida más íntima, que hiciera una última visita a tu anhelante cuerpo? —se encogió de hombros mientras su boca se curvaba en una mueca de sonrisa—. *¿Eh bien, pourquoipas?* Aunque todo lo demás haya desaparecido, aún queda el sexo. Eres una chica muy práctica, *ma belle* —añadió a la vez que la tomaba casi negligentemente en brazos y subía las escaleras con ella.

Allie se quedó momentáneamente paralizada, pero enseguida empezó a empujarlo con los puños contra el pecho para que la soltara.

—No... Remy... ¡no! —exclamó con una mezcla de temor y enfado—. No me refería a eso. Déjame en el suelo...

Pero él ignoró sus protestas. Entró en el dormitorio y la dejó en

el suelo, pero sólo para acceder con más facilidad a la cremallera de su vestido. Cuando la cremallera se atascó a medio camino, tiró sin pensárselo dos veces de los lados del vestido. Allie oyó que la cremallera se desgarraba y un instante después el vestido caía en torno a sus pies, dejándola prácticamente desnuda ante la mirada de Remy. Entonces él volvió a tomarla en brazos y la arrojó sobre la cama.

Allie trató de cubrirse inútilmente con las manos. Se había vestido y perfumado para él... para aquel momento. Pero no así. Nunca así...

Sus ojos se llenaron de lágrimas y su voz se quebró cuando habló.

—Así no, por favor... así no....

Y esperó agónicamente a ser tocada... tomada.

Pero no sucedió nada. Cuando finalmente se animó a mirarlo, vio que Remy estaba de pie junto a la cama, con los brazos cruzados. Su rostro era una sombría máscara.

—Deja de llorar —dijo con brusquedad—. No tienes por qué preocuparte. Ya me desprecio a mí mismo por haberte deseado. No pienso avergonzarme a mí mismo tomándote una vez más.

Allie permaneció en silencio mientras él se encaminaba hacia la puerta y salía. Unos segundos después oyó el sonido del jeep alejándose. Después, nada.

Se tumbó boca abajo y empezó a llorar desconsoladamente. Acababa de perder para siempre el amor que había empezado a colmar su vida.

Varias horas después escuchó el sonido de otro vehículo acercándose a la casa. Había bajado a recoger el vestido y había decidido quedarse abajo. Estaba en camisón, sentada en el sofá, abrazada a un almohadón, contemplando el espacio con expresión vacía. Pero al escuchar el sonido se tensó.

«No es el jeep», pensó con una mezcla de alivio y decepción.

Unos momentos después se abrió la puerta, dando paso a su tía Madelon, que caminaba ayudándose de un bastón.

Al ver la expresión de Allie se detuvo en seco con expresión preocupada.

—*Qu'as tu, mon enfant*? ¿Qué ha pasado?

—Remy —susurró Allie a la vez que tomaba la revista y se la alcanzaba ya abierta por la página apropiada—. Solange ha encontrado esto... y se lo ha dado.

Madelon miró de reojo la foto, dejó la revista a un lado y se sentó enseguida junto a Allie.

—Siempre temí que sucediera algo así —dijo a la vez que la tomaba cariñosamente de las manos—. ¿Está muy enfadado?

—Está furioso y amargado porque no he confiado en él lo suficiente como para contarle la verdad. Creo que eso le ha molestado más que enterarse de la existencia de Hugo —dijo Allie desconsoladamente.

—¿Le has contado que prácticamente te viste obligada a casarte, y lo infeliz que te ha hecho tu matrimonio?

—Lo he intentado, pero no ha querido escucharme.

—Puede que se calme en un par de días y esté más dispuesto a escucharte —Madelon palmeó cariñosamente las manos de Allie—. Es una situación difícil para él en una comunidad como ésta. Si se casara con una chica soltera, todo el pueblo acudiría a la boda a desearle felicidad. Pero todo cambiaría si se enteraran de que está teniendo una aventura con una mujer casada. Por tonto que parezca, algunos hombres se negarían a que volviera a tratar a sus esposas. Además —añadió con franqueza—, creo que su propio sentido del honor le haría rechazar una relación así.

—Esa impresión me ha dado... —Allie agitó la cabeza, desesperada—. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? ¿Por qué no te escuché cuando me advertiste? —se mordió el labio con fuerza—. ¿Y por qué no hice caso de Remy y confié en él? ¿Qué voy a hacer?

—De momento, descansar y recuperar el ánimo —dijo Madelon con firmeza—. Luego irás a verlo para explicarle cómo es tu vida en Inglaterra, para hacerle ver la verdad de tu matrimonio y para explicarle que, al menos durante un tiempo, querías olvidar tu infelicidad, por imprudente que haya sido hacerlo. Si te quiere, te escuchará.

Allie se preguntó si aquello sería posible, pero el recuerdo del desprecio con que Remy la había mirado le hizo estremecerse.

Suspiró y se inclinó para besar a su tía en la mejilla.

—Me alegra mucho que hayas vuelto —dijo con delicadeza—. Pero veo que aún sigues cojeando. No sé si ha sido muy prudente que hayas venido conduciendo desde Vannes.

Madelon sonrió con tranquilidad.

—Mis amigos de allí son encantadores, pero, a veces, suficiente es suficiente. Además, esta mañana me he despertado con la premonición de que ibas a necesitarme antes de que terminara el día —suspiró—. Pero esperaba estar equivocada.

Allie durmió mal aquella noche y pasó la mañana siguiente en

ascuas, con la vana esperanza de que Remy reconsiderara las cosas y se pusiera en contacto con ella.

Pero Remy le había pedido su confianza y ella le había fallado por completo, algo que probablemente le resultaba imposible perdonar.

Tenía que mentalizarse para aceptar la situación. Era posible que Remy no volviera a desearla, pensó, desolada. No después de lo que había hecho. Pero si hablaba con él y le explicaba las cosas, tal vez al menos podría separarse como amigos.

Probablemente aquello era lo más que podía esperar… y lo más que podía ofrecer.

—Voy a ir a Trehel —le dijo a Madelon después de desayunar.

Su tía asintió lentamente.

—Los Brizáis son una familia antigua y orgullosa, cariño. Recuérdalo y no esperes que las cosas sean fáciles —tras una pausa, añadió—: *Bonne chance,* Alys.

«La necesitaré», pensó Allie mientras ponía en marcha el coche.

Cuando llegó a Trehel, condujo hasta la parte trasera, donde vio el jeep de Remy aparcado en su lugar habitual. A pesar de lo tensa que estaba, suspiró de alivio al pensar que no iba a tener que ir Ignac a buscarlo en la consulta.

Pero cuando fue a abrir la puerta de la casa, la encontró cerrada, algo que le extrañó, pues Remy nunca echaba la llave. Llamó al timbre, pero no hubo respuesta.

Se había apartado un poco de la casa para alzar la mirada hacia las ventanas cuando los perros de la casa se acercaron corriendo a ella para solicitar sus habituales caricias.

Cuando se volvió, vio a Georges de Brizat al otro lado del patio, mirándola con expresión granítica. Silbó bruscamente y los perros acudieron a su lado, reacios.

—¿Por qué has venido? —preguntó con frialdad—. Sabes que no eres bienvenida. Allie alzó la barbilla.

—Necesito ver a Remy. Tengo que hablar con él… explicarle…

—Creo que el que necesita una explicación es tu marido. Regresa con él, si es que aún te acepta. Aquí no hay nada para ti.

—No pienso irme hasta que no haya visto a Remy.

—En ese caso tendrás que esperar mucho, porque se ha ido —dijo George de Brizat antes de volverse.

—¿Se ha ido? —repitió Allie, aturdida. Luego corrió tras el abuelo de Remy y lo sujetó por el brazo para que se detuviera—. ¿Adónde se ha ido? Dígamelo, por favor. Debe decírmelo…

—¿Debo decírtelo? —repitió el anciano, indignado—. ¿Te

atreves a usar esa palabra conmigo? ¿Y qué obligaciones se supone que tengo para con la mujer que ha destrozado la vida de mi nieto y que, a consecuencia de ello, ha roto también el corazón de mi hijo?

Allie bajó la cabeza, abochornada.

—Yo... amo a Remy.

—Supongo que te refieres a que lo deseabas —corrigió George con aspereza—. Y eso es muy distinto.

—No. Lo amo y quiero pasar el resto de mi vida con él.

George permaneció un momento en silencio.

—Pero los deseos de mi nieto son totalmente distintos. Ayer se puso en contacto con las oficinas de la ONG médica para la que solía trabajar y ha vuelto a ofrecerles sus servicios. Su padre no logró persuadirlo para que lo olvidara y tuvo que llevarlo anoche mismo a la estación. A estas horas ya debe de estar viajando hacia el otro lado del mundo. Y todo porque no quiere volver a verte ni escuchar tu nombre. Y para ello está dispuesto a sacrificar su hogar, su carrera y todas las esperanzas de su familia. Se ha ido, Alys, y aunque supiera dónde, no te lo diría. Ya has hecho suficiente daño. Ahora vete y no vuelvas, porque la respuesta que obtendrás será la misma que hoy —antes de entrar en la casa dedicó una última y sombría mirada a Allie—. En mala hora te vio mi nieto en la playa de Les Sables.

—Desde luego —murmuró Allie—. Habría hecho mejor dejando que me ahogara.

A continuación, con paso vacilante, volvió al coche y condujo de vuelta a casa de Madelon sin mirar una sola vez atrás.

Capítulo 9

ALLIE regresó dos días después a Inglaterra, a pesar de los intentos de Madelon por disuadirla. —No puedes volver, hija mía. No a esa casa... a esa familia —insistió—. Te destrozarán.

—Tampoco puedo quedarme aquí, rodeada de continuos recuerdos de Remy. Además, ya nada importa. Ni Hugo, ni Grace... —trató de sonreír sin conseguirlo—. A partir de ahora ellos son el menor de mis problemas.

Fue alguien distinto quien regresó a Marchington, una persona fría y distante, que anunció breve pero inflexiblemente que en el futuro ocuparía una habitación independiente en la que no quería ser molestada, y que se mantuvo firme en su propósito a pesar de todas las formas de persuasión a que fue sometida.

Sólo titubeó en una ocasión, cuando, al cabo de poco más de un mes de su regreso, descubrió que estaba embarazada.

Un hijo, pensó, con una mezcla de conmoción y euforia. «Tengo que decírselo de inmediato a Remy», pensó. «Esto lo cambia todo».

En aquella ocasión habló con el padre de Remy, que la trató con la misma frialdad y hostilidad con que la había tratado su abuelo.

—¿Cómo te atreves a llamar aquí? ¿No crees que ya has causado suficiente dolor?

—Por favor, doctor Brizat, tengo que saber dónde está Remy. Tengo que decirle algo muy importante.

Supongo que a estas alturas ya tendrá algún número de teléfono de contacto, o alguna dirección...

—¿Para enviarle un mensaje de amor? —preguntó el doctor con ironía—. Mi hijo no quiere saber nada de ti. ¿Cuántas veces necesitas que te lo repitan? Además se encuentra en un lugar remoto de Sudamérica y las comunicaciones son muy complicadas. Déjalo ya de una vez y no vuelvas a llamar.

Allie permaneció largo rato sentada después de que el padre de Remy le hubiera colgado. Finalmente se puso en pie y fue a ver a Hugo. Le comunicó que estaba embarazada y esperó su explosión de rabia.

Pero no hubo tal explosión. Por un momento aferró los brazos de su silla de ruedas con tal fuerza, que se le pusieron los nudillos blancos, pero enseguida se relajó. E incluso sonrió.

—Qué noticia tan maravillosa, querida —dijo—. La mejor que podías haberme dado. Tiene que ser un chico, por supuesto... por Marchington. ¿Cuándo podremos saberlo?

Allie lo miró con expresión de incredulidad.
—¿No te das cuenta de lo que acabo de decirte, Hugo?
—Naturalmente que me doy cuenta. Voy a tener un hijo y heredero. Todos mis sueños se han hecho de pronto realidad. Mi madre se va a quedar encantada cuando se entere.
Allie se quedó totalmente desconcertada al escuchar aquello, pues había imaginado que Grace la echaría de allí en cuanto se enterara. Pero, como había anticipado Hugo, Grace se mostró feliz al escuchar la noticia.
—No sabes cuánto he rezado para que sucediera. Va a ser maravilloso para Hugo ser padre. Tenemos que celebrarlo con champán... aunque tú no podrás probarlo, claro. Los médicos dicen que nada de alcohol durante los embarazos, y no podemos correr ningún riesgo.
Allie la miró con incredulidad.
—¿Pero de qué estás hablando? Sabes muy bien que Hugo... que no puede...
—No seas absurda, querida —los labios de Grace aún sonreían, pero su mirada era dura como el acero—. Por supuesto que puede. Es tu marido y por fin has cumplido con tu deber como esposa. Sólo ha hecho falta tiempo y paciencia, como decía yo. Y ahora, centrémonos en los planes para el futuro. Conozco a un ginecólogo excelente.
Allie comprendió que había subestimado la obsesión de los Marchington por conseguir un heredero y decidió que no tenía sentido luchar contra ello, sobre todo cuando su madre se unió al ridículo fingimiento de los demás.
En cuanto el sexo del bebé quedó definitivamente establecido, el ambiente en Marchington Hall se volvió casi febril.
Allie se refugió deliberadamente en su propio mundo interior, concentró todas sus energías en el bienestar del bebé y aceptó tranquilamente todos los arreglos que hicieron por ella.
Escribió a su tía diciendo que había llegado a una especie de reconciliación con Hugo y poco después volvió a escribirle para comunicarle que estaba embarazada. Madelon le contestó felicitándola discretamente y sin hacer ninguna de las preguntas que Allie temía que hiciera.
Según fue avanzando el embarazo pensó que no podía seguir viviendo siempre en aquella absurda farsa, y que en algún momento tendría que hacer que Hugo se enfrentara con la verdad.
Pero cuando finalmente se animó a hablar con él, Hugo se mostró desganado y alegó un intenso dolor de cabeza. Allie tuvo

que reconocer que no tenía muy buen aspecto y no insistió.

Al día siguiente murió y la autopsia reveló una hemorragia cerebral masiva.

Los días que siguieron transcurrieron borrosamente, hasta que se encontró en el cementerio, vestida de negro, temiendo volverse loca si se acercaba alguien más a decirle en tono lastimoso lo trágico que era que Hugo hubiera muerto sin ver a su hijo.

En determinado momento estuvo a punto de ponerse a gritar la verdad, pero la gélida mirada que le dedicó Grace le hizo comprender que, por el bien del bebé, debía permanecer en silencio.

«Y he aprendido a vivir con mi secreto», pensó Allie, haciendo una mueca de autodesprecio. «A mantenerlo bien oculto y a simular. A vivir una mentira… como hice con Remy. Pero nadie puede decir que no haya pagado con creces por mis pecados pasados, presentes y futuros».

Se levantó del suelo y fue con paso cansino hasta la cama, donde se tumbó sin molestarse en desvestirse.

«Y puede que algún día llegue a ser capaz de perdonarme a mí misma, aunque nadie más pueda hacerlo», susurró.

Cuando despertó, la habitación estaba bañada por el sol. Se irguió en la cama, apartó el pelo de su frente y comprobó con desmayo que eran más de las doce.

Al ver que la cuna de Tom estaba vacía y hecha, se levantó rápidamente, se vistió y bajó farfullando excusas, aunque tanto su tía como la señora Drouac hicieron caso omiso de ellas.

—Está claro que necesitabas dormir, *ma chére* —dijo Madelon—. El pequeño ya ha desayunado y almorzado y está estupendamente —señaló el sofá, donde Tom dormitaba entre unos cojines.

—Pero eres tú la que necesita descansar —protestó Allie—. Y se supone que soy yo la que tiene que cuidar de ti. Para eso he venido. Y sin embargo sólo te estoy dando más trabajo.

La señora Drouac se volvió a mirarla un momento y luego preguntó algo a Madelon que Allie no entendió. La breve respuesta de su tía, acompañada de un encogimiento de hombros, le hizo comprender que no era importante.

—Y ahora tengo un plan para ti —anunció Madelon cuando Allie terminó de almorzar—. Debes seguir relajándote durante el resto del día. Ve por ahí, pasea, mézclate con la gente. Visita tiendas y galerías de arte si quieres. Haz lo que te apetezca. Y, por

encima de todo, no te preocupes por nada. El pequeño estará aquí totalmente a salvo hasta tu regreso.

Allie protestó un poco, pero finalmente se dejó convencer y un rato después se dirigía en el coche hacia el pueblo, donde se mezcló con las hordas de turistas que caminaban de un lado a otro disfrutando de sus vacaciones.

Se había planteado acudir a algún lugar tranquilo en el campo en el que extender la manta del coche para disfrutar del sol, pero aquello la habría impulsado a seguir pensando en el pasado, y ya había pensado lo suficiente. De hecho, tras su involuntario regreso al pasado era consciente de que su espíritu se había animado ligeramente. Era como si al hacerlo hubiera realizado alguna especie de exorcismo que hacía posible que iniciara un proceso de sanación.

De manera que no habría más procesos de introspección, se dijo.

Tras pasear un rato por el puerto, visitar algunas tiendas y tomar un café sentada en una plaza contemplando el trajín del pueblo, decidió que había llegado el momento de regresar a Les Sables.

Se sentía más animada que hacía tiempo y, mientras hacía planes para su regreso a Inglaterra, con intención de no volver a dejarse avasallar por su suegra y decidida a ocuparse personalmente y sin posibilidad de discusión de la educación de su hijo, se distrajo y tomó una carretera equivocada.

Cuando se dio cuenta, masculló una maldición y se detuvo a un lado de la carretera para consultar el mapa que afortunadamente llevaba consigo. Debía volver atrás para tomar la carretera de la costa o elegir otra que la llevaría campo a través. Convencida de que sería más rápida, optó por ésta última.

Había realizado medio trayecto cuando se dio cuenta con asombro de que la carretera pasaba junto al otro lado del círculo de piedras al que Remy la llevó el primer día que salieron juntos. Allí estaban, a sólo unos metros, con sus oscuras formas alzándose hacia el cielo.

Conmocionada, detuvo el coche y permaneció un momento sentada, aferrando el volante con fuerza mientras trataba de calmar su respiración, repentinamente agitada.

Lo lógico, lo racional, habría sido volver a poner el coche en marcha y alejarse de allí cuanto antes sin mirar atrás. ¿Pero acaso seguía sin atreverse a enfrentarse a sus recuerdos? ¿Se preguntaría siempre si lo único que había hecho había sido huir de ellos?

Sólo había una manera de averiguarlo, pensó mientras se soltaba el cinturón. «Si puedo soportar esto, sabré que puedo soportar

cualquier cosa».

Avanzó hacia el círculo de piedras sin prisas, diciéndose a cada paso que siempre podía volverse atrás, aun sabiendo que no iba a hacerlo.

Entró en el círculo y se situó en medio de las piedras, con el rostro alzado hacia el sol. «Vino y fresas», pensó. Besos y caricias que hicieron aflorar su alma y que despertaron su cuerpo a la dulce vulnerabilidad de la pasión…

«Oh, no», pensó, respirando casi dolorosamente. No había olvidado nada. ¿Cómo iba a ignorar la época en que su vida cambió para siempre? ¿Cómo iba a pretender que nunca sucedió?

¿Y cómo iba a seguir imaginando que seguía sola allí?, se preguntó al sentir que los latidos de su corazón se volvían más y más intensos. ¿Que sus instintos se equivocaban y que no había surgido una alta figura del refugio de las rocas que había tras ella?

Se volvió lentamente y vio a Remy ante ella. Parecía tallado en granito, con los pómulos y la barbilla firmemente delineados. Vestía unos pantalones caqui y una camisa negra, abierta en el cuello. Estaba más delgado y parecía un siglo mayor. Cuando lo había visto en Ignac al llegar no se había fijado en aquel detalle porque Remy sonreía mientras trataba de convencer a la anciana señora Teglas para que saliera de la carretera. Pero en aquellos momentos no sonreía.

Allie trató de hablar, de decir su nombre, de decir algo, pero su voz no quiso obedecerla. Lo único que pudo hacer fue esperar a que él tomara la iniciativa.

—Me habían dicho que habías vuelto —dijo Remy finalmente en tono inexpresivo—. Pero no podía creérmelo.

Allie irguió los hombros, a la defensiva.

—Está claro que las malas noticias viajan rápido. Pero yo tampoco sabía que estuvieras de regreso en Bretaña. Tenía entendido que seguías en Sudamérica.

—O no habrías venido, ¿no? —replicó Remy con aspereza.

—No. No habría venido.

Se produjo un nuevo silencio.

—También me he enterado de que eres viuda —Remy dijo aquello casi a la fuerza—. Una viuda rica… con un hijo. De manera que finalmente conseguiste llegar a entenderte con el marido al que decías no amar, ¿no? Pero dime algo, ¿estaba al tanto de lo nuestro?

—Sí —contestó Allie con la boca seca—. Lo sabía —«lo sabía pero nunca lo reconoció, nunca admitió la verdad», añadió para sí.

—Y aceptó tu traición, por supuesto. Te acogió de nuevo en su rica y cómoda vida como si no hubiera pasado nada.

Allie se encogió de hombros.

—¿Y por qué no? La vida consiste en una serie de compromisos, como tú también habrás descubierto —añadió, sin poder evitar pensar en Solange Geran. Remy dio un paso hacia ella.

—¿Qué estás haciendo aquí, Alys?

—Recibí una carta de mi tía que hizo que me preocupara por ella. Pero supongo que tú lo comprenderás mejor que nadie, ya que eres su médico. Quiero mucho a tía Madelon y no querría perderla.

—¿Y crees que eso es posible? —preguntó Remy, casi con curiosidad.

—No sé. Aunque me pidió que viniera, parece reacia a hablar conmigo de la situación.

—No es de extrañar, dadas las circunstancias.

Allie se mordió el labio.

—¿Podrías explicarme qué le pasa?

—Me temo que eso es imposible —replicó Remy con dureza—. Dale tiempo y ella misma se ocupara de contarte lo que necesites saber.

—¿Y eso es todo lo que tienes que decir?

—Sobre ese tema, sí. Tu tía no quiere que ni yo ni nadie hable por ella —tras una pausa, Remy añadió—: Pero si estás tan ansiosa por su estado de salud, ¿por qué no estás con ella en Les Sables en lugar de aquí? —preguntó a la vez que avanzaba otro paso—. ¿Has venido a contar las piedras, tal vez? ¿A comprobar si se ha añadido una nueva... para ti?

Allie se mordió el labio.

—Tía Madelon me ha animado a salir a dar una vuelta, pero al regresar me he equivocado de camino y de pronto me he encontrado aquí. Eso es todo.

—¿En serio? —Remy la miró burlonamente—. Yo tengo otra teoría. Creo que, como yo, te has sentido atraída hacia este lugar porque eres incapaz de mantenerte alejada de él.

—Eso es absurdo.

—¿Lo es? En ese caso, ¿por qué he estado siempre tan seguro de que, si esperaba lo suficiente, algún día te encontraría aquí? —la sonrisa de Remy fue como una cicatriz—. Es casi... divertido, ¿*n'est pas*?

Allie apartó la mirada.

—Me temo que he perdido el sentido del humor. Y, sea cual sea el motivo por el que tú estás aquí, te aseguro que en mi caso sólo se

debe a la casualidad.

—Podrías haber pasado de largo, pero no lo has hecho.

—He seguido un impulso, nada más. Y ahora me arrepiento de haberlo hecho.

—Por fin la verdad —murmuró Remy—. O lo más cercano a la verdad que puedo esperar de ti. Pero te aseguro que cuando termine contigo tendrás verdaderos motivos para arrepentirte.

Allie se sintió de pronto como si las piedras la estuvieran cercando.

—No, por favor...

—Pareces nerviosa, *ma belle* —Remy dio un nuevo paso hacia ella y se detuvo a escasos centímetros—. ¿Pero qué podría hacerte que no te haya hecho ya muchas veces antes? De hecho, recuerdo que solías pedirme más —añadió con mordaz insolencia.

«Tengo que salir de aquí. Tengo que irme...».

Allie dio un paso atrás, pero encontró su retirada bloqueada por una de las monumentales piedras. Al notar que las piernas le temblaban tuvo que apoyarse contra ella para no caer.

—Las cosas no fueron así —murmuró con voz desigual—. Haces que suene... burdo. Y cruel.

—Mis disculpas, *madame* —replicó Remy, burlón—. El adulterio es tan... espiritual, ¿verdad? *Et si gentil* —apoyó las manos en la roca, a ambos lados de Allie—. Dame un motivo por el que no debería tratarte como la fulana que eres.

—Lo sucedido entre nosotros pertenece al pasado, Remy —dijo ella, desesperada—. Así debe ser. Ambos tenemos... vidas diferentes ahora. Y creo que ya he sido lo suficientemente castigada por lo que pasó.

—Que hipócrita eres... —dijo Remy antes de inclinar la cabeza para besarla sin ninguna delicadeza, casi brutalmente.

¿Pero qué otra cosa podía esperar?, preguntó una vocecita en la cabeza de Allie. Había dos años de rabia y amargura acumulados en aquel beso, y una infinidad de soledad y culpa en su propia rendición a él.

Remy quería vengarse, y ella lo sabía.

Sin embargo, el deseo se apoderó de ella al instante. El apaciguamiento de un vacío que iba más allá de su ser físico. Lo rodeó con los brazos por el cuello y lo atrajo hacia sí mientras abría los labios para él. Remy introdujo una mano bajo su blusa para acariciarle los pechos desnudos, que parecieron revivir con el recuerdo de la dulzura perdida.

Al sentir la presión de su erección contra los muslos, gimió

mientras el cielo, la tierra y las rocas parecían ponerse a girar a su alrededor.

Alzó una rodilla doblada para rodearlo por la cadera y atraerlo hacia sí. Deseaba tanto sentirlo dentro, que todo lo demás daba igual. Necesitaba volver a sentirse completa gracias al único hombre al que amaría siempre.

Pero antes quería escucharle decir que él también la amaba...

De pronto se hizo consciente de que no habían hablado de amor. Remy había hablado de sexo, de saciedad, y la había llamado fulana...

«Me desprecio por desearte». Aquellas terribles palabras de despedida de Remy no habían dejado de perseguirla durante aquellos años. ¿Cómo iba a haberlas olvidado?

Porque las había dicho en serio, y todo indicaba que aún seguía pensando lo mismo.

Y si dejaba que la tomara así, sin ternura y respeto, ella también acabaría despreciándose a sí misma.

Ya había estado a punto de dejarse destruir por la vergüenza, pero no podía permitir que volviera a suceder. No cuando Tom la necesitaba.

Apartó sus labios de los de Remy y empezó a golpearle el pecho con los puños mientras no dejaba de repetir una y otra vez «no».

Él la sujetó por las muñecas.

—*Tais toi*. Tranquilízate. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Todo ha acabado... eso es lo que pasa —dijo Allie con voz ronca—. Y ahora haz el favor de soltarme.

Al ver que Remy no hacía caso, Allie dio un tirón para librarse de sus manos y luego se apartó de él antes de dejarse caer en la hierba, donde se abrazó a sí misma mientras trataba de recuperar el aliento.

Cuando se animó a mirarlo de nuevo, vio que también se había sentado en la hierba a unos pasos de ella.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—¿De verdad necesitas preguntármelo? —Allie se apartó el pelo de la frente a la vez que le lanzaba una mirada iracunda—. No pienso volver a pagar por más malditos errores... ¿me oyes? En esta ocasión soy yo la que se va. Y definitivamente.

—Hace un momento no dabas precisamente la impresión de querer irte.

Allie se encogió de hombros.

—Me has pillado desprevenida. Y siempre fuiste increíble en la cama —añadió con deliberada indiferencia—. He sentido una

momentánea tentación, pero ya ha pasado.

—Ahora eres tú la que está siendo burda —dijo Remy con frialdad.

—Lo siento, pero no te preocupes, porque no voy a inquietarte más con mis groserías —Allie alzó la barbilla con gesto desafiante—. Creo que por fin he aprendido la lección. Bretaña es un auténtico veneno para mí y pienso volver a Inglaterra lo antes posible. Y pienso persuadir a tía Madelon para que me acompañe.

Remy no ocultó su sorpresa al escuchar aquello.

—¿Y crees que lo hará?

—¿Por qué no? Conmigo estará mejor. Me aseguraré de que tenga todo lo que necesite.

—Por supuesto —dijo Remy a la vez que asentía—.Tu dinero. La gran panacea que sirve para resolver todos los problemas, para sanar todas las heridas. Pero mi familia tampoco es precisamente indigente.

—Estoy segura de ello —replicó Allie. «A fin de cuentas, Solange es una chica práctica buscando mejorar su vida. Me pregunto si te habría deseado sólo por tus ojos y tu sonrisa... o incluso por tu habilidad como amante. Lo dudo...», pensó, pero enseguida se dio un zarandeo mental y siguió hablando—. Pero eso da igual. A partir de ahora, y hasta que me vaya, haré lo posible para mantenerme alejada de tu camino. Y te agradecería que tú hicieras lo mismo.

—¿De verdad crees que las cosas son tan sencillas? Olvida lo que acaba de pasar. Ha sido... un error.

Allie se preguntó si Remy habría recordado de pronto a Solange y sus nuevas obligaciones, y sintió que algo se helaba en su interior.

—Pero aún hay cosas que decir —añadió Remy.

—Tal vez, pero no tenemos que decirlas nosotros. Hace tiempo que pasó el momento de hacerlo. Yo tengo una idea mejor. ¿Por qué no dejamos todo atrás definitivamente?

Se produjo un largo silencio que Remy rompió cortésmente.

—De acuerdo... si es lo que quieres. Pero espero que no estés sugiriendo que nos separemos como amigos.

—No. Eso no sería apropiado. Nos limitaremos a ir cada uno a su coche —dijo Allie a la vez que se levantaba—. ¿O has venido a caballo? —preguntó con repentina e involuntaria curiosidad a la vez que miraba a su alrededor—. Aunque no veo a Roland por aquí.

—Roland está con un nuevo dueño en Auvergne —dijo Remy con aspereza—. Yo tampoco tenía planes de regresar.

—Pero adorabas a tu caballo... —la voz de Allie se apagó cuando se dio cuenta de lo que estaba diciendo.

—No te preocupes por eso. Te aseguro que he sobrevivido a mayores pérdidas, e incluso esos recuerdos desaparecen con el tiempo —Remy dio un paso atrás e hizo una irónica inclinación—. Que le vaya bien, *madame. Adieu*.

Allie salió del círculo de piedras tratando de aparentar una calma que no sentía, consciente de la mirada de Remy.

Mientras se alejaba se dijo que había hecho lo correcto para todo el mundo… y trató desesperadamente de creérselo.

Capítulo 10

PARA cuando llegó a Les Sables, Allie había recuperado en parte su autocontrol y trató de mostrarse como alguien que acabara de disfrutar de una agradable tarde de paseo.

Tras cenar y acostar a Tom, bajó al cuarto de estar, donde Madelon tejía plácidamente un jersey azul para el niño.

—¿Ya se ha dormido? —preguntó.

—Sí, pero al principio no quería acostarse —Allie se sentó junto a su tía y respiró profundamente, preparándose para otra batalla—. Esta tarde he tenido la oportunidad de pensar tranquilamente. Pronto tendré que volver a Inglaterra y... me gustaría que vinieras conmigo.

Madelon dejó de tejer al instante.

—¿Ir a Inglaterra? —preguntó, tan conmocionada como si acabaran de sugerirle ir a practicar nudismo en el Polo Norte.

—Tampoco es una sugerencia tan extravagante, tía. No quieres contarme lo que te pasa, pero tu carta implicaba que era algo serio, y creo que deberíamos buscar una segunda opinión médica antes de que sea demasiado tarde.

Madelon miró a su sobrina nieta con expresión casi embelesada.

—Sigue, cariño.

Allie asintió.

—Aunque esta casa sea maravillosa y te encante vivir en ella, está demasiado aislada, incluso aunque cuentes con la ayuda de la señora Drouac.

—Es cierto —dijo Madelon—, Es una elemento... a tener en cuenta.

Allie asintió, sorprendida por la reacción de su tía.

—Hay una casita de campo junto al Hall que Hugo hizo renovar justo antes del accidente. Todo está en la primera planta y no tiene escaleras. Podría ser... perfecto.

—Puede que algunos no aceptaran una invasión bretona de su propiedad —dijo Madelon con sonriente ironía.

—La propiedad pertenece a Tom. Grace es sólo su fiduciaria y yo puedo ocuparme de ella.

—Suenas muy valiente, *ma chére*.

Allie se obligó a sonreír.

—Tenía que espabilar en algún momento. ¿Qué te parece la idea?

—Es una buena idea, pero no tengo ningún deseo de volver a

vivir en Inglaterra.

—Pero así podría cuidarte. Seguro que habrá algún tratamiento…

Madelon suspiró.

—No estoy mala, cariño. Simplemente ya no soy joven.

—Pero en tu carta…

—Te decía que éste iba a ser mi último verano en Les Sables, y es cierto —Madelon tomó una mano de Allie entre las suyas—. En otoño, pienso trasladarme a… otro lugar.

—Pero yo pensaba…

—¿Que me estaba muriendo? *Au contraire, chérie*. Tengo muchos motivos por los que vivir, incluso a mi avanzada edad.

—¿Me… engañaste? —preguntó Allie, aturdida.

—Más que un engaño fue una pequeña ambigüedad —dijo su tía con calma—. Porque, egoístamente, quise verte a ti y al pequeño antes de que pasara más tiempo. Y para eso necesitaba tener un buen motivo. Uno que creyeras y con el que lograras vencer las objeciones de tu suegra y de tu madre. ¿No fue así?

—Oh, sí —asintió Allie, aún desconcertada—. Desde luego, funcionó.

—En ese caso, ¿qué mal ha hecho mi pequeña ambigüedad?

«¡Dios mío», pensó Allie. «Si tú supieras…».

—¿Y me perdonas? —añadió Madelon con cierta ansiedad.

—Por supuesto —dijo Allie de inmediato—. ¿Y qué voy a decir cuando vuelva? ¿Que en cuanto me viste te recuperaste?

Madelon la miró con gesto interrogante.

—¿Tienes que volver, pequeña?

Allie bajó la mirada.

—Sí. A fin de cuentas, Marchington es el hogar de Tom. No puedo mantenerlo alejado de ella demasiado tiempo.

—Pero también tiene sangre bretona. Esa parte de su herencia también es importante.

«Pero nunca podré hablarle de ella», pensó Allie. Pero se obligó a alzar la mirada y a sonreír.

—Aún no me has dicho dónde piensas irte a vivir.

—Aún no he tomado una decisión —dijo Madelon mientras reprimía un bostezo—. No hay necesidad de precipitar las cosas.

Tampoco había necesidad de que ella siguiera allí, pensó Allie aquella noche tras acostarse. Pero sabía que su tía se llevaría una gran decepción si se iba antes del fin de semana. Y ella sabía que no podría volver allí nunca con Tom. El riesgo sería demasiado grande.

Finalmente decidió quedarse, pero sin alejarse de la casa. Así no

correría el riesgo de volver a encontrarse con Remy. Ni con Solange, otro encuentro que quería evitar a toda costa.

«No debería haber vuelto nunca», pensó, desolada. Y aunque le alegraba haberse enterado de que la vida de su tía no corría peligro, no podía entender por qué no le había aclarado las cosas nada más llegar. De hecho, intuía que aún no le había contado todo.

Suspiró mientras pensaba en el futuro. Volver a Marchington Hall no resultaba atractivo, sobre todo teniendo en cuenta las inevitables batallas que le aguardaban con su suegra. Pero merecerían la pena si aseguraba la infancia feliz que Tom merecía. Tenía que creer al menos eso, porque, de lo contrario, no tenía nada a qué aferrarse, nada en qué creer.

—Voy a la peluquería en Ignac —anunció Madelon al día siguiente, durante el almuerzo—. ¿Quieres acompañarme, querida? ¿Tienes alguna compra que hacer?

Allie simuló pensar en la proposición.

—Si no te importa, creo que Tom estaría más contento jugando en el jardín —dijo con una repentina sonrisa—. Anoche se empeñó en que le metiera en la cuna todos sus nuevos animalitos de juguete.

Madelon también sonrió.

—Es un niño encantador, Alys, pero necesita la influencia de una figura masculina en su vida —dedicó una penetrante mirada a su sobrina—. Espero que el desastre con tu primer marido no te haya puesto en contra de la idea de volver a casarte.

Allie se encogió de hombros.

—Puede que algún día... Pero no me relaciono mucho, y además habría que ser un hombre muy valiente para pasar por encima de Grace y la barrera de espinas con que ha rodeado Marchington para atesorar el recuerdo de Hugo. Creo que la mayoría de los hombres preferirán una mujer más... accesible.

—Tal vez deberías atender primero la barrera de espinas que has alzado en torno a tu corazón, *ma chére* —dijo Madelon con delicadeza—. Puede que entonces todo lo demás caiga por su propio peso.

A continuación se fue, dejando a Allie boquiabierta.

Hacía una tarde maravillosa. Tumbada sobre una esterilla en el jardín, Allie contemplaba a su hijo, que jugaba totalmente concentrado con sus animales en la hierba, haciendo ruiditos como si los imitara.

Al notar que estaba un poco colorado por el sol, se irguió para sacar la crema protectora. Pero Tom estaba demasiado entretenido

jugando y no quiso estarse quieto mientras le aplicaba la crema.

—Si no te la pongo, te quemarás y luego llorarás —dijo Allie severamente mientras lo sujetaba.

De pronto, Tom se quedó muy quieto, con la atención centraba más allá de un hombro de Allie, y se llevó el dedo a la boca, como solía hacer cuando veía a un desconocido y le entraba la timidez.

«Un desconocido». Allie sintió un repentino cosquilleo en la espalda.

Incluso antes de volverse supo quién estaba allí.

No lo había oído acercarse. Simplemente había llegado, como solía hacer entonces, rodeando la casa sin anunciarse previamente.

Y allí estaba, de pie, a unos pasos de ella, con los puños cerrados mientras los contemplaba.

Conmocionada, Allie atrajo instintivamente a Tom hacia sí.

—¿Qué… qué haces aquí?

—Yo… he venido… porque… —la voz de Remy surgió ronca y apenas reconocible.

Tenía la mirada fija en Tom. Parecía alguien que acabara de volverse y verse por sorpresa en un espejo. Allie sintió que se le secaba la boca.

—Me gustaría que te fueras, Remy.

En aquel momento, el niño se escabulló de sus manos y corrió por la hierba hacia al alto y silencioso recién llegado. Agarró con una manila sus vaqueros para sujetarse y luego alzó la mirada hacia él, riendo.

Remy se inclinó, lo tomó en brazos, y cerró los ojos a la vez que apoyaba la mejilla contra su oscura cabeza.

Allie temblaba violentamente cuando alargó los brazos hacia él.

—Dámelo, Remy… por favor…

Se produjo una interminable pausa durante la que pudo escuchar el trueno de su propio corazón. Finalmente, Remy alzó la cabeza y, cuando la miró, Allie dio un paso atrás ante lo que vio en sus ojos.

—De manera que tengo un hijo —dijo con suavidad—. ¿Cuándo planeabas decírmelo?

Allie se sentía enferma de miedo y de otro montón de confusas emociones, pero logró alzar la barbilla con gesto desafiante.

—No pensaba hacerlo.

—Ah. Por fin un poco de sinceridad. Te felicito.

—Creí que no iba a volver a verte nunca… ¿recuerdas?

—No he olvidado nada. Y recuerdo en concreto que nos vimos ayer. ¿Por qué no me lo dijiste entonces? —añadió con aspereza.

Sobresaltado por su voz, Tom alzó la cabeza del hombro de su padre.

—Mamá… —gimoteó.

—Lo estamos asustando —Allie alargó una mano hacia él—. Dámelo, por favor.

—También está cansado —dijo Remy, cortante—. Pero tienes razón. No debería ser testigo de esto. Indícame dónde duerme.

Allie dudó un momento y luego se encaminó hacia la casa, reacia.

Remy la siguió por las escaleras hasta el dormitorio. Mientras él se ocupaba de acostar al niño, Allie se puso rápidamente la bata que tenía al pie de la cama. No podía permitirse estar en bañador ante él.

En cuanto Tom se quedó dormido, Remy se volvió y le hizo una seña para que volvieran a salir.

—¿Cómo se llama? —preguntó en cuanto estuvieron de nuevo en el jardín.

—Thomas —contestó Allie, nerviosa—. Thomas Marchington. Sir Thomas, siendo estrictamente precisos. Remy frunció el ceño.

—¿Heredó el título de tu marido?

—Sí. También la casa, las tierras y el dinero. Es… un niño muy rico.

—*Mon Dieu* —murmuró Remy, que permaneció un momento en silencio—. ¿Engañaste a tu marido y le permitiste creer que el hijo era suyo…?

—¡No! —negó Allie con vehemencia—. No lo engañé. Lo juro. Tienes que creerme.

—¿Y por qué iba a creer algo de lo que dijeras?

Allie tragó con esfuerzo.

—No tienes motivos para creerme, y lo sé. Pero Hugo… no podía tener hijos. Sufrió un accidente. El sabía la verdad, pero como quería un heredero, jamás quiso admitirlo. En lugar de ello se dedicó a decir que era culpa mía, que no sabía cómo comportarme en la cama, cómo obrar el milagro que por fin le permitiera dejarme embarazada. Pero era imposible… y me odiaba por ello —Allie se pasó la lengua por los resecos labios—. Llegué a sentirme desesperada… ignorada de día y teniendo que enfrentarme por las noches a su rabia y frustración, a sus insultos… y tuve que huir…

—Y entonces viniste aquí y me encontraste —la breve y seca risa de Remy fue como un latigazo—. Un semental dispuesto a resolver tu pequeño problema de linaje.

—¡Nooo! —negó Allie, angustiada—. No fue así… ¡Jamás fue

así!

—Mantuvimos sexo sin protección porque me dijiste que no había problema, Alys. Eso fue otra mentira.

Allie miró a Remy con expresión incrédula.

—¿Quieres decir que... que sólo me estabas preguntando si estaba tomando la píldora? —apoyó las manos sobre sus ardientes mejillas—. No... no comprendí. Pensé estúpidamente que me estabas preguntando si me hacías daño... si quería que siguieras...

—Un error muy conveniente para alguien que necesitaba tan urgentemente tener un bebé.

—Tal vez... si yo hubiera estado pensando con claridad. Pero no era el caso. Estaba... viviendo un sueño.

—¿Qué es eso? —preguntó Remy con aspereza—. ¿Otra excusa?

—Ya ni siquiera lo sé... Pero eso era lo que sentía entonces sintiéndome feliz y amada. Te quería tanto, que pensaba que iba a morir de júbilo. Y me sentía segura... lejos de mi espantosa realidad, de Hugo y su madre, de todo lo que me esperaba en Inglaterra... —bajó la mirada, avergonzada—. Sabía que debía decirte que estaba casada, pero hacerlo me habría obligado a enfrentarme de nuevo a la realidad. Y... no quería que mi sueño terminara. Era demasiado maravilloso. Lo único que brillaba en el lodazal que había hecho de mi vida, y me aterrorizaba perderlo... perderte —su risa se quebró a medio camino—. Y te perdí de todos modos. Pero al menos tenía los recuerdos, todo lo que me dijiste, todo lo que hiciste. O al menos eso fue lo que me dije... hasta que supe que iba a tener un bebé...

—Y seguiste sin decirme nada.

—Quise hacerlo... —Allie estuvo a punto de decirle que habló con su padre, ¿pero de qué habría servido ya?—. Pero estabas a miles de kilómetros, alejado de mi vida para siempre... o eso creía. Tuve que asumir toda la responsabilidad de nuestro hijo, y ello incluía ser sincera con Hugo. Le dije que estaba embarazada, convencida de que me echaría de su lado, que se divorciaría de mí. Pero en lugar de ello, simuló incluso ante sí mismo que el hijo era suyo. Que por fin había cumplido con mi deber para con la familia. Y con él. Que todo era perfecto.

—¿Y tú lo permitiste? —preguntó Remy, incrédulo—. ¿Le seguiste la corriente?

—Tenía una opción. Luchar por salir adelante sola, o que mi hijo fuera criado con todas las ventajas materiales y la certeza de que tendría su seguridad garantizada para toda la vida —Allie miró a Remy con gesto suplicante—. Tom era todo lo que tenía... y quería lo mejor para él. En aquel momento me parecía lo correcto.

—¿Lo correcto? —espetó Remy—. ¿Dejarle vivir una mentira? ¿O acaso planeabas decirle algún día que tenía un padre de verdad?

—Lo cierto es que no lo sé —Allie movió la cabeza—. Supongo que lo decidiré cuando llegue el momento.

—El momento ya ha llegado, Alys.

—¿Qué quieres decir? Tom aún es muy pequeño y no comprendería.

—Eres tú la que debe comprender —el gélido tono de Remy heló la sangre en las venas de Allie—. Thomas es mi hijo, y lo quiero. Su dinero y sus propiedades en Inglaterra se pueden ir al diablo. Porque las mentiras se han terminado. Nuestro hijo va a quedarse aquí, conmigo. Donde pertenece.

Allie permaneció un momento en silencio, anonadada.

—No, Remy. No lo dices en serio. No puedes...

—¿Y quién va a impedírmelo?

—Yo. Y Lady Marchington. ¿De verdad crees que dejará ir a su nieto? Luchará hasta el fin por impedirlo, y se puede permitir los mejores abogados y el tiempo que haga falta.

Remy miró a Allie con expresión desdeñosa.

—Si crees que no puedo igualarla, te equivocas, Alys. Mi madre fue hija única y mi abuelo era muy rico. Yo he heredado su dinero. Trabajo sólo porque quiero hacerlo, no porque lo necesite. Además, el caso nunca llegaría a los juzgados. Una simple prueba de DNA demostraría mi paternidad. Además, seguro que tu suegra no quiere que se airee la verdad.

—Pero ¿y tú? Admito que no tenía intención de que te enteraras de la verdad, porque temía lo que pudieras hacer... Pero tampoco veía qué bien podía aportarte conocer la verdad. ¿Qué pensaría la gente? Piensa, Remy. ¿Cómo reaccionaría tu familia, tus pacientes, si se enteraran de que tienes un hijo ilegítimo? Y a la mujer con la que tal vez te cases en el futuro, ¿qué le parecería? ¿Querría ocuparse del hijo de otra mujer? —Allie preguntó aquello sin poder evitar pensar en Solange. El instinto le decía que no aceptaría la noticia precisamente con agrado—. ¿No sería mejor dejar las cosas como están? No tardaré en marcharme. ¿Por qué no dejamos de hacernos daño y seguimos adelante con nuestras vidas?

—Te agradezco que te preocupes por mi reputación —dijo Remy con frialdad—, pero creo que el bienestar de mi hijo es mucho más importante que los cotilleos locales. Y, de momento, no tengo esposa.

Allie dio un paso hacia él.

—Si me quitas a Tom, no me quedará nada en el mundo.

—Así sabrás lo que se siente —dijo Remy en tono sombrío—. Así sabrás lo que sentí estando en la selva, tumbado despierto por las noches, sin saber si volvería a ver otro amanecer, y comprendiendo que me daba igual. Porque a mí tampoco me había quedado nada. Tú te lo llevaste todo. Y cuando regresé me enteré de que habías llevado la semilla de otro hombre en tu interior. Pensé que eso era malo, pero ahora que sé la verdad, te aseguro que es mucho peor. De manera que, en esta ocasión, voy a ser yo quien te deje sin nada.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me arrodille y te ruegue?

—¿Y después de eso, qué? —preguntó Remy con las cejas alzadas—. ¿Me ofrecerás tu cuerpo, tal vez? Después de todo, no sería la primera vez que te entregas a mí en este jardín. Puede que incluso fuera aquí donde procreamos a Thomas. ¿No te parece irónico? —al ver que Allie se ruborizaba, sonrió burlonamente—. ¿Qué me dices, *ma belle*?

—¿Es... eso lo que quieres?

Remy se encogió de hombros.

—Podría sentirme tentado.

Automáticamente, Allie soltó el cinturón de su bata. Luego se la quitó y la dejó caer por sus hombros.

El silencio en torno a ellos se volvió repentinamente intenso... palpitante.

Allie soltó el sujetador de su bikini y se lo quitó.

Pensó que nunca había tenido que hacer aquello. Parte del placer siempre había consistido en que Remy la desvistiera mientras la acariciaba y besaba...

Pero en aquella ocasión no se atrevía ni a mirarlo.

Se quitó las braguitas torpemente y luego permaneció en pie, con los brazos a los lados, esperando.

Remy indicó con una mano la esterilla en que hacía un rato estaba tumbada Allie. Ella se acercó obedientemente y se sentó. Tuvo que hacer un esfuerzo por no acurrucarse en una bola, como le apetecía.

Vio que Remy sacaba su cartera del bolsillo y extraía un paquetito cuadrado de ella.

—Esta vez no tienes marido que utilizar como chivo expiatorio —dijo él, sin sonreír—, de manera que será mejor que antepongamos la seguridad a la pasión, ¿no crees?

¿Pasión? El aturdido cerebro de Allie repitió aquella palabra. ¿De eso se trataba?

Remy se arrodilló junto a ella. Deslizó una mano por su cuerpo, desde un hombro hasta la cima de uno de sus pechos y luego hacia

su vientre. Le hizo separar los muslos, y sus dedos indagaron con insolencia si estaba lista.

—Veo que, a pesar de todo, me deseas —dijo con un ligero tono de sorpresa—. *Alors*...

Ni siquiera intentó desvestirse. Se limitó a bajarse la cremallera de los vaqueros y, tras ponerse el preservativo, penetró a Allie sin preliminares, de un solo y profundo empujón.

Ella se dio cuenta de que ni siquiera la estaba mirando mientras se movía dentro de ella, y cerró los ojos para huir del dolor que le produjo darse cuenta de ello.

El breve encuentro se prolongó hasta que Remy alcanzó el clímax, casi con frialdad.

—*Merci* —dijo mientras se apartaba de ella—. Tu cuerpo sigue siendo una exquisita aventura. Resulta difícil creer que hayas dado a luz.

Allie se sentó lentamente, aturdida, y se cubrió con la bata. Apenas entendía lo que acababa de suceder entre ellos. Sólo sabía que su fuerza interior parecía haberse esfumado.

—Pero siento decirte que te has humillado en vano —continuó Remy—. Tu encantador consentimiento no va a hacer que cambien mis planes. Pienso quedarme con mi hijo.

A continuación se levantó y se volvió para irse, pero Allie lo sujetó por un brazo.

—Remy... por favor —dijo, sin ocultar su desesperación—. Si alguna vez me amaste...

El tomó su mano y la retiró de su brazo como si le diera asco.

—¿Y qué amor podría haber sobrevivido a lo que me hiciste? Contesta a eso si puedes —tras una pausa, añadió—: Mis abogados se pondrán en contacto contigo.

Allie permaneció en silencio, desolada, contemplando cómo se marchaba.

Consciente de que en aquella ocasión sería para siempre.

Capítulo 11

MIENTRAS se duchaba, Allie se preguntó si alguna vez volvería a sentirse amada. Remy la había tomado rápida y despreocupadamente, como para demostrarle que, aunque aún lo atrajera físicamente, ya no ejercía ningún influjo sobre sus emociones.

¿Pero qué esperaba? ¿De verdad había creído que ofreciéndose sexualmente a él podría cambiar algo, o suavizar su actitud hacia ella?

Lo único que había logrado con ello había sido que la despreciara aún más.

—Debería odiarlo —murmuró—. Tengo todos los motivos del mundo para ello. Pero no puedo... y sé que nunca lo odiaré.

Mientras se vestía trató de elaborar un plan para el futuro inmediato.

No podía contarle nada a su tía, por supuesto. Hacerlo la alteraría demasiado. Aunque si Remy llevaba adelante su amenaza de luchar por la custodia de Tom, no habría más remedio que decírselo.

Suspiró. Entretanto, todo debería parecer normal, como si acabara de pasar una agradable tarde jugando con Tom. Tras terminar de vestirse y comprobar que el niño seguía dormido, bajó al jardín a recoger la toalla y su bikini, que metió junto con la bata en la lavadora que se hallaba en una pequeña construcción adyacente a la casa. Después salió a por el sombrero de Tom, la loción protectora y sus juguetes de madera. Encontró la vaca y el pato rápidamente, pero no vio por ningún sitio el caballito rojo y blanco con que había estado jugando.

Probablemente estaría en la cuna, pensó mientras entraba en la cocina... donde se detuvo en seco, sobresaltada.

Solange Geran se hallaba en medio de la cocina, con los brazos cruzados y expresión huraña.

Allie la miró con cautela mientras dejaba las cosas en la mesa.

—Hola —saludó educadamente—. No te he oído llamar.

—Eso se debe a que no me he molestado en hacerlo —replicó Solange con dureza.

—La señora Colville no está en casa.

—No he venido a verla a ella —Solange dio un paso hacia Allie, que tuvo que hacer un esfuerzo para no dar un paso atrás—. Estaba segura de haberme cruzado ayer en coche contigo. ¿Qué crees que

estás haciendo? ¿Cómo te has atrevido a volver, sabiendo que no eres bienvenida?

—He venido a visitar a mi tía abuela.

—Supongo que no serás tan estúpida como para creer que puedes volver a arrojarte en brazos de Remy, ¿no? —dijo Solange en tono desdeñoso—. Porque estarías perdiendo el tiempo. Hace tiempo que terminó contigo.

Allie bajó la mirada hacia los juguetes.

—No... del todo, tal vez. Aún hay asuntos...

—¿Crees que Remy acepta con agrado ese nuevo lazo entre vosotros? —espetó Solange—. ¡Pues no es así!

Debía haber acudido directamente a ella, pensó Allie, aturdida. Se lo había contado todo. O no todo, tal vez...

—En ese caso... ¿por qué no lo olvida?

—Porque está muy unido a su abuelo... a pesar de que el viejo está empeñado en hacer el ridículo a su edad —Solange hizo un gesto desdeñoso—. Mi madre dice que es vergonzoso.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Allie, perpleja.

Solange se encogió de hombros.

—De la boda, naturalmente —de pronto abrió los ojos de par en par—. ¿No me digas que no lo sabes? Pero supongo que la señora Colville pensará que sería mejor para ambas familias que no asistieras —rió desagradablemente—. Y tiene razón, desde luego.

Allie sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas.

—¿Estás diciendo que tía Madelon se va a casar con el abuelo de Remy? ¡No puedo creerlo!

«Por eso me hizo venir», pensó. Para poder darle la noticia con calma. Pero por lo visto le había parecido más duro de lo que había pensado...

—¿Y a quién le importa lo que pienses? Todo irá mejor cuando vuelvas a Inglaterra y dejes de darnos problemas.

—¿Remy está en contra de ese matrimonio?

—Desde luego. ¿Cómo no iba a estarlo?

—Pero Madelon es su paciente —Allie movió la cabeza—. Pensaba... que se caían bien.

—Tienen una relación meramente profesional —Solange frunció los labios con desagrado—. Pero no le hace ninguna gracia que un pariente tuyo viva en Trehel. Al menos Remy vive en su propia casa y podremos mantener las distancias cuando llegue el momento.

—Estoy segura de que para mi tía también será un alivio... si es que llega a celebrarse la boda, por supuesto.

Solange entrecerró los ojos.

—¿Tratarás de impedirlo?

—En absoluto. Pero las cosas… suceden —«y hay una bomba de tiempo esperando a explotar en esa relación», pensó Allie, preguntándose con desconsuelo cuándo pensaría Remy hacer públicas sus intenciones. Miró a Solange—. No pienso quedarme aquí esperando a que se celebre la boda, si es eso lo que has venido a averiguar.

—También quiero asegurarme de que no vas a ponerte en contacto con Remy, que aceptas que no tienes ninguna esperanza con él.

—No, no tengo esperanzas. Y ahora querría que te fueras.

Solange la miró despectivamente y se dispuso a salir. Estaba a punto de hacerlo cuando se escuchó un adormecido llanto procedente de arriba. Miró a Allie con el ceño fruncido.

—¿Tienes un hijo? No lo sabía.

Allie alzó la barbilla.

—Tal vez se debe a que no es asunto tuyo. Y haz el favor de cerrar la puerta al salir.

En cuanto oyó que se alejaba el coche de Solange, subió corriendo arriba, donde encontró a Tom llorando desconsolado en su cuna. Lo alzó y lo abrazó cariñosamente.

—¿Has tenido una pesadilla, mi amor? —susurró—. Porque yo siento que estoy viviendo la peor posible. Pero no puedo permitirme llorar. Aún no. Ni siquiera puedo permitirme sentirme asustada.

Cuando Madelon regresó de la peluquería, Tom estaba sentado en su silla alta y Allie había logrado recuperar parte de su compostura.

—Muy elegante —dijo y, tras una pausa, se esforzó por sonreír burlonamente—. ¿Es así como piensas peinarte para la boda?

La expresión de consternación de Madelon fue casi cómica.

—¿Lo sabes? ¿Pero cómo…?

—He recibido la visita de una vieja amiga… la señorita Solange Geran.

—¡Esa meticona! —exclamó Madelon, indignada—. ¿Y a qué ha venido?

—A advertirme de que lo mejor que puedo hacer es irme.

—¡Qué insolencia!

—Evidentemente se considera con derecho a hacerlo. Quiere que me vaya y no vuelva nunca… Puede que yo sintiera lo mismo si estuviera en su lugar.

Madelon resopló con delicadeza.

—Puede que no haya tenido el éxito que esperaba con Remy.

Allie se tensó.

—Por lo que me dijiste, deduje que iban a casarse.

—Eso ha pretendido siempre Solange, desde luego. Y el padre de Remy alienta ese matrimonio porque quiere ver a su hijo asentado. Además, *ma chére*, Remy es joven y debe de sentirse muy solo en Trehel, en la casa que creó por amor.

—No... —la voz de Allie se quebró a la vez que se cubría el rostro con las manos—. No, por favor...

Madelon se acercó a ella de inmediato y la abrazó.

—Acude a él, cariño. Dile lo que sientes. ¿Qué tienes que perder?

—No... no puedo. Es demasiado tarde para eso...

—No debería haberte hecho venir —dijo Madelon con un suspiro—. Pero pensé... George y yo esperábamos... —se interrumpió, moviendo la cabeza—. Pero uno nunca debe entrometerse.

Allie trató de sonreír.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa y me cuentas cómo sucedió todo entre vosotros?

Madelon asintió.

—George y yo nos conocíamos desde pequeños. Dice que fui su primer amor... pero no el último, desde luego —añadió con una sonrisa—. Nos encontramos casualmente un día, tras la marcha de Remy, y charlamos un rato. La siguiente ocasión hablamos más rato, hasta que empezamos a quedar. Y así están las cosas —movió la cabeza—. Ninguno de los dos esperábamos algo así, y muchos piensan que ya somos demasiado mayores. Pero el amor siempre es bienvenido, y me siento feliz como jamás pensé que era posible. No obstante me disgusta que Solange haya venido aquí a estropear las cosas. Seguro que sabe que yo quería decírtelo personalmente.

—Ojalá lo hubieras hecho.

—Desde luego. Pero estaba esperando a encontrar el momento adecuado —Madelon suspiró—. No ha sido fácil... espero que lo comprendas. Ni para George ni para mí. El padre de Remy se tomó muy mal la marcha de éste.

Allie se mordió el labio inferior.

—No deberían responsabilizarte de mis pecados...

Tom eligió aquel momento para exigir a voces que lo bajaran de la silla a la vez que señalaba sus juguetes, que se hallaban en la mesa.

—Toma, cariño —Allie los dejó en el suelo—. Pero no sé qué has hecho con tu caballito rojo y blanco... a menos que te lo hayas

comido.

Resultó relajante ver jugar y reír al niño. Pero Allie no dejaba de pensar mientras sonreía y aplaudía.

No le iba a quedar más remedio que tratar de hablar con Remy. Debía hacerle ver que el matrimonio de Madelon con su abuelo merecía una oportunidad.

«Aunque me odie, quiere a su abuelo y desea su felicidad», se dijo. «Y debo hacerlo por el bien de mi tía».

Era tarde de mercado en Ignac y Allie avanzó como pudo entre la gente, empujando el cochecito del niño hacia el centro de salud.

Había calculado su llegada para que coincidiera con la salida de Remy, de manera que rodeó el edificio para acudir al aparcamiento que tenía detrás.

Remy apareció diez minutos después, con su maletín de visitas en la mano. Al ver a Allie junto a su coche, se detuvo en seco.

—¿Podemos hablar, Remy?

Remy miró de inmediato a Tom y frunció el ceño.

—¿Le sucede algo al niño?

—No. Está bien. Pero quería… pedirte algo.

—¿Y se te ha ocurrido venir aquí? ¿No habría sido mejor buscar un lugar más privado, donde tus poderes de persuasión tuvieran más… alcance?

Allie no se molestó en contestar.

—Ayer me enteré de que mi tía va a casarse con tu abuelo.

Remy se encogió de hombros.

—Eso parece. ¿Y qué?

—Es una época de felicidad para ellos. No querría que nada estropeara eso.

—Ah. Empiezo a comprender. Pretendes apelar a mi lado sentimental, ¿no? Pero no tienes nada que hacer.

Remy pasó junto a Allie y abrió su coche con el control remoto.

—Escucha, Remy, por favor. Tu abuelo y mi tía se han reencontrado y quieren pasar juntos el tiempo que les queda.

—¿Y?

—Si llevas a juicio el asunto de la custodia de Tom, se verán obligados a tomar partido, lo que podría arruinar su futuro juntos —Allie dio un paso hacia él—. ¿No te basta con castigarme a mí? ¿Tienen que sufrir ellos por mi causa? Piensa en lo que vas a hacer antes de que sea demasiado tarde, por favor.

Remy rió con aspereza.

—¿Desde cuándo te preocupas tanto por los sentimientos de los demás?

—¿Y desde cuándo te preocupas tú tan poco? Si dejas que me quede con Tom, juro que podrás verlo tan a menudo como sea posible. Cuando mi tía y tu abuelo estén casados, a nadie le extrañará que visite Trehel.

—¿Visitas ocasionales? —preguntó Remy burlonamente—. ¿Más simulación? No creo. Pero el asunto no tiene por qué ir a juicio. Si quieres puedes concederme voluntariamente la custodia, sin necesidad de publicidad. Puede que incluso te permita visitarlo en ocasiones... si recibo suficiente estímulo —añadió en tono insinuante.

—Jamás pensé que pudieras ser tan cruel —dijo Allie con amargura.

—Todo lo que sé lo he aprendido de ti, querida —Remy miró su reloj—. Debo irme. Avísame si quieres negociar —dijo antes de inclinarse a besar a Tom en la cabeza—. Cuando tengas un rato, enséñale a decir «papá» —añadió burlonamente—. Hasta pronto, Alys.

Allie aferró con fuerza el manillar del cochecito mientras veía cómo se alejaba en su coche.

Su visita había sido inútil. De hecho, probablemente había empeorado las cosas.

Se encaminó de nuevo hacia donde había aparcado su coche, tan sumida en sus infelices pensamientos, que no se fijó en la figura que se hallaba a escasos metros de ella, semioculta en un portal. Ni notó que la mirada de Solange Geran la seguía como una oscura y maligna sombra.

—¿De verdad piensas volver a Inglaterra el fin de semana? —preguntó Madelon con tristeza—. ¿No puedes quedarte un poco más? A Tom le encanta estar aquí. No para de reír y jugar y ha perdido toda su timidez.

—Es cierto que parece cambiado —admitió Allie—. Pero ya tengo las reservas hechas. Además, siento que mi presencia aquí es muy embarazosa.

—Pero aún hay muchas cosas que resolver —protestó su tía—. ¿Cómo vas a irte sintiendo lo que sientes por Remy y sin decírselo?

—Porque es algo que él no quiere escuchar. Han pasado demasiadas cosas que no puede perdonarme.

—Pero le has dado un hijo —dijo Madelon, y, al ver la expresión consternada de Allie, añadió—: Hablemos claro y olvidemos el mito de que Tom es un Marchington. Sólo hay que mirarlo para saber la

verdad. Y Remy tiene derecho a saberlo.

Allie inclinó la cabeza.

—Ya lo sabe. Se presentó aquí inesperadamente hace unos días y vio a Tom.

Madelon se llevó una mano a la boca, consternada.

—¿Remy vino aquí? ¿Pero por qué?

—No lo sé. Simplemente se presentó.

—¡Dios mío! ¿Y no me dijiste nada?

—No sabía cómo decírtelo. Fue… una pesadilla. Ahora me odia más que nunca por haberle ocultado la existencia del bebé. De hecho, está tan enfadado, que me ha amenazado con quitarme a Tom y solicitar su custodia.

—¡Ni hablar! —exclamó Madelon con firmeza—. No puedo creerlo. ¿Cómo va a separar al niño de su madre? Remy jamás haría algo así.

Allie sonrió con amargura.

—Tal vez piense que no estoy preparada para ocuparme adecuadamente de Tom —suspiró—. Remy ha cambiado… y me temo que ha sido por mi culpa.

—Su corazón no ha cambiado. Eso es imposible —dijo Madelon con delicadeza—. Remy tiene el temperamento de los Brizat, ardiente como una tormenta de verano, pero que pasa enseguida. Cuando se recupere de la conmoción que ha supuesto para él descubrir que tiene un hijo, será más fácil razonar con él.

Allie se encogió de hombros.

—En cualquier caso, estoy esperando tener noticias de su abogado en cualquier momento, pero no sé exactamente cuándo —se mordió el labio—. He pensado que si no estaba por aquí, si volvía a Inglaterra, tal vez se le pasaría el enfado antes. Y también tengo que contarle lo sucedido a Grace. No sé cómo reaccionará…

—No creo que vaya a llevarse ninguna sorpresa. Supongo que ya sabía que la verdad iba a salir a la luz cualquier día.

—No. Estaba tan empeñada en que Hugo tuviera un hijo, que ha llegado a creerse de verdad la farsa. Y es capaz de hacer cualquier cosa por seguir manteniéndola —Allie suspiró y bajó la mirada—. ¡Cielo santo! Cómo lo he liado todo…

Madelon le palmeó la mano.

—No ha sido sólo culpa tuya, cariño. Tu matrimonio fue un desastre, y si tu padre hubiera estado vivo, jamás habría permitido que se celebrara la boda. Pero tu madre sólo era capaz de ver el título, el dinero y las posesiones de los Marchington.

—Debí enfrentarme a la situación cuando supe que estaba

embarazada —dijo Allie—. Pero en lugar de ello me dejé llevar por esta... locura. Debí irme entonces para seguir adelante con mi vida.

—Tal vez. Pero las cosas no son tan fáciles cuando se tiene un hijo. Creo que el instinto de las mujeres es proteger, hacer lo necesario por el bienestar de su bebé, aunque ello suponga un sacrificio.

Tom se acercó a ellas en aquel momento con un puñado de hierba y unos guijarros. Allie y su tía los admiraron convenientemente y fueron recompensadas con una sonrisa.

Allie sintió que su corazón encogía mientras Tom volvía a concentrarse en sus juegos.

«He perdido al único hombre al que he amado», pensó. «¿Qué haré si pierdo también a mi bebé? ¿Cómo voy a seguir viviendo si no tengo nada?».

Y rogó para no tener que averiguarlo nunca.

Capítulo 12

DOS DÍAS después Allie seguía sin noticias de Remy ni de su abogado. Pero no había nada como tener que ocuparse de un pequeño como Tom para olvidarse de los problemas, pensó después de que su hijo se quedara finalmente dormido tras una larga y agotadora sesión de juegos y lectura de cuentos.

Se levantó tras dejarlo dormido en un rincón del sofá y fue a prepararse un café. Estaba esperando a que hirviera el agua cuando sonó el teléfono y tuvo que ir a contestar.

—¿Diga?

—¿Alice? ¿Eres tú?

Allie se quedó momentáneamente paralizada al reconocer la voz de su suegra.

—Grace… qué sorpresa. ¿Sucede algo?

—Sí. Quiero que traigas de vuelta a mi nieto a su casa de inmediato.

—Me temo que no voy a volver hasta el fin de semana, como estaba acordado.

—Puedes reservar un billete para mañana mismo, y quiero que lo hagas.

Allie respiró profundamente.

—Pareces haber olvidado que he venido a pasar unos días con mi tía.

—Sí, claro —dijo Grace en tono sarcástico—. La famosa mujer enferma que en realidad no tiene nada. Más bien al contrario, según me han dicho. Supongo que organizasteis el plan entre las dos para alejar a Thomas de mi lado, ¿no? Pero no os ha funcionado. Vas a traer al niño de vuelta de inmediato, Alice. Y después me plantearé cuidadosamente cuál va a ser tu futura situación en esta casa. El lugar del niño está aquí, junto a mí.

Allie se tensó. Por fin habían alcanzado el punto sin retorno.

—No —dijo con suavidad—. Eso no es así, y lo sabes. Y debo advertirte que su verdadero padre también lo sabe y que piensa luchar por obtener su custodia.

—Querida Alicia —dijo Grace en tono casi divertido tras un silencio—, o has bebido más de la cuenta o sufres de insolación. El padre de Thomas era mi querido Hugo, y ahí acaba el asunto.

—No. El asunto sólo está empezando, y ya basta de fingir. Remy quiere recuperar a su hijo y hará lo que sea por conseguirlo.

—¿Remy? Supongo que te refieres al joven francés que se

presentó aquí una mañana exigiendo verte después de tu último viaje a Bretaña. Creo recordar que pretendía que lo acompañaras a Brasil… aunque no le presté demasiada atención.

—¿Remy fue a Marchington Hall? —Allie se sintió por un momento como si su corazón hubiera dejado de latir—. ¿Y no le permitiste hablar conmigo?

—Naturalmente. Eras la esposa de mi hijo. Le dije que no estabas, que se lo habías confesado todo a Hugo, que éste te había perdonado y que os habíais ido de viaje unos días a pasar una segunda luna de miel para olvidarlo todo. Incluso le sugerí que no era la primera vez que te… apartabas del buen camino, pero que en el fondo no estabas dispuesta a poner en peligro tu estilo de vida en Inglaterra, que siempre sabrías dónde te convenía estar —Grace rió brevemente—. El joven pareció entender a qué me refería y se fue sin más protestas.

—¡Cielo santo! —murmuró Allie, conmocionada—. ¿Remy vino a por mí… y le dijiste todo eso?

—Habría hecho cualquier cosa por evitar que el nombre de mi familia quedara manchado por una fulana como tú. Y veo que no has cambiado, porque ahora estás utilizando a mi nieto en un patético intento por recuperar a tu antiguo amante. Sé que estás utilizando toda clase de trucos para conseguirlo… como dijo ella.

—¿Ella? —repitió Allie—. ¿De qué estás hablando? ¿Quién es ella?

—Recibí una llamada histérica de una tal señorita Geran. Al parecer, en una ocasión leyó un artículo sobre tu boda con Hugo y recordó nuestro nombre…

—¿Solange? —dijo Allie, que estaba teniendo dificultades para respirar—. No puedo creerlo…

—Supongo que debería estarle agradecida —continuó Grace—. Dijo que te estabas dedicando a perseguir a ese hombre a pesar de que ella estaba a punto de comprometerse con él. Me dijo que os había visto juntos y que estaba convencida de que pretendías hacerle creer que Thomas era suyo. Piensa que hay que detenerte… y yo tiendo a estar de acuerdo con ella.

—No puedo hablar de la relación de Solange con Remy, pero no existe la posibilidad de que yo me reconcilie con él. Más bien al contrario. Y Remy vio a Tom por pura casualidad y extrajo sus propias conclusiones, de manera que Solange también se equivoca respecto a eso.

—¿Y fuiste tan estúpida como para decirle la verdad a Remy? —preguntó Grace en tono amenazador.

—Una simple prueba de DNA bastaría para que se supiera la verdad. No habría tenido sentido mentirle, sobre todo si el caso acaba en juicio.

—¡Thomas es mi nieto! —dijo Grace, furiosa—. ¡No pienso permitir que se lo quede ese francés! Quiero que el niño esté de vuelta en veinticuatro horas. ¿Te ha quedado claro?

—Claro como el agua —replicó Allie—. Pero eso no cambia nada. Tom es mi hijo y Remy es su padre. Tal y como están las cosas, yo también corro el peligro de perderlo, así que voy a luchar por mí misma, Grace, no por una herencia a la que mi hijo tiene derecho, y que en realidad no importa nada. Seguro que los abogados encontrarán algún primo distante que ocupe su lugar en la línea hereditaria y tú tendrás que hacer de tripas corazón y aceptarlo. Has jugado y has perdido, Grace, y tienes que aceptarlo. Lo único que lamento es haberte permitido hacerlo —añadió antes de colgar.

Luego permaneció un rato en pie, abrazándose a sí misma, contemplando el vacío.

Por fin había salido todo a la luz, lo que debería suponer un alivio, y sin embargo sentía más miedo que nunca.

—He decidido volver a Inglaterra, pero no a Marchington Hall —dijo Allie aquella tarde a su tía—. Eso sería imposible. Y tampoco tendría sentido volver con mi madre, así que buscaré un trabajo para mí y una guardería para Tom y alquilaré algún piso barato —se obligó a sonreír—. Estoy segura de que Grace ya habrá dado los pasos necesarios para dejarme sin mi asignación mensual —tras un silencio, añadió—: Te agradecería que le aclararas a Remy que no estoy huyendo ni ocultándome, que sólo trato de reorganizar un poco mi vida. Y que en cuanto tenga unas señas permanentes se las facilitarás para que lleguemos a algún acuerdo.

—No, Alys —dijo Madelon, angustiada—. No puedo permitirte hacerlo. Y sé que Remy tampoco querría que lo hicieras. Debes quedarte aquí para reunirte con él y hablar con calma sobre el futuro de vuestro hijo. Ése es el único camino.

—No creo que Remy y yo podamos hacer nada con calma. Han sucedido demasiadas cosas. Si me voy y le doy tiempo para pensar, puede que logremos llegar a algún acuerdo. Si el caso va a juicio saldrán a la luz los detalles más sórdidos, y no quiero que mi hijo viva con ese estigma.

—Las cosas no llegarán a eso —dijo Madelon con firmeza.

—No sabes cuánto me estoy esforzando por creer eso —replicó Allie con tristeza.

Al día siguiente, Allie se sentía especialmente inquieta, incapaz de concentrarse en nada. Para colmo, Tom estaba muy malhumorado porque le estaba saliendo otro diente.

—Voy a llevármelo a la farmacia a ver si me dan algo para que se le pase —dijo, pensando en hacer un último intento de hablar con Remy antes de volver a Inglaterra.

Necesitó hacer acopio de todo su valor para entrar en el centro de salud y preguntar por él. Pero se llevó una decepción. La recepcionista le dijo que el doctor Brizat ya se había ido y le preguntó si quería una cita para el día siguiente.

Allie le dijo que no y le dio las gracias.

Tras aplicar a Tom en la encía el líquido que le habían recomendado en la farmacia decidió que lo mejor que podía hacer era regresar a Les Sables.

Estaba a menos de un kilómetro de la casa cuando vio un coche aparcado a un lado de la carretera y alguien que se había plantado en medio y le estaba haciendo señas frenéticamente para que parara. Un instante después comprobó con asombro que se trataba de la señora Drouac.

Se detuvo a su lado y bajó la ventanilla.

—¿Qué sucede? —preguntó en francés—. ¿Le ha pasado algo a mi tía?

—*Non, non* —aseguró la otra mujer a la vez que le entregaba una hoja de papel doblada—. *Lisez, madame*.

Allie vio que la nota había empezado como una lista de la compra y que de pronto había cambiado.

No vengas a casa. Acaba de presentarse tu suegra con una mujer que dice ser una enfermera psiquiátrica. Dice que sufres una crisis depresiva debida al parto y a la muerte de tu marido y que ha venido a hacerse cargo de Thomas. Temo por ti y por tu pequeño. Ve al Hotel du Pare en Ignac y me pondré en contacto contigo en cuanto sea posible.

—¡Cielos santo! —murmuró, consternada.

La señora Drouac le palmeó el hombro para que se diera prisa.

—*Allez, madame. Allez vite*.

Allie hizo girar el coche y se alejó. Pero tras recorrer aproximadamente un kilómetro, lo detuvo a un lado de la carretera.

Grace debía de haber enloquecido por completo para hacer

aquello. Pero también era capaz de cualquier cosa, de utilizar cualquier treta para conseguir lo que quería. Podía utilizar los informes médicos que existían sobre su depresión posparto para que la ingresaran en alguna clínica y poder hacer lo que quisiera con Tom.

No le importaba lo que pretendiera hacerle a ella, pero no estaba dispuesta a permitir que se llevara a su hijo. Debía encontrar un lugar seguro en que dejar a Tom. Y sólo había un lugar, una persona a la que podía entregárselo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero las reprimió al instante. No era momento de llorar. Ya lloraría más tarde, cuando hubiera hecho lo que tenía que hacer.

Puso de nuevo en marcha el coche y condujo hasta Trehel.

Tom aún estaba dormido cuando llegó, de manera que lo dejó en el coche y se encaminó hacia la puerta de la casa de Remy, rezando en silencio para que estuviera allí.

Llamó y esperó. Un instante después Remy le abrió la puerta y frunció el ceño al verla.

—¿Alys? —preguntó con incredulidad—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenía... tenía que verte —Allie dudó un momento. Remy estaba recién duchado y vestido para salir—. Pero parece que he elegido un mal momento. ¿Vas a salir?

—Más tarde.

—¿Con Solange? —la pregunta surgió de labios de Allie antes de que pudiera contenerse.

—No. Hay una partida de cartas esta noche en el Café des Sports. ¿Satisface eso tu curiosidad?

—Lo... lo siento —dijo Allie, ruborizada—. No es asunto mío.

—No. No lo es. ¿Qué quieres de mí, Alys? ¿Por qué has venido?

—He venido para decirte que... que voy a entregarte a Tom —tras el esfuerzo que le supuso decir aquello, el resto de sus palabras surgieron precipitadamente—. Lo he traído. A nuestro hijo... a nuestro pequeño. Quiero que te quedes con él, que lo quieras y lo protejas. Porque me he dado cuenta de que tú eres el único que puede hacerlo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Remy, perplejo.

—Te estoy diciendo que he cambiado de opinión. No podemos luchar entre nosotros por él, Remy. No estaría bien. Tom forma parte de nosotros...

—Escucha, Alys...

—No, escúchame tú... por favor. Sé que tendrá una buena vida

contigo. Éste es un lugar maravilloso en el que crecer. Aquí no estará confinado, ni protegido en exceso… ni ninguna de las cosas que temo que puedan sucederle si yo no estoy cerca para protegerlo —Allie apretó los puños y se clavó las uñas en la palma—. Si… te lo quedas, prometo no entrometerme. No te molestaré ni te exigiré nada. Será tuyo. Pero el otro día dijiste que… que me dejarías verlo de vez en cuando —abrió los brazos en un gesto suplicante, de rendición—. Así que puedes imponer las condiciones que quieras. Haré lo que quieras… seré lo que quieras… Pero, por favor, déjame venir aquí ocasionalmente para que no me olvide… —su voz se quebró y con ella el poco control que le quedaba. Las lágrimas que había tratado de reprimir brotaron, incontenibles, y se hundió bajo su peso.

Acabó arrodillada ante Remy, estremeciéndose a causa de los sollozos.

Oyó que él maldecía y, un instante después, la tomaba en brazos y la llevaba al interior de la casa. La dejó en el sofá y al rato volvió a su lado con un vaso que acercó a sus labios.

—¿Qué es? —preguntó con voz temblorosa al percibir un intenso olor a bebida alcohólica.

—Whisky. Bébelo.

Allie obedeció y se atragantó un poco, pero enseguida sintió que el frío interno que sentía se disipaba.

Cuando se animó a mirar a Remy vio que estaba sentado en el otro extremo del sofá, con su propio vaso en una mano y mirando el suelo.

—¿Has dicho que me has traído al niño? ¿Sin advertirme… sin hablarlo? ¿Cómo has podido hacer algo así? ¿Y por qué?

Allie le alcanzó la nota de su tía. Remy la leyó y frunció el ceño.

—¿Cómo ha llegado a tus manos la nota?

—La señora Drouac estaba esperándome en el camino. Supongo que tía Madelon ha simulado que la enviaba a comprar. Mi suegra es una mujer muy convincente y poderosa. El doctor de la familia en Inglaterra está totalmente sometido a ella y sé que ya lo ha convencido de que necesito algún tipo de terapia. Al principio no me preocupó… pero ahora sí. Además, sé que tendré problemas para proteger a Tom de ella en Inglaterra, y que sería capaz de utilizarlo en contra mía si fuera necesario. Por eso… he venido aquí. Estaba desesperada y no sabía qué otra cosa hacer.

—Comprendo —Remy acabó su whisky de un trago y se puso en pie—. ¿Has dejado a Tom en el coche?

—Está dormido. Le están saliendo los dientes y he comprado

algo para él en la farmacia, pero supongo que tú sabrás lo que más le conviene.

—¿Estás segura? —la sonrisa de Remy no alcanzó sus ojos—. Espero que tengas razón —dijo antes de encaminarse hacia la puerta.

Cuando Allie fue a dejar su vaso en una mesa lateral su mano rozó algo que se movió y se dio cuenta de que se trataba del caballito rojo y blanco de Tom que no lograba encontrar. Lo miró un largo momento y luego volvió a dejarlo donde estaba.

Remy volvió unos minutos después, solo.

—¿Dónde está Tom? —preguntó Allie, alarmada.

—En la casa, siendo adorado por mi padre y mi abuelo. Y también por la señora Lastaine —frunció los labios en un expresivo gesto—. Tendremos que rescatarlo antes de que intente darle de comer.

Allie suspiró, aliviada.

—Por un momento he temido que Grace lo hubiera encontrado. Aún me asusta que pueda encontrar un modo de quitármelo.

—Ahora que Thomas está conmigo eso no podrá suceder —dijo Remy—. ¿No te preocupa que yo pueda hacer lo mismo?

—Sí, pero tengo que correr el riesgo, porque lo único que importa es la seguridad y la felicidad de Tom.

—¿Lo único?

—Lo único que puedo permitir que me importe, al menos —Allie se puso en pie—. Y ahora, más vale que vuelva a Les Sables para convencerla de que renuncie a sus pretensiones.

—Una idea excelente, pero todavía no. Ahora tenemos que hablar, Alys. Siéntate. Ella obedeció, reacia.

—Pero mi tía...

—Mi abuelo ha llamado a Madelon y todo está bajo control. Tu tía va a venir a pasar aquí la noche y va a traer tu ropa y la de Tom.

—¿Y Grace?

—Tú tía ha conseguido persuadirla para que se fuera alegando que esperaba invitados, pero tiene intención de regresar mañana a las diez. Entonces nos enfrentaremos a ella juntos, como padres de Tom. Como marido y mujer.

—Pero no somos marido y mujer.

—Para eso sólo es necesaria una ceremonia, y eso no supondrá un obstáculo. Y un niño debería tener dos padres, ¿no crees?

—Y los tendrá —dijo Allie—. Pero no tenemos por qué vivir... bajo el mismo techo. Si es eso lo que estás sugiriendo —añadió precipitadamente.

—Me has preguntado si te dejaría ver a Thomas —Remy se encogió de hombros—. Si te quedas lo verás a diario y, probablemente, varias veces a lo largo de la noche.

Allie se mordió el labio.

—No... puedo hacer eso.

No podía vivir en la casa en la que había encontrado la felicidad con Remy sin amor, si pasión ni ternura. No podía acostarse con él sabiendo que sólo era un... cuerpo conveniente. Hacerlo la mataría. No quería que Tom creciera sabiendo que la presencia de su madre había sido tolerada tan sólo por su bien.

—¿No? —Remy no parecía especialmente preocupado—. ¿Tienes algún otro plan?

—Naturalmente —Allie hizo un esfuerzo por parecer animada—. Tengo que volver a Inglaterra y buscar un trabajo y un lugar en que vivir. Empezar de nuevo. Creo que ése era el trato original.

—Pero las circunstancias cambian. ¿No temes que tu suegra te busque para vengarse?

—Probablemente le bastará con saber que no tengo dinero ni hogar.

—¿Y prefieres esa vida a casarte conmigo? —preguntó Remy con educado interés.

—Sí —contestó Allie, pensando que aquella perspectiva era mejor que quedarse allí reprimiendo sus verdaderos sentimientos por él.

—Es una lástima —dijo Remy—. Eso significa que tendré que buscar una niñera para Thomas. ¿Se te ocurre alguna candidata adecuada?

—No —murmuró Allie, dolida por la despreocupación de su tono—. Estoy segura de que elegirás a la persona adecuada.

—Por fin confías en mí para algo.

—No, por favor... —dijo Allie, angustiada—. Por el bien de Thomas, debemos dejar el pasado atrás. Debemos tratar de olvidar.

—Te felicito si tú puedes hacerlo, porque yo no —la voz de Remy surgió con repentina aspereza—. Cuando he abierto la puerta y he visto que eras tú, por un momento he alimentado la esperanza de que hubieras acudido a mí. De que me querías. Pero me equivocaba. Sólo has hablado de Thomas —movió la cabeza—. ¿Cómo has podido pedirme que me quede con nuestro hijo sin ti? ¿En tan bajo concepto me tienes? ¿Tan monstruoso soy? ¿Crees que podría vivir viéndote sólo... a veces? ¿Cuántas veces más piensas romperme el corazón, Alys?

Allie se quedó mirándolo, sintiendo que en su interior brotaba

una pequeña llamarada de esperanza, pero sin atreverse a alimentarla.

—¿Me... me quieres?

—Siempre... siempre —Remy se acercó a ella y la tomó de las manos—. Cuando llegué a París hace dos años estaba dolido y amargado, pero ya sabía que dejarte había sido un terrible error. Que, a pesar de todo, tú eras la única chica a la que iba a amar, y que debía volver para luchar por ti.

—Me seguiste a Inglaterra —murmuró Allie—. Grace me lo contó el otro día por teléfono... y también lo que te dijo. ¡Una segunda luna de miel! Probablemente estaba arriba, vomitando...

—Yo no sabía qué creer, cariño. Temí que fuera cierto que me habías utilizado y comprendí que debía irme y hacer lo posible por olvidarte —se llevó una mano de Allie a los labios y la besó reverentemente—. Pero no pude. Seguías en mi corazón fuera donde fuera, hiciera lo que hiciese. No podía escapar al recuerdo de lo que habíamos compartido. Soñaba en ti como mi esposa y madre de mis hijos, en compartir mi vida contigo en esta casa. Pero como eso parecía imposible, pensé que debía dejar de huir, que debía volver y rehacer mi vida.

Allie bajó la mirada.

—¿Con Solange?

—¿De qué estás hablando? ¿Te has vuelto loca? —preguntó Remy, incrédulo y horrorizado—. ¿Acaso crees que sería capaz de implicarme en una relación con la mujer que se regodeó con la destrucción de nuestra felicidad? Te juro que jamás le he dado la más mínima esperanza.

—Pero ella piensa...

—Ése es su problema, no nuestro. Porque esta casa sólo conserva recuerdos tuyos.

—Pero no me pareció que te alegraras mucho cuando me viste...

—Estaba aterrorizado. Temí que tu vida hubiera cambiado tanto, que ya no hubiera cabida para mí en ella —Remy sonrió con pesar—. Cuando se vive tanto tiempo aferrado a un hilo de esperanza, uno no desea ver cómo se rompe. Pero, como temía, me dijiste que todo había acabado entre nosotros... y reaccioné mal. No puedo poner excusas. Esa noche no pude dormir recordando la caricia de tus labios, la dulzura de tu cuerpo entre mis brazos... y supe que no podía renunciar a ti así como así, que debía intentar recuperarte una vez más. Cuando me presenté al día en Les Sables al día siguiente lo hice con intención de decirte que te amaba y pedirte que te casaras conmigo. Entonces vi a Thomas y fue como si

me hubieras arrojado mis sentimientos a la cara. Pensé que debías odiarme mucho para haber sido capaz de tener un hijo mío sin decírmelo. Y por un momento quise quitártelo, quise destruir tu felicidad como tú habías destruido la mía. Pero cuando oí que te llamaba mamá comprendí que nunca sería capaz de llevar adelante mi amenaza.

—¿Por eso te llevaste su juguete... el caballito rojo y blanco? —preguntó Allie con delicadeza.

—Sí. Era algo que tú habías tocado y con lo que Thomas había jugado, una pequeña parte de algo que creía perdido para siempre. Pero aún quise castigarte por haberme ocultado la existencia de Thomas. Pensé que merecías que te tratara con el mismo desprecio que me habías tratado tú a mí —Remy bajó la mirada con evidente pesar—. Pero jamás pensé que mi farol saldría adelante... que te ofrecerías a mí como lo hiciste. No dejaba de repetirme que no ibas a seguir adelante. Entonces, no pude contenerme...

—Pero fuiste tan frío... —susurró Allie—. Tan distante y mecánico...

—Te deseaba tanto... pero sabía que no podía perder el control —Remy miró a Allie con expresión de arrepentimiento—. No quería hacerte daño, mi amor, pero te lo hice de todos modos.

—¿En serio? —los ojos de Allie brillaban, transfigurados por el amor—. Ya no lo recuerdo. Pero es cierto que había tratado de decirte que estaba embarazada...

—Sí. Mi padre me lo confirmó esa misma noche. Necesitaba contarle a alguien lo de Thomas, o de lo contrario me habría vuelto loco, y siempre he tenido una relación cercana con mi padre. Pero cuando me oyó hablar con tal amargura me dijo que tal vez estaba siendo injusto contigo y me contó que en una ocasión llamaste rogando hablar conmigo, probablemente para decirme que estabas embarazada. Pero me dijo que se negó a escucharte y que, si hubiera sido más comprensivo, nuestras vidas podrían haber sido muy diferentes.

—Sólo trataba de protegerte —dijo Allie—. Como yo sabía que siempre protegerías a tu hijo, y que podía confiarte su vida sin temor.

—¿Y serás capaz de confiarme la tuya? —preguntó Remy—. *Mon ange... mon coeur...*

—Sí, si aún me quieres. Oh, Remy... Remy.

Un instante después estaban abrazados, murmurando palabras de amor entre beso y beso.

Allie quería consumar su amor. Quería tumbarse con él en la

alfombra y ofrecerle la rendición de su cuerpo.

Pero Remy se apartó de ella con un gemido.

—No podemos, *mon amour* —dijo, sin aliento—. Thomas estará empezando a inquietarse, y además he prometido a Liliane que iba a bajar mi antigua cuna del desván para que pueda limpiarla para Tom. Y mi abuelo piensa que no sería conveniente que tu tía durmiera en su casa antes de la boda, de manera que tendrá que alojarse aquí, y hay que preparar su habitación —miró a Allie con expresión de pesar, aunque sus ojos brillaron un instante después con repentino humor—. Bienvenida a la vida familiar, *ma belle*.

—Eso suena bien —dijo Allie, que añadió, sonriente—: Aunque es una pena que tengamos que esperar hasta la noche, cariño.

Remy le besó de nuevo la mano.

—Para mi eterno bochorno, la última vez lo tomé todo y no te di nada. Pero esta noche te prometo que será distinto. Así que, perdóname y acepta compartir mi cama.

—Sí —dijo ella con voz ronca—. Oh, sí —la mirada que dirigió a Remy estaba cargada de promesas—. Aunque al pobre Tom le están saliendo los dientes y podría… interrumpirnos.

—Es mi hijo, querida —dijo Remy—, y ningún francés le haría eso a otro —su sonrisa fue como una caricia para Allie—. Te prometo que la noche será nuestra.

Y, efectivamente, aquélla fue una noche de amor, ternura y pasión… sin interrupciones.

Fin.